

ATENE O

ORGANO DEL ATENEO DE EL SALVADOR

— Ubi Scientia, Ibi Patria —

Directores: Doctor Arístides Palacios — Doctor Lisandro Villalobos

Tercera época No. 154

San Salvador, El Salvador, Agosto de 1941

Año X X X

Exitos del Ateneo de El Salvador

*E*N este breve comentario editorial sobre el esfuerzo hasta ahora tesonero de nuestro Ateneo, por llenar los varios puntos de su plan de trabajo anual, no hay intrínsecamente vanos alardes de conciencia mediocre, sino más bien contemplación serena de la siembra fructífera.

En verdad, la pendiente nos pareció, en un principio, tortuosa y escarpada, inaccesible al anhelo tímido o irresoluto; pero quisimos poner a prueba la virtualidad de la frase latina de que el trabajo todo lo vence (labor improbus omnia vincit), y nos empeñamos en el propósito de subir hasta la cima con el paso lento pero seguro de los afanes inquebrantables.

Y el Ateneo de El Salvador, puede ahora muy bien ufanarse de ser la primera institución de cultura que propicia y orienta las inquietudes espirituales del pueblo salvadoreño.

El ciclo de cursos breves, clausurado en Julio de este año, y que logramos mantener en acción durante casi todos los meses del verano tropical, ha tenido una trascendencia inesperada: las diferentes clases sociales del país, ansiosas de encontrar sendas para sus almas vacilantes frente a este panorama sangriento del mundo, en donde se ven desnivelarse hasta las más sólidas construcciones de la mente, han acudido a escuchar reverentes las disertaciones, que sobre Arte, Ciencia y Filosofía, han resonado en el viejo paraninfo de nuestra Universidad de Estudios Académicos, bajo los auspicios del Ateneo y a cargo de profesores especializados.

Y como resultado natural de este trabajo ateneísta, es el cuadro risueño y exultante que, desde el punto de vista cultural, ofrece la Nación actualmente. Doquier se escucha el estallido del deseo incontenible por conocer las nuevas tendencias sociales y filosóficas del instante, en el cual, ciertamente, se

elabora a toda prisa el vivir colectivo de las generaciones sucedáneas. La iniciativa particular está floreciendo en ciclos de conferencias que se organizan por los cuatro rumbos de la República, en seminarios de estudios de diferente índole, en publicaciones científicas y literarias que ensayan doctrinas y sistemas de vanguardia. En fin, que por todas partes se nota afán de estudio, de investigación, de análisis.

Este despertar de entusiasmos renovadores del ambiente, es el mejor aporte que el Ateneo ha logrado llevar al acervo cultural de la patria. Y nos proponemos intentar una orientación noblemente evolutiva a las inquietudes espirituales, que encienden anhelos imprecisos en el alma nacional. El pensamiento joven, en particular, necesita de jalones y de guías que con patriotismo y decoro, marquen los legítimos progresos realizados en la senda y señalen las direcciones, francas y seguras, del porvenir.

Una aquilificación de valores por medio de la crítica sana y bien intencionada, que en el debate de las ideas sabe mantenerse en las limpias regiones de la serenidad, es lo primero que se impone ahora para someter el oro de la verdad y del sentimiento puro y regenerador a la prueba decisiva del crisol de las conciencias incorruptas.

Cuando el Ateneo haya iniciado este trabajo con los materiales adecuados para obtener resultados definitivos, sólo entonces podremos decir, con verdadero orgullo, que su obra responde a su brillante nombre y a su glorioso origen histórico.

LISANDRO VILLALOBOS.

El Filósofo y la Existencia Concreta

Por HUMBERTO DIAZ CASANUEVA

1).— El hombre occidental del siglo XIX vivía todavía en un tiempo calmo y evidente, sin muchas vigili-
as ni interrogaciones, convencido de que había alcanzado un grado suficiente de compatibilidad entre su ser y el mundo, considerándose a sí mismo como una constante posibilidad que a la larga adquiriría mayor despliegue y afirmación. Seguramente este hombre no alcanzaba a gobernar todos sus sueños y presenciaba revoluciones, guerras y catástrofes y muchas veces la desesperación irrumpía en su intimidad, pero su inquietud ante los sucesos imprevistos y ajenos a su orden, no alcanzaba a trastornar sus raíces ni a sumirlo en la desesperanza.

Las cosas del mundo seguían un curso natural dentro de formas y estructuras históricas estables y los acontecimientos tenían una explicabilidad fácilmente lograda por la razón. No predominaba todavía la obsesión del destino como promotor obscuro y terrible ni la perplejidad ante el disfavor del mañana y la magna representación del horizonte. Había uno que otro espíritu díscolo que predecía conflictos y se empeñaba en mostrar con pasión vidente las grietas de una cultura cuyas líneas arquitectónicas aparentaban un equilibrio y firmeza incommovibles. Reflexiones intensas sobre el sentido de la vida y el enigma de la existencia, que presuponen un estado espiritual de preocupación y de angustia, no alcanzaban a manifestarse sino en

los románticos inadvertidos y escludos. La filosofía no era una necesidad ni un impulso exigente. Aún más, a medida que el siglo avanzaba, el hombre se arriesgaba a vivir sin filosofía, aniquilándola o reduciéndola. Y los filósofos fueron en muchas partes considerados como una raza inútil, pueril y en cierto modo enferma.

Las lecciones del gran Hegel se olvidaban lentamente o se fijaban en esquemas supersticiosos. A medida que culminaba el siglo, el mundo aparecía menos misterioso y terrible. Sus fuerzas abisales se domeñaban y sometían a lo confortable, claro y preciso. La filosofía había renunciado a sus ambiciones seculares entregando su cetro a las ciencias particulares que desde el Renacimiento iban lentamente una tras otra abandonándola y suplantándola. Como dice Bergmann, la filosofía llegó a parecerse al Rey Lear, que repartió su reino entre sus hijas, para preferir el exilio voluntario. De la filosofía flotaban solamente sus vestiduras: la manifestación formal de sus nociones y de sus iluminaciones. Ella se estancaba en las cátedras apareciendo primordialmente como teoría del conocimiento o lógica formal. O se prestaba para servir como una amable propedéutica en la ordenación y sistematización de los conceptos de las ciencias particulares. La filosofía misma se «desfilosofaba» en suicidio forzoso tornándose científica —síntesis general o

fundamental apriorística— expurgándose de toda metafísica, de todo ensueño vano o prejuicio meta-físico. Su aparente extinción no alarmó a nadie y no es de extrañar que Marx haya escrito su «miseria de la filosofía». Antes que Marx, el espíritu burgués la había mutilado en su entera fáustica.

El hombre del siglo XIX confiaba en sus potencias y en su creciente autonomía, seguro de su primacía sobre todos los otros hombres del pasado. Lo traspasaba cierto goce inefable que el hombre de otras épocas raras veces había sentido: el goce ante lo empírico, el optimismo ante la realidad, la certeza de que mediante el saber y la ciencia iban a ser develados todos los misterios sobrantes y salvadas todas las vallas que el universo pudiera todavía colocarle. El concepto baconiano «saber es poder» se imponía como el móvil más tentador de la actividad humana. Y tenía razón nuestro abuelo o bisabuelo para su arrogancia espiritual. El progreso de las ciencias positivas se había cumplido en forma tan audaz y vertiginosa que la pasión del ejercicio intelectual era más que pasión, un instrumento de poderío universal. El pensamiento logicizado era la determinación espiritual más evidente, la causa de la transformación de la realidad y el motivo de que los hechos naturales pasaran de signos mágicos a materiales sumisos a su voluntad. La razón identificada con su propio Yo y venerada como el fundamento de su existencia lo había conducido de un mundo arbitrario a un mundo causal. El centro de su conciencia se había ensanchado hasta adecuarse a sus aspiraciones. No importaba que el tamaño de su ra-

zón fuera mínimo y diferente al tamaño y profundidad de la razón cósmica de los antiguos. La razón concebida como inteligencia abstracta y formal, en función del conocimiento y dominio de la realidad, lo hacía cumplir su programa y preñarse de porvenir. Su racionalismo era perfectamente explicable porque constituía el antecedente de sus triunfos y porque a través de él se explicaba y consolaba de sus derrotas, aunque más tarde ese racionalismo lo iba a entumecer y arrojarlo a una melancolía otoñal.

Durante el siglo XIX el mundo occidental y especialmente Europa, había logrado una culminación esplendorosa y sumamente prometedoras. El desarrollo de las ciencias, las múltiples y magníficas invenciones, el milagro de la técnica, el florecimiento industrial, el sometimiento de la materia, la división del trabajo, el crecimiento de las necesidades, el aumento de la población, la expansión colonial, el empequeñecimiento del mundo, el triunfo de la burguesía, la imponente estructuración del capitalismo, el surgimiento de las masas humanas, el perfeccionamiento del Estado democrático, el engrandecimiento de las ciudades, la afirmación del sentimiento humanitario, el desarrollo de la higiene y de la medicina etc. etc. constituían acontecimientos que impelían al hombre a aferrarse a sus nuevos mitos: razón, felicidad, progreso. El hombre experimentaba no sólo en su vida espiritual, sino también en su vida cotidiana y práctica, el valor supremo de la civilización y de la conquista mecánica de la realidad.

Pero trazar con justeza la fisonomía del siglo XIX sería labor inmen-

sa para la cual no poseemos todavía la suficiente perspectiva. Especialmente en América, en donde este siglo no alcanzó a realizarse plenamente, no podemos enjuiciar a sus generaciones y hacerles reproches y señalarles con tanto énfasis sus pecados como lo hace el pensador europeo —porque mucho del siglo XIX ha de manar todavía en nosotros y sus elementos positivos han de digerirse e integrarse en nuevas concepciones que ojalá lleguen a articular y ceñir nuestra futura cultura. Somos herederos directos de tal siglo y dentro del desconcierto actual no sabemos todavía cuales serán las formas que perecerán y las que han de salvarse, purificarse y acrecentarse en los tiempos venideros. Apenas podemos asegurar que este grande y majestuoso siglo XIX, en que el hombre avanzó a pasos firmes, y en que se cosecharon los frutos más prodigiosos que venían madurando desde el Renacimiento, entra en la sombra, se deshace y extingue y tanto pesimismo lo rodea en su muerte como optimismo lo rodeó en su nacimiento.

2).— El reino del saber alcanzó a ser reino del poder pero nó de la fé. Muchas de las mejores ilusiones de nuestros mayores ya se marchitaron y el sentimiento de un escepticismo creciente cunde tanto en las masas como en las élites de este nuevo siglo nuestro que ya se remonta al mediodía. Nada subsiste incommovible y la época pasa a ser campo de crisis y conflicto. Tanto la realidad histórico-sociológica, como el sistema de creencias y de ideas, vacilan y se resquebrajan: las materias del saber y los impulsos de la fé. La crisis no sólo sacude los planos políticos y

económicos; ella es más honda: ella muerde nuestra intimidad y franquea los recintos más secretos de nuestra alma. Tanto la guerra del 14 como la actual, son síntomas de la crisis, repercusiones visibles en la superficie del cuerpo social, de derribes y catástrofes que se verifican en el interior del hombre. Las guerras no son acontecimientos fortuitos, aunque su desenvolvimiento aislado ocupe por ahora nuestra atención. Ellas son los procesos que afloran al escenario histórico con estruendo trágico, pero vienen guiadas por una lógica profunda. Asistimos a una tragedia que ojalá tenga más de parto que de tragedia. Ya no rige un mundo y un ancho y venturoso ciclo histórico-cultural se clausura y liquida. El hombre anda entre ruinas dispuesto de nuevo a iniciar su labor de constructor eterno sin que atine todavía a diferenciar el escombro del material virgen. Muchas veces encuentra en su tribulación al fantasma del hombre del siglo XIX y le pide cuentas y lo cita en su conciencia atónita.

3).— En este viraje incierto, la filosofía se atreve a alzar su cabeza débil y canosa. Parece que ella adquiere una nueva significación porque es llamada para una nueva responsabilidad. No quiere la filosofía resignarse a ser un bizantinismo y a desempeñar roles subalternos. El hombre angustiado de nuestra época necesita de nuevo una «iluminación de la existencia», un criterio, una fé, una vocación. La filosofía puede darle una ayuda, aunque ella no sea una solución. Ella puede plantear de nuevo el enigma de la existencia, empujar solemnemente al hombre hacia sus raíces, instaurar otra vez

sus problemas, educar sus dudas, encaminar su angustia. A pesar de la condenación positivista del siglo pasado, la filosofía reaparece como un río que hubiera estado perdido bajo la arena, purificado y cargado de sustancias distintas y nuevos ímpetus. Pero la filosofía se nos presenta también en crisis, sobrecogida. Pero algo puede salvarla: la recuperación virginal y fundamental de sus problemas y la humildad para que deje repercutir en su ámbito el sentido de la época, los pasos del hombre hacia su destino y significación. No obstante, todavía muchos filósofos tejen y destejen sus abstracciones, irreductibles en sus escuelas y sistemas, sordos a los estragos del tiempo presente, llenos de ingenuo candor o perfidia académica, sin autenticidad ni responsabilidad.

Estamos acostumbrados a considerar al filósofo como a un ser abstraído y distraído. Abstraído en sus círculos íntimos y distraído de sus vínculos y determinaciones terrestres —en una palabra: sustraído al mundo, ensimismado— como diría Ortega. Hay razón en parte para considerarlo así. El filósofo debe abstraer porque ha de llegar a la formulación clara y sistemática de los conceptos que provengan de sus intuiciones. Y también debe distraerse para situarse mejor dentro de sí mismo y sentirse indisoluble en su introversión. Pero estos procesos han de verificarse sin que el filósofo deje de ser partícipe y lúcido protagonista del mundo en el cual vive. No necesita irse a los mercados pero tampoco debe recluirse en las atalayas. Cuando el filósofo ha perdido la vinculación

esencial con el mundo, es decir con la situación histórico-cultural dentro de la cual actúa, entonces la abstracción y la distracción lo exilan y lo anulan y la filosofía se transforma en juego especulativo y formal. Más que otros hombres, el filósofo ha de estar firmemente inserto en su tiempo. La conciencia de esta inserción hace que su personalidad sea significativa y que su pensamiento brote valedero y fecundo. En otros tiempos, el filósofo laboraba «desde» la situación existencial y cultural, sumido en el cruce mismo de las fuerzas históricas en pugna y su obra estaba determinada por el móvil de servir y se identificaba con el sentido y la fé de una misión. El filósofo griego no perdía de vista a su comunidad social-religiosa, igual procedían el medioeval y el renacentista, aunque a veces consiguieran con esta fidelidad fervorosa la cicuta, la hoguera o el destierro. La apatía y sustracción jamás han sido creadoras, más bien son formas de la traición al ser.

«Situarse al margen de las cosas es siempre el principio de la generalización, pero con frecuencia el fin de la filosofía» dice Lansberg, un filósofo perseguido de estos crueles tiempos. El filósofo oscila entre la independencia y la participación, entre la tendencia a la más absoluta libertad y la necesidad del establecimiento de comunicaciones reales, entre la soledad abnegada y la comunidad salvadora. Pero en los tiempos de crisis ha de auscultar el tiempo histórico, sin eludir ningún problema y sin evadirse del sublime cumplimiento que es la filosofía con-

siderada como un acto de vida. (1) Berdiaeff dice «En la fuente de la filosofía está la experiencia de la existencia humana en toda su plenitud». Atrevámonos a decir que la filosofía es primordialmente una actividad vital, una vivencia fundamental susceptible de sabiduría, que se cumple primero en la zona obscura del mundo emocional y que puede ser el comienzo nada más que exorcismo o pura fiesta o puro horror. Y en este plano primario en que se desenvuelve como impulso, tendencia o voluntad, emoción creadora o símbolo, el filósofo actúa antes de todo discernimiento u operación intelectual. La tesis cartesiana «pienso, luego existo» ha tenido que ser invertida completamente en nuestros tiempos «existo, luego pienso». La conciencia del pensamiento no es la conciencia elemental de la existencia. Todavía no logramos desprendernos de cierta creencia griega que estimaba que el conocimiento filosófico debería ser el conocimiento de lo general y no de lo particular o individual, creencia que pasa al escolasticismo y perdura a través del racionalismo para culminar en Hegel. La experiencia elemental que hace el hombre llamado filósofo puede ser más tarde estructurada en forma consciente. Pero sin aquella

experiencia previa, sin ese substracto irracional, sin una «pre-filosofía», toda elaboración conceptual resulta desintegrada.

En el siglo pasado era casi una injuria considerar a un hombre como metafísico. Sin embargo, yo no vacilaría en afirmar que todo hombre es un metafísico. Para vivir y ordenar nuestro mundo necesitamos resolver problemas metafísicos aunque no dispongamos de los medios abstractos del filósofo. Cada uno de nosotros debe adoptar una metafísica privada, ceñir un haz de creencias esenciales, un modo de apreciar, acoger, rechazar, concebir el mundo y concebirse a sí mismo. El hecho metafísico es constitutivo de la naturaleza humana y se verifica en el fondo de nuestra personalidad siendo el hecho más práctico y necesario y el que decide en última instancia nuestro proceder y nuestro pensamiento. Esta metafísica concreta no siempre puede ser expuesta y formulada en encadenamientos lógicos, pero es viva e imprescindible. La filosofía es una vivencia antes que un acto de teorización, una perspectiva elemental que adoptamos, un estilo de valorar. La filosofía es un acto forzoso y quien se declara contra ella está realizando con su negación un acto filosófico.

Ahora bien, la filosofía «propia-mente tal» ha de reposar sobre esta «filosofía de la filosofía» como dice Dilthey, si aspira no sólo a validez intelectual sino también vital e histórica. La experiencia concreta del hombre en el seno de la existencia precede a la actividad de conocimiento. Toda la investigación filosófica moderna está acorde en reconocer la existencia de un conoci-

(1).—Marx ha formulado drásticamente el contraste violento que había hecho el mundo occidental entre «vita activa y vita contemplativa», entre Marta y María, al exclamar: «Los filósofos solamente han interpretado el mundo en formas diversas; se trata ahora de transformarlo». El filósofo de nuestro tiempo, al buscar las formas de su vocación «activa», no elude la contemplación pero no la considera como una actitud que tiene su finalidad en sí misma. Debemos naturalmente diferenciar la actividad «formal» regida por el azar, de la actividad concreta e integral regida por un objetivo, un sentido, un valor.

miento emocional, prelógico, como lo había previsto Pascal. No puede haber formulación filosófica si antes no hay ejercicio de la intuición filosófica. Solamente cuando la filosofía proviene de estos orígenes caldeados y es padecida y profundizada como el atributo primero y el prototipo de la vida espiritual, entonces no hay temor de que el dogma teológico o la verdad positiva de la ciencia pretendan desalojarla y declararla superflua. La filosofía no es una entidad objetiva al margen de la existencia concreta; es un estado, una experiencia que requiere para su expresión y coherencia, entrega y fidelidad, angustia e iluminación. La crisis espiritual de nuestro tiempo plantea al propio filósofo, acostumbrado a concedernos la normatividad ética, la necesidad de que se aplique a sí mismo una ética previa que lo obligue a ser consecuente y le señale la ley de la responsabilidad personal y de la vinculación con la situación cósmica e histórica, cultural y social en que está colocado aunque no lo quiera ni lo reconozca, (1)

Pero ya en pleno siglo XIX se habían escuchado voces taimadas que reclamaban del filósofo una comuni-

(1).—Fichte ha dicho que «según es la filosofía que se sustenta, así es el hombre». La necesidad de la autenticidad es más imperiosa para la filosofía porque en esta disciplina no es tan fácil separar Persona y contenido objetivo, como en las investigaciones mecánicas o descubrimientos químicos, en que el contenido objetivo vale por sí mismo. En la filosofía la existencia personal del creador está siempre presente. «Cada gran filosofía—dice Nietzsche— es una confesión de su creador». Cuando una determinada concepción del mundo está ligada a la personalidad del filósofo, contiene mayor fuerza espiritual e irradiación mientras que en los sistemas filosóficos provenientes de mecanismos intelectuales lo formal supera a lo auténtico.

cación más integral y profunda con las bases de la existencia. Estas voces eran los primeros indicios de un malestar y por lo tanto de una desintegración en la conciencia del hombre. La primacía del intelecto había oscurecido a los ojos del hombre sus demás potencias esenciales. La deshumanización creciente arrojaba al hombre al dislocamiento de sus formas y a la disolución de su Yo aparentemente autónomo. Y la filosofía no podía concederle en su penuria una ayuda efectiva porque ella se había anquilosado en el sistema. Contra la filosofía sistemática se había declarado Kierkegaard después de huir desencantado de las clases de Hegel. El solitario pensador danés decía que el filósofo del sistema se parecía a un hombre que construía un castillo sin decidirse a habitarlo, prefiriendo vivir al lado en una cabaña. Kierkegaard se declaraba apasionadamente, impulsado por su angustia religiosa, contra la filosofía que desde Parménides pasando por Descartes y Kant hasta llegar a Hegel, identificaba el pensamiento con el ser. «Así como piensas eres tú» decían los racionalistas. Kierkegaard se atreve a decir; «Así como crees eres tú; la fé es el ser». Pero el precursor de la filosofía de la existencia no se consolaba atacando la razón y hundiéndose en su interior irracional e insubordinado: él quería solamente vincular de nuevo la razón con las raíces de la existencia humana, darle su supremacía y sus derechos a condición de que ella no renegara de sus orígenes ni de sus limitaciones.

También Nietzsche sondeó la posibilidad del conocimiento filosófico y luchó con ardor y violencia profé-

tica contra el pensamiento subjetivista divorciado de la vida. Quiso despejar el camino de la libertad de las trabas y de la pedantería de los profesores infalibles. Su tarea inmensa al pretender que la razón se sometiera nuevamente a los poderes dionisiacos de la vida era necesaria en aquella época intelectualizada en demasía que llevaba en sí misma el embrión del caos y del aniquilamiento. Nietzsche se rebela contra los falsos idealistas y les grita: «Os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra!». El filósofo por elevarse, se había evadido y en la medida que acrecentaba la ficción de su espiritualidad, disminuía la relación con la existencia real. No había alcanzado la plenitud sino el dogma. El hombre había sido relegado y en su lugar, los postulados, las nociones, las ideas, en un escamoteo hábil y extremo, suplantaban su imagen.

4).— ¿Pero acaso el positivista e idealista no eran fieles a la tierra? No estaba el hombre de ese siglo aparentemente consolidado en el mundo, aplicado a lo material, a su interpretación y dominio?. La tierra no es sólo aquello que retiene el paisaje, lo perceptible y transformable, ni es tampoco la ficción llevada a un sistema subjetivista mediante la transposición que hace el pensamiento lógico. La tierra no es sólo un cuerpo exterior y pasivo o un concepto: es un poder, un destino, una condición decisiva. En ella el hombre se orienta hacia su afirmación o negación, ensayando una y otra vez responder a las saetas de su misterio.

El hombre de ese tiempo estaba colocado frente a un mundo que no

era unitario sino escindido. La realidad había experimentado un corte, una bi-dimensionalidad que iba haciéndose cada día más alarmante y fatal. Frente a frente estaban una sub-realidad y una super-realidad que en ambos casos denotaban no una posesión sino una fuga de la realidad. Kroh se ha referido con razón a una civilización de lo sub-vivo y a una cultura de lo super-vivo. El pensamiento inspirado y dirigido por las ciencias positivas se aplicaba a la conquista de la realidad empírica y por otra parte el pensamiento autónomo y abstracto del idealismo tendía a la conquista de una realidad que estaba colocada fuera de la realidad. El materialista o positivista tenía entre sus manos la materia o la propia realidad anímica reducida a leyes físico-químicas y aprehendida por métodos basados en la matemática. El idealista o racionalista perseguía el fantasma de las ideas eternas, el sueño platónico y buscaba acceso a la esfera espiritual en que se alojan la idea, la norma, el valor. La realidad fue rebajada a empiria o esencializada como una mera o apariencia en la conciencia o como un producto de la conciencia o del Yo. El logicismo de la filosofía trascendental o la experiencia analítica de las ciencias positivas, a través del llamado conocimiento objetivo, olvidaban la totalidad viviente del hombre, su ser concreto, su drama sobre la tierra.

La filosofía no disponía de otra urgencia que el planeamiento del problema del conocimiento o mejor dicho, del problema de la conciencia de ese conocimiento. El intelecto era el principio que determinaba la organización del mundo. La esen-

cia dominaba y sofocaba a la existencia.

El culto por las esencias y la consideración del hombre «desde la idea» ha conducido a una desvalorización de la realidad. Tal culto se ha desarrollado especialmente en planos intelectuales, pero no ha dejado de tener efectos en la estructura de la vida social-cultural. La desvalorización y humillación de la realidad han surgido en el mundo occidental con el dualismo platónico. Pueden también ellas encontrarse en algunas etapas del desenvolvimiento del cristianismo, sin que pueda decirse —como Nietzsche— que el cristianismo siempre las exalta: hay mucha diferencia entre el «catolicismo» de los albigenses, el Kempis y la actitud amorosa de San Francisco Asís. En el idealismo de Kant, Fichte, Hegel, la realidad es friamente des-realizada.

Tal dualismo separa al mundo del ser absoluto, del mundo de la apariencia y de los fenómenos. El primero es la cima y el orden supremo, lo auténtico y definitivo; el segundo es la sombra y el engaño, el pecado y la muerte. El hombre está situado entre estos dos mundos, como un centauro deslumbrado que tuviera su ser empírico hundido en la apariencia, diferenciado y condenado, y su ser inteligible alzado a aquel mundo supremo y postrero de las ideas. Este mundo fenoménico es un destierro y el sentido de la vida terrenal sólo adquiere grandeza en la medida que sintamos la nostalgia hacia los reinos celestiales en donde nuestro propio ser mora eterno y desprendido. No sólo algunos religiosos han estimulado con tesón fanático nuestra voluntad de trascen-

dencia, también la filosofía idealista ha hecho que esta voluntad se identifique con el propio espíritu y actúe de acuerdo con el absolutismo y la autonomía de la Razón. Dios mismo llega a ser para los idealistas apenas una Idea, una eterna y necesaria Idea moral.

La ley moral se construye de acuerdo con esta concepción dualística que incita al hombre a la superación y subordinación de la realidad temporal, sensible, mortal. El hombre es definido «sub specie aeterni» y no es la tierra la que fija su sentido sino el ser eterno. Nietzsche es uno de aquellos filósofos que quiso libertar al hombre y a la tierra de la verdadera maldición que sobre ellos había descargado sin tregua ni piedad el ejercicio exclusivo de los postulados de la trascendencia. Nietzsche se atreve a decir que Platón es «un cobarde ante la realidad, un renegado que huye hacia el mundo del ideal». Y el creador de Sratustra toma partido por el error de los sentidos, el cuerpo, la tierra, los instintos, la existencia concreta del hombre, su devenir histórico, sin que por eso rodara hacia un materialismo simple o positivismo ciego o limitada inmanencia. El ser corporal no vale menos que el ser pensado y el mismo cuerpo es la sagrada dimensión de la conciencia. El hecho de «estar-en-el-mundo» no equivale a una caída o a un destierro: es el hecho humano por excelencia. La aceptación heroica de esta realidad es la primera virtud glorificadora del hombre, la experiencia más noble de su destino humano y divino, el acontecimiento que permite a la filosofía dirigirse a la interpretación del paso material, limitado y temporal del

hombre sobre la tierra. Puede el hombre ser un fragmento caído del algún dios, pero ello no significa que ha de hacer de su vida un castigo o una ficción. Las cadenas de la naturaleza y la lejanía de los dioses, que a pesar de todo, en su inescrutabilidad, nos permiten que nos elevemos del reino de la necesidad al reino de la libertad, son atributos de nuestro propio ser humano. Tanto las filosofías materialistas como las idealistas son anti-históricas, anti-humanas, anti-reales. Era lógico, pues, que a estas filosofías racionalistas sucediera una filosofía de lo irracional, de la vida, una rebelión del Bios contra el Logos. (1) Ahora también vamos saliendo de ella. Una rebelión no es todavía el orden.

Entre la vida y el espíritu, la existencia y la razón no hay un contraste ni una guerra irreconciliable, como afirma Klages —sino una polaridad, una relación dialéctica, una tensión. «Vida sin espíritu es barbarie, espíritu sin vida es bizantinismo» ha dicho Ortega y Gasset. Somos enemigos del racionalismo pero nó de la Razón. Queremos solamente que ella se nutra de lo obscuro vital, de lo irracional precisamente y emerja desde lo interior de la existencia, prolongada y transfigurada, pero de ninguna manera exclusiva y absoluta.

(1).—La Filosofía de la «Vida» (Bergson, Dilthey, Klages, Simmel, Keyserling, etc.) en su reacción contra una filosofía que no era otra cosa que «teoría del conocimiento», comenzó señalando el principio irracional de la vida, para luego dirigir sus investigaciones a los fundamentos esenciales de la vida humana y a las diversas capas de la realidad. Tal filosofía se integra y profundiza con las nuevas tendencias: preocupación ontológica, metafísica del conocimiento, filosofía de la historia, filosofía existencial, filosofía de los valores etc. etc.

La consideración del hombre como «sub especie aeternis» no puede derrumbarse por supuesto, pero debe confrontarse en nuestra época con la consideración del hombre como ser temporal, concreto, mortal. No podemos desligar al sujeto del mundo en que actúa y apreciarlo como Razón, Yo pensante o Yo puro ni tampoco podemos considerar al mundo como materia ciega o fuerza medible. La unidad indisoluble del hombre y del mundo es la realidad primordial de la existencia humana, y sólo a través de ella se manifiesta el ser. La Razón misma es un atributo de dicha unidad y está condicionada y estructurada por ella y no la crea ni la comanda. El hecho fundamental del cual debe arrancar todo análisis filosófico, como dice Heidegger, es el hecho de «estar-en-el-mundo» o como dice Jaspers la «situación existencial». Desde este hecho comienzan a extenderse las esferas de las cosas reales, ideales, valores, símbolos, trascendencia. Si la intemporalidad y la idealidad son características de los objetos ideales, la temporalidad y la existencia concreta son características de la vida humana. La vida es un drama que se cumple en lo concreto y nó en lo abstracto y para que ello se cumpla es indispensable que tenga las ataduras del espacio y del tiempo. Del aquí y del hoy. El hombre no es un ente racional autónomo, como dice el idealismo, ni un ente natural, como dice el positivismo. Dentro de un contorno determinado, el hombre actúa, se angustia, espera, hace un mundo, transcurre, perece. Sus propias cadenas lo impelen a ser libre. La fatalidad de «ser» le es irremediable, dentro de su exis-

tencia concreta, donde caben todos los sueños y todos los vuelos.

5).—Al mismo tiempo que naturaleza y espíritu, el hombre es historia, es decir, drama, devenir concreto, pertenencia a una situación determinada. No es posible concebir al hombre abstracto, desvinculado, meramente universal. Sólo existe el hombre concreto que *somos* en cada día de nuestra existencia. Sólo existen el padre o el hijo, el hermano o el amigo, el amante o el esposo, el trabajador o el ciudadano, el artista o el religioso, el solitario o el prójimo, el náufrago o el tranquilo, el comerciante o el guerrero. Siempre estamos en una situación, sumidos en el foco exacto de una constelación, rodeados de *límites* que a la vez son *impulsos*, casualmente porque son límites. Podríamos citar el ejemplo de la paloma de Kant —a pesar de que el filósofo lo aplica en consideraciones distintas. Pudiera creerse, dice Kant, que la paloma volaría mejor si no encontrara la resistencia del aire. Pero una paloma si trata de volar en un espacio enrarecido, caería fulminada. Lo que hace posible su vuelo, es la resistencia. Igual sucede con el hombre. Pudiera creerse que el hombre sería más integralmente hombre si no tuviera los límites de su existencia y se remontara en un espacio ideal liberado de toda atadura. Sin embargo lo que hace su ser de hombre es precisamente el conjunto de sus resistencias y de sus límites. El cuerpo que somos, la tierra en que vivimos, la familia a que pertenecemos, el amor que sentimos, el trabajo que hacemos, el deber que cumplimos, la nostalgia que sentimos, el dolor que padecemos, el cosmos que tememos, to-

do ello constituye una red de posibilidades forzosas, de reclamos incessantes a lo hondo de nuestro ser, de llamados concretos que bien o mal tenemos que acoger y resolver.

«Yo soy un hombre —dice Dilthey— es decir, soy un hombre que es miembro de un mundo histórico y social». Tanto el idealismo como el positivismo, al desvincular al hombre, tenían forzosamente que desembocar en el individualismo. Pero el reconocimiento de la existencia concreta del hombre tiene que poner en fuga al nefasto mito del individualismo, proclamando, como en los mejores tiempos de la humanidad, el sentimiento de pertenencia a la comunidad, entendida ésta no sólo en su aspecto sociológico sino también biológico, cósmico y religioso. Solamente dentro de la comunidad el hombre tiene destino es decir, biografía e historia. La filosofía actual afirma rotundamente algo que parece simple, pero que había sido olvidado: el hombre es un ser histórico. El hombre abstracto no tiene historia, como no la tienen los dioses si no se humanizan; solamente el hombre concreto la tiene y la hace.

El filósofo que aspira a participar más activamente en el drama de su generación se ve forzado a meditar sobre la Historia. Pero nó en la Historia como ciencia desvinculada del hombre sino como esencia fundamental de su existencia. Y su meditación adquiere más insistencia y urgencia en los tiempos de crisis. «El estar sumido —dice Berdiaeff— en una época histórica, no favorece la comprensión de la historia; es necesario la desintegración, para que ella se inicie». En un régimen histórico estabilizado y en una cultura

llena de sentido y de orden, la razón humana no percibe bien la dinamicidad del objeto del conocimiento histórico. Cuando el hombre se angustia por su destino, como en la actualidad, la historia adquiere presencia ineludible. En otros tiempos sucedió de la misma manera. San Agustín opone su Civitas Dei a la decadencia del Imperio Romano y Hegel en los tiempos modernos, trata de ensalzar el Estado, como producto elaborado por la Razón, frente a la amenaza que se cernía sobre la vieja sociedad occidental,

El estudio de la historia no consiste en la acumulación de conocimientos; más bien «debemos escrutar cuales son las fuerzas impulsoras de la corriente de la historia» y los motivos del viraje de una época o una cultura determinada, aunque estos motivos no puedan ser totalmente desentrañados. Ya no podemos compartir la teoría de la historia como la sustenta el neo-kantianismo, con sus excesos subjetivistas o el positivismo que se jacta de abandonar todo apriori. Debemos llegar decididamente a una «ontología de la realidad histórica», es decir a una investigación de las formas, estructuras y ritmos que la existencia humana adopta a través del tiempo. Tal investigación nos es, además, necesaria para una filosofía de la cultura, que ha sido realizada en forma tan arbitraria y prejuiciosa.

Historia y Cultura adquieren la potencialidad de un binomio cuyos términos son indisolubles y cuya realización es siempre concreta. Todo hecho cultural es un hecho histórico y lo realiza el hombre en un determinado instante de acuerdo con la actitud primordial que tenga ante

el mundo, su sistema de valores y necesidades profundas. La Historia no es un proceso que se cumple al azar y en línea recta, ni tampoco la cultura es un proceso antojadizo e ininterrumpido. No puede hacerse cultura fuera del tiempo y fuera de la realidad. Las diversas disciplinas culturales no tienen un crecimiento autónomo ni pueden tener siquiera un desenvolvimiento a espaldas de la historia, como lo pretendía la doctrina del progreso en su forma simplista e ingenua. Todas las manifestaciones culturales —desde el mito, la ciencia, el arte, el Estado, la economía, la filosofía hasta la técnica, la moda, las costumbres— son irradiaciones de un «sistema de creencias y valores» peculiar al hombre concreto en un determinado tiempo histórico y dentro del ámbito de una comunidad. La Historia concede a la Cultura una fisonomía orgánica, una «razón vital», un sentido *teleológico*, un alma, un estilo, un destino. La Historia marca con un sello caracterológico las creaciones y objetivaciones espirituales de la cultura, considerada orgánicamente. Todo lo orgánico es cíclico producto de un devenir y de un crecimiento, percedero y determinado a una trayectoria.

La necesidad de estudios funcionales de la cultura ha sido subrayada con insistencia por numerosos pensadores modernos que critican los habituales estudios minuciosos, a manera de disecciones post-mortem, de organismos que debieran ser estudiados en su actividad viviente. Las Culturas han de ser captadas como «totalidades configuradas» e integradas en el ciclo histórico, conjuntos articulados en que todos los

procesos y productos, aun los mínimos, deben ser referidos a su unidad profunda. Debemos acercarnos a la Cultura como nos acercamos a una obra de arte, a través del estilo. La importancia de la integración y la configuración fué señalada por Dilthey en su «Tipología de las concepciones del mundo» y en sus análisis de las actitudes vitales y emocionales que varían de acuerdo con los diversos ciclos históricos.

6).— Quien dice Historia dice Temporalidad, es decir, la historia se nos hace comprensible a través de sus fundamentos ontológicos. Andamos actualmente a caza del tiempo «a la recherche du temps perdu» como si el hombre necesitara desentrañar la sustancia metafísica del tiempo para comprender su suerte. Toda la filosofía contemporánea, desde Bergson hasta Heidegger, está urgida por la preocupación del tiempo. Ya no podemos decir que el tiempo es simplemente una mera condición del mundo de los fenómenos o una forma a priori del sujeto, ni tampoco podemos compartir la actitud del platonismo o de la filosofía hindú, que no relacionan el tiempo con los fundamentos de la existencia, y cuidan de despojar al ser de todo proceso temporal tornándolo inmutable. La filosofía idealista reduce el tiempo a una abstracción formal y el cientificismo lo reduce a una dimensión de la física, a una magnitud necesaria para el proceso de mecanización universal. Meyerson—citado por Romero— dice que con ello se quiso hacer una «eliminación del tiempo». Los unos por supra-reales y los otros por sub-reales desfiguran el tiempo real, concreto, humano, mortal que hace realmente la histo-

ria, que produce el prodigio de la memoria y de la unidad del Yo y el patetismo de lo percedero y final.

Podría decirse que la filosofía actual es «temporalista» al señalar el tiempo como el fundamento del ser dentro de la existencia. Ella se opone al idealismo que escluye el tiempo del ser y lo relega al mundo de los fenómenos. Pero este temporalismo de la filosofía actual, que nos da tan fuertemente la conciencia de lo percedero y finito o del «ser para la muerte» como dice Heidegger ¿no nos amenaza de precipitarnos en el pesimismo? o no nos empuja a un aprovechamiento sensual del tiempo concreto del hombre?. También en la Edad Media surgió una reflexión parecida, pero en «función de la vida eterna» y atenuada por un consuelo poderoso. Entonces lo temporal aparecía como deleznable frente a la presencia sagrada de la eternidad. Pero esta metafísica «concreta» que dentro de la crisis filosófica actual, surge como la extrema expresión posible de nuestra angustia por asirnos nuevamente de algo que suscite una nueva fé y una nueva cultura ¿no es por ventura una doctrina de una inmanencia radical y de una mundanidad desesperada?

De ninguna manera. En la forma que yo viva lo inmanente, en la medida de la hondura espiritual que yo ejercite para su cumplimiento, puedo vivir también la aspiración a lo trascendente. Esta metafísica ha de conducirnos a una nueva ética. Si yo vivo mal lo inmanente—sin autenticidad— también viviré mal lo trascendente. Y luego la mundanidad que encontramos en la filosofía existencial no es aquella del hombre «mundano» que se rige por el principio del placer y de la banalidad y

que de este modo verifica igualmente una evasión del mundo en sentido inverso, pero de iguales consecuencias a la que verifica el idealista. Ni el mundano ni el anacoreta. Necesitamos considerar al mundo y el tiempo del hombre como posibilidades reales de ejercitación ética y espiritual. El problema del tiempo y del Ethos queda estrechamente fundido. Grisebach dice que «el concepto o la imagen de un tiempo contiene ya en sí la actitud del hombre que vive en ese tiempo». De manera que frente al tiempo físico o abstracto se alza el ético, como fundamento de la historia.

La limitación temporal que con tanto énfasis señala este «realismo heroico» no ha de ser tortura ni fantasma maligno sino incentivo para la existencia. Ella no debe conducirnos a ninguna filosofía de la renuncia ni ha de agitar en nuestro corazón el signo tremendo de la muerte para anular la vida. Si la muerte queda otra vez incorporada a la metafísica, ha de ser para que surja una «ética vital de la muerte».

La conciencia de lo temporal como orden constitutivo del hombre no niega la voluntad de trascender, que es también poderoso atributo humano. «Aceptada la limitación temporal, queda la ilimitación valiosa. Entonces la evasión abandona el plano temporal y se refugia en la intemporalidad de los valores» dice con resolución axiológica, Francisco Romero. Y añade: «Acaso la tarea próxima de la filosofía —si la filosofía sigue siendo posible— sea un ajuste de las relaciones entre la temporalidad y la intemporalidad». Lo que parece limitado en mi ser perecedero es casualmente la única con-

dición de una conducta que sea el cumplimiento de un mandato moral. Jaspers dice «Solamente en la apariencia y nó fuera de ella, nó en lo imaginario, desligado, autónomo y en una trascendencia abstracta, puede revelarse mi ser», y continúa: «Historicidad es para mí lo mismo que existencia temporal, el único modo de que el ser absoluto me sea asible»: El sentimiento de la trascendencia sólo es posible cuando se verifica la entrega apasionada a una situación temporal; ella debe ser proyectada «desde el hombre» y subsistente en el destino histórico. De este modo la trascendencia no corre el riesgo de ser un salto en el vacío ni la disolución del espíritu aprisionado por la impotencia.

La iluminación creciente de mi sitio en el tiempo me hace propenso a la decisión y a la responsabilidad. En mi existencia concreta está actuando mi existencia eterna en la misma medida de mis limitaciones, obligaciones y tareas. Como ser existente me encuentro en un determinado espacio, en un sitio que me arraiga, en una forma corporal que yo no puedo trocar, en un tiempo que me da la conciencia de la unicidad, pero a la vez el sentido y la libertad. Todo ello hace que de un mundo caótico y múltiple haga mi propio mundo, el mundo de mis decisiones. La historicidad, producto de la temporalidad concreta, se presenta como una unidad en que se funden la necesidad y la libertad, la posibilidad y la elección. El tiempo histórico no es aquel en que la duración no tiene límites, el tiempo vacío, sino aquel que significa la realización de las posibilidades humanas, de la autodeterminación efecti-

va dentro de la libertad. Porque la libertad que nos es dada y de la cual fatalmente tenemos que hacer uso, es libertad concreta, jamás abstracta.

La visión de la temporalidad, como manifestación primera de la conciencia histórica, hace que el hombre profundice el «presente» y no lo considere sencillamente como herencia inerte del pasado o puente para alcanzar algo que solamente ha de cumplirse en el futuro. De igual modo profundiza el instante, que aparece en toda su transparencia, en su identidad de temporalidad y eternidad, como la prueba constante de su ser de hombre. Considerado objetivamente, el instante es algo fugitivo que desaparece «pero él es cima y articulación en el proceso existencial». El instante es profundamente humano y resume súbitamente nuestra totalidad, mostrándose creador y exigiéndonos. (1) Mis límites temporales no me condenan a reclusión sino me impelen a vinculación, heroísmo y alegría.

Si yo he «caído» en una situación histórica en la que me encuentro sin que pueda sustraerme, no puedo renegar de este mundo «sin que yo pierda mi ser como realización o cumplimiento de mi posible existencia.» Yo tengo que «decidirme» a

(1).— Platón ha desarrollado en Parménides la paradoja del instante que es un paso del movimiento a la calma y vive-versa y que a la vez no es nada. El epicúreo disuelve al instante, lo desliga del tiempo y quiere disfrutarlo. Pierre Janet con su idea de la «fonction du réel» ha señalado en el neurótico «el miedo al instante» «el miedo a atender una situación concreta». «Es verdad —dice Jaspers— que el instante contiene para todo hombre una porción de angustia, pero el instante es la única realidad, aunque no siempre el hombre tenga la vivencia del instante».

vivir, a conocer este mundo y también a re-conocerlo en el sentido de legitimarlo y hallarlo sagrado. Tengo que decir «Sí» al mundo, aceptándolo más que soportándolo, en todas las que se cumplen continuamente. El acto de decidirse a vivir y aceptar la realidad ha sido investigado por las modernas psicologías que fluyen de la obra certera de Nietzsche. Muchas son las tentativas de evasión que hace el hombre para sustraerse a las demandas del mundo por miedo y desconfianza. Quien no es fiel al mundo y vacila y teme, tiende a pensarlo como una «tentación» o vaga en otros mundos, al borde de un vacío sin límites o de la propia nada. Entonces «Yo desprecio y corroto mi origen» dice Jaspers. El hombre comienza a denigrar y odiar lo concreto o a simular una fidelidad preocupándose de los «graves problemas del espíritu» de las esencias y generalizaciones y parapetándose en las trincheras de su Yo y en las cimas heladas de la Razón. La sustracción a las tareas del mundo entraña una conducta «individualista» y un rechazo de la «comunicación» y de la vinculación en los diversos órdenes de la comunidad integral.

7).— Por supuesto que tanto los filósofos idealistas como los positivistas habían despreciado también la «vida cotidiana». Como una mueca categórica de una filosofía que reconoce la historicidad y concreción de la existencia, la «cotidianidad» se incorpora a las grandes preocupaciones centrales del espíritu. Es curioso que no la encontramos en la filosofía sino apenas como una latitud periférica, a pesar de que en ella se manifiesta nuestro ser. Es verdad

que Heidegger, al encarar la cotidianidad, prueba como ella oculta y rechaza la posibilidad de ser, pero debemos reconocer que muy pocas veces el filósofo se ha dignado verificar sus estructuras y sondearla en toda magnitud. Yo creo que en la época actual hace falta una filosofía que se detenga en estos análisis. El vuelo de los ideales, el mismo saber, las reflexiones, los sistemas, la cultura en sus objetivaciones, la misma ética parece que se realizan en un espacio espiritual puro, en un tras-mundo, en un plano ideal en que nos transfiguramos dejando al lado afuera, sin participar en todo ello o concediéndole débiles reflejos, al hombre cotidiano que somos. Aquí es donde podemos apreciar más certeramente el engaño racionalista del cual hemos sido víctimas. Por un lado fluye la corriente de la cultura con sus creaciones y sus mandatos morales y por otro lado fluye la vida cotidiana de los hombres y de los pueblos. No realizamos lo que pensamos, Puede ello suceder porque nos realizamos *en* lo que pensamos y la vida del pensamiento nos ha sido hasta ahora más valiosa y digna que la vida concreta, práctica y mundana. ¿Ha de estar la cotidianidad fatalmente regida por la costumbre, la inercia, el rechazo de las graves interrogaciones del ser, la comodidad burguesa, el formalismo, el placer, la pasión o el miedo? (En este instante estoy leyendo estas palabras abstrusas sobre temas metafísicos pero luego he de terminar y retornar a mi hogar donde me esperan mi mujer y mi hija, mis libros, mi mesa, mi ropa, mis propios y auténticos pensamientos nocturnos, mis dudas, mis recelos... todo lo que constituye el mundo de mi cotidianidad. Pues

bien, la distancia entre el hombre que soy ahora y el hombre cotidiano es tan grande y fatal que no es posible una armonización o una impregnación más verídica de ambos planos o mundos en que me muevo?). La realidad concreta es más compleja y misteriosa de lo que creemos y su substrato vale tanto como la más pura realización del espíritu. Walt Whitman, cuya voz dormida hace tanto tiempo se hace ahora consigna impetuosa ha exclamado «creo que una brizna de hierba no es inferior a la jornada de las estrellas». Y Rainer María Rilke en su Novena Elegía de Duino dice; «pero haber sido una vez, aunque sea solamente una vez: haber sido terrestre...» Comencemos a amar la realidad y la tierra, antes de que ellas sigan tomando las terribles represalias que ahora trastornan al mundo y acongojan el alma del hombre.

El reconocimiento de la existencia concreta y temporal nos conduce inmediatamente al problema ético que de formal ha de hacerse cada vez más material. La filosofía ha perdido de vista y extraviado este mundo real y no sólo la filosofía sino también la ciencia, la política, la economía y las instituciones surgidas en este ciclo cultural que nos lleva al caos. La crisis de los sistemas, las ilusiones y los dogmas, sólo puede resolverse dentro de una nueva actitud espiritual que haga al hombre más auténtico y responsable, menos mentiroso, iluso y simulador. Toda la cultura actual estaba anclada en un curioso sentimiento de autoengaño. Los filósofos, los políticos, los teólogos, los científicos vivían a la sombra de sus colosales construcciones, en una dulce y con-

fiada beatería, mientras en el mundo real de la existencia humana; el hombre seguía desintegrándose y perdiendo el sentido de la totalidad de la vida y colmándose de soledad y desesperanza. Ahora viene la hora de la recuperación; pero antes es preciso que el hombre apure su cáliz.

No pidamos al filósofo que nos oriente, pero sí que nos ilumine y nos revele el secreto de la existencia concreta. Para ello el filósofo ha de acoger las infinitas voces que llenas de melancolía comienzan a ele-

vase en esta hora terrible del mundo. La filosofía no recibe su contenido de la verdad sino de la realidad y su mensaje ha de dirigirse al hombre concreto que somos. El filósofo ha de descargarse un poco de las cenizas de su erudición que le cubren los ojos y ha de participar en el drama de la época, impulsado por su responsabilidad. Ojalá que antes de intentar alzar el velo de Maya lo bese y lo reverencie. Porque entre sus pliegues vivimos las criaturas misteriosas que somos los hombres.



Respuesta al Discurso de Estilo del Doctor Humberto Díaz Casanueva

El Ateneo de El Salvador está de fiesta: Un gran cerebro y un corazón noble vienen a aunarse al esfuerzo de culturización que el Cuerpo realiza. Con la llegada del Dr. Díaz Casanueva, el Ateneo adquiere una fuerza poderosa y efectiva, y el país lo agradece en la medida de sus necesidades culturales.

Desde su arribo a esta República, esta figura profunda se perfiló generosa, dándonos su acerbo y su inquietud, y los maestros de El Salvador comprendimos desde un principio la fuerza enorme que ganaba la educación nacional, con su llegada. Como pedagogo que es, dentro de los múltiples matices de su vasta cultura, el primer movimiento del Dr. Díaz Casanueva fué acercarse a nuestra educación y valorarla con el certero juicio de un hombre justo. Con serenidad y elegancia nos dijo

su verdad educativa —que es también nuestra verdad educativa, y con indiscutible autoridad nos señaló el camino— el camino que ya llevábamos.

Nosotros sabíamos ya del Dr. Díaz Casanueva enviado por su país en misión educativa a Venezuela; sabíamos de su intensa labor de estructuración universitaria en aquel suelo; y lo supimos también en los rigurosos claustros y laboratorios europeos. Por eso nos regocijamos de recibirlo, aún cuando nos hubiese dicho que caminábamos errados. Pero no: el Dr. Díaz Casanueva vió nuestro movimiento, y comprendió nuestro movimiento. Todos los maestros del país le conocen ya, porque llegó hasta ellos. Muy difícilmente la educación nacional podrá agradecerle bastante su desinteresado aporte.

El Dr. Díaz Casanueva, desde un

principio, comenzó a darse —como si el darse siempre fuese su guía— a todo movimiento de cultura de la patria salvadoreña: Primero fué su potente personalidad de pedagogo la exhibida, aun cuando fuese su vigorosa posición poética la que le abrió las puertas de la cultura. Más tarde apareció en él, el pensador hondo e inquieto que lleva en sí. Esta noche, por ejemplo, se han aunado sus maestras formas poéticas y su profundo pensamiento, para darnos la hermosa ejecución de su magnífica sinfonía de la vida.

Acabamos de oírlo: Sonoro y fecundo como siempre. Su pensamiento, se ha adentrado esta vez en la vida del hombre, para dar la validez necesaria a sus propios contenidos. La visión panorámica del ejercicio filosófico, que el Dr. Díaz Casanueva posee tan clara y distintamente, se endereza, en el trabajo que ha leído, plena de sabiduría hacia ese fluir de la existencia concreta y real.

Después de escuchar esta llamada hacia lo esencialmente experimentable; hacia el mundo donde están nuestras propias vivencias de seres biológicos; hacia el maravilloso lugar donde moran nuestros dolores y alegrías. Después de oírle lo que vale, y lo que es profundo en nuestro ser y estar en la vida; después de su canto apasionado del instante; después de su beligerancia a la sonrisa y al llanto, dos figuras se hermanan en feliz consorcio de notas; Saratustra, bajando de la montaña y Haidegger, valorando lo fugaz.

El Dr. Díaz Casanueva, como un gran señor del pensamiento, arranca su posición filosófica de un apreciar el contorno en armónico devenir con el tiempo.

Este hombre, que oficia en el altar del intelecto con la elegante capa de un primado, responde como pocos a ese estar engarzado en el tiempo y el espacio que se vive.

Su filosofía propende a apreciar el profundo sentido de todas aquellas limitaciones que hacen de los hombres, hombres; y su angustia de lo terrenal, como un Nietzsche, le da el valor del estar, dolorosa y sinceramente, en beligerancia con las esferas sensoriales y toda posible inmanencia.

El Dr. Díaz Casanueva, interpreta la única posición posible que le queda al hombre moderno para resolver esa preocupación constante que caracteriza el «ser de todo el mundo», y para enderezar la angustia del hombre liberado que asciende ya en el conocimiento de sí mismo. La filosofía que responda a las necesidades del hombre común; del hombre neutro a sí mismo; del hombre para quien el ser hombre todavía no es plenamente consciente; del hombre para quien el estar en el mundo es un estar disuelto en el «ser de la humanidad», tiene que tener una única fuente: la existencia.

La filosofía que responde a las necesidades del hombre libre ya; del hombre cuya existencia se ha encontrado a sí misma; del hombre que ya no espera nada del mundo; del hombre cuya angustia le lleva al hiatus irrationalis impenetrable, «en que está sumida la existencia humana, aun en sus manifestaciones más elevadas»; del hombre que posee ya esa «libertad para la muerte» de que habla Haidegger, debe tener una única fuente: la existencia misma.

Ya no podemos quedarnos con una analítica de las esencias, o con

una estructuración de la conciencia internacional y del yo. Ya tenemos mucho tiempo de buscar un sendero. Larga fué la jornada en que huimos hacia planos de suma perfección ideal, y larga también la que nos sirvió para adentrarnos por estrechas rendijas a la contemplación y examen de sustratos que están más adentro de las cosas. Platón es la figura del hombre que constantemente huye, porque constantemente se eleva y Descartes es la figura del hombre que extiende el brazo primero, para recogerlo luego y señalar su propia frente. Nosotros ya no tenemos el derecho de refugiarnos en un idealismo inconsecuente, ni el derecho de adentrarnos en una inmanencia que no valora real y concretamente las cosas. Para nosotros no queda más que un deber: vivir la existencia, sabiéndola. No nos queda más que un medio de hacer filosofía: la interpretación de la existencia como plano en que se desarrolla la vida del hombre. Bien sabemos de la existencia de una «existencia banal», caracterizada por una constante congoja o infinita preocupación de ser en el mundo. Bien sabemos que el «ser en el mundo» es la característica de la existencia misma; y que puede presentarse como un estado de cambiante desazón, como una angustia tremenda que nace de confrontar el «ser de todo el mundo», con el «ser de la existencia que se ha encontrado a sí misma». Bien sabemos que uno de los sentidos profundos de la existencia, es no estar colocada dentro del tiempo, sino ser una concreción del tiempo: «el tiempo mismo —como dice Gurvitch— que ha recibido una expresión precisa. El hombre que somos: con angustia, con preocupación, con

nuestras infinitas limitaciones, tenemos el deber constante de un vivir en cuanto a fin; de una posición teológica en cuanto al mundo, y de una valoración exacta de la estela que dejamos.

Tenemos que temporalizar el tiempo en cuanto a sus tres formas dadas, porque ahí está nuestro destino; porque ese es nuestro sentido profundo.

La analítica existencial, tal como la propone el Dr. Díaz Casanueva, debe siempre ser una constante interrogación de nuestro constante ser y estar en el mundo y en nosotros mismos; debe darnos la solución de la vida humana como parte de la existencia, y el valor y resignación necesaria de los seres perecederos que somos.

Tenemos que abrir los paréntesis que creara Husserl, y ver, ver con ojos absolutamente humanos, el mundo que nos sirve de enmarque y la existencia en que estamos limitados.

Tal es el terreno de exploración para la analítica existencial; este es el campo de beligerancia para el pensamiento moderno. De esta esfera: real y concreta, en la misma medida de sus limitaciones, de su temporalidad, de su espacialidad y de su ser perecedero, partiremos a la contemplación y vivencia de los valores eternos, que nos han de servir de guía generosa, de luz de horizontes, al camino de dolor que seguimos los hombres.

Cuando el Dr. Díaz Casanueva hace aflorar la riqueza de esta vida: con sus amarguras y alegrías; con sus instantes eternos y sus eternos ins-

tantes; con su valor de ser tal como se es; con su apreciación segura de lo objetivo; entonces, y a pesar de todo, es que sentimos, como Spinoza, que somos eternos. Eterno es el hombre que tiene el valor de desnudarse frente a sí mismo para saberse tal como es; eterno es el hombre que se pone frente a las cosas para su valoración real y efectiva; eterno es el hombre que vive sabiendo la vida y sus limitaciones. Pues

ahí, en la vida, dentro de la vida, es donde sentimos, digo, que somos eternos.

Dr. Humberto Díaz Casanueva: nos habéis expuesto un panorama riquísimo de motivos y de matices humanos; venís amparado por la luz fecunda de la filosofía existencial: permitid que tenga el placer de conducirlos a los abiertos brazos del Ateneo de El Salvador, que os espera con admiración y simpatía: ¡Pasad!

M . L . E S C A M I L L A



Apreciaciones y Definiciones Sobre la Técnica del Canto

Señor Presidente y Miembros de «El Ateneo de El Salvador», distinguida concurrencia:

Es para mí motivo de honda satisfacción el que mi humilde persona haya sido incorporada como miembro Activo de «El Ateneo de El Salvador», Institución de grandes principios cuyas nobles finalidades han tendido siempre a ensanchar la Cultura de Nuestra Patria.

Cada Nación se califica según el grado de adelanto alcanzado por su constante esfuerzo de superación en aras de la Ciencia, la Literatura y el Arte, excelsas cumbres del pensamiento humano, antorchas que iluminan los escabrosos senderos de la vida, cristalinas fuentes en donde el espíritu calma su implacable sed: diáfanos miradores por donde la Humanidad doliente divisa apenas los

espacios ilimitados en donde reina el altar de la suprema belleza!

Las Artes: regias, poderosas y excelsas son propiedad exclusiva del alma y por lo consiguiente espirituales, tocan nuestros sentimientos, estremecen nuestro ser, nos hacen palpitante al unísono con Dios, con la Naturaleza, con la vida misma; en sí son perfectas, debemos respetarlas y tener conciencia para llegar a poseerlas con la más pura integridad a fin de no estropear, ni dañar en lo más mínimo su exquisita belleza y esplendorosa diafanidad.

Las Artes sublimes y profundas son la concentración del genio que encuentra por medio de ellas, la expansión de sus aptitudes y la culminación de sus anhelos, plasmando en hechos positivos las obras magníficas que han merecido el tributo de la posteridad, las obras que han

confirmado el dominio magistral de la técnica, en los diversos ramos del Arte mismo.

¿Qué nos dicen los maravillosos lienzos de Leonardo da Vinci, Tintoretto, Tiziano, Paolo Caliari (El Veronés), Rafael, Velázquez, Goya, El Greco, Murillo, Rubens, Rembrandt, Magtegnna, Ingres, Millett, Poussin y otros cuyas innumerables creaciones ejecutadas con asombroso realismo, constituyen la atracción de las famosas pinacotecas del Mundo?

¿Qué expresan las prodigiosas esculturas de Fideas y Praxiteles, Miguel Angel y Celini, Canova y Rodin?

¿Qué amargo sentimiento vierten los Nocturnos de Chopin, que parecen lamentos de la Humanidad doliente?

¿Qué impresión experimentamos ante la habilidad armónica y complicadísima técnica de las obras de Listz? ¿Qué efectos sentimos ante la magestuosa grandiosidad de la música de Wagner? ¿Qué fuerza emotiva extremece las fibras del alma cuando se interpretan las colosales Operas de Verdi, Donizetti y Rossini, cuatro Autores gigantes que se yerguen incommovibles en sus pedestales para brindar al mundo exquisitas melodías e inundar el espíritu de inefable bienestar?

Cada ramo del Arte ha tenido sus grandes genios que culminaron y viven aún, cual si fueran sus nombres, símbolos de gloria para las generaciones de todos los tiempos!

Considerando que el «bel Canto» es una ramificación del Arte y tomando en cuenta que su asombrosa técnica no está del todo difundida en nuestro medio, he creído útil pa-

ra todos los amantes y aficionados al Arte lírico dictar una breve conferencia sobre dicho tema que empearé a desarrollar, esperando que todos los aquí presentes se sirvan dispensarme benevolencia y amabilidad.

Antes de hablar acerca de reglas y definiciones técnicas, quiero remontarme a algunos años atrás cuando empezó a iniciarse el Arte vocal que más tarde pudo dar al Mundo grandes celebridades que culminaron en la Opera, espectáculos culturales que han constituido la mayor atracción de los públicos civilizados.

La Opera o sea el drama musical que impera hasta hoy día nació en Florencia debido al fervoroso entusiasmo de varios jóvenes aficionados a la música; la primera obra se llamó «Dafne» y cuyos Autores fueron los maestros Rinuccini, Peri y Caccini en 1594, teniéndose que lamentar el destino adverso con que surgió esta Opera, al extraviarse de manera extraña sin haberse podido saber más nada acerca de ella.

Poco tiempo después apareció la segunda bautizada con el nombre de «Euridice» a quien correspondió la gloria de ser la primera, compuesta por los mismos autores de «Dafne», como un valioso homenaje al matrimonio de Enrique IV y María de Médicis en 1600.

La forma con que se construyó «Euridice» es exactamente igual a la adoptada años después por los grandes genios de la Opera: un drama literario cuyo argumento se desarrolla acorde con la música que se le ha adoptado provista de cadencias, agilidad y notas extremas propias para lucir la voz humana y poner de manifiesto grandes aptitudes vocales.

Apenas se creó la Opera, en Italia y Francia empezaron a construirse grandes Teatros, de amplios escenarios y bella arquitectura para dar impulso y auge a los dramas musicales que despertaban inusitado entusiasmo entre escritores, músicos, cantantes y público en general, extendiéndose grandes actividades operáticas hasta Viena y Hamburgo, siendo la ciudad de Bayreuth la que alcanzó fama mundial por haberse dado allí las grandiosas óperas de Wagner.

Pero en Italia fué donde se luchó con fervoroso ahinco por apoyar decididamente la Opera estableciendo multitud de escuelas musicales con el fin de educar y perfeccionar voces, obteniéndose los más efectivos y brillantes resultados en Nápoles; en Venecia cuyo romántico ambiente era propicio a la música, se especializaron con verdadero esmero en la instrumentación orquestal, destacándose Claudio Monteverdi, quien nació en 1567 y que fué el más admirable genio de la Opera. Sus dos obras «Orfeo y «Ariana» alcanzaron enorme éxito, considerándolas valiosísimas en aquella época por su exquisito mérito artístico y musical. Monteverdi tuvo varios discípulos descollando entre ellos «Francisco Cavalli», quien vaciado en el molde de su magnífico profesor logró superarlo con sus formidables aptitudes al combinar la forma concertada de dúos, tríos, y cuartetos, hábilmente armonizados que dieron a la Opera un detalle valioso y atractivo para hacerla más variada y más completa.

No obstante contar el gran Cavalli con varios rivales como Marco Antonio Cesti y Giacomino Carissini que eran magníficos compositores, el

público demostraba su preferencia decidida por las óperas suyas debido a la forma tan completa en su construcción y al estilo tan bello y delicado que sabía imprimir a su música.

Más tarde surgieron otros compositores de valía que lucharon por ir perfeccionando más el Arte de la Opera, como Stradella, Scarlatti, destacándose Nicolás Logroscino quien tuvo la gloria de haber creado el cuadro final culminante y grandioso, apropiado para la terminación de la obra y para hacer resaltar el mérito del conjunto orquestal y de los intérpretes.

Ya en 1700 Pergolesi y Bononcini ascendieron a la Opera al pináculo del verdadero clasicismo, comprobando pues que el origen de élla fué en Italia donde tuvo su Cuna, su vida y su culminación gloriosa, esparciéndose su escuela por todas partes como lo confirma Handell que cñiéndose a la técnica italiana compuso infinidad de Operas, habiendo escrito la primera de éllas en Hamburgo; Gluck que nació en Austria obtuvo su sólida preparación operística en Italia, reflejando Francia también en las obras de sus compositores Bisett y Gounod la influencia de la Escuela Italiana eficiente y expresiva.

Después fulgieron Mozart y Weber que imprimieron cierto romanticismo a las Operas alemanas, hasta que en el Año de 1800: Verdi, Bellini, Donizetti y Rossini, llamados los cuatro colosos del ochocientos la elevaron a un rango esplendoroso con la gloria inmortal de sus incomparables Operas, para cuyas maravillosas interpretaciones se necesitaron voces de cualidad y requisitos técnicos capaces de hacer resaltar el mérito

de ellas como lo supieron hacer la Patti, Tetrazini, Melba, Storchis, Malibran, Barrientos, Caruso, Scotti, Gayarre, Tamagno, Titta Rufo, Samarcó, Chaliapin, Schumann Heink, Galli Curci y otras muchas celebridades que ciñeron en sus sienas los inmarcesibles laureles de triunfos impercederos, confirmando con la eficiencia milagrosa de sus voces que la técnica existe.

La técnica es tiempo y es estudio, es algo inconfundible, es regla establecida, es cualidad depurada que convence con sus mágicos efectos de belleza y perfección. Y la técnica en el Arte del Canto es el brillante resultado obtenido por medio de correctas y constantes prácticas vocales es a decir verdad, la completa definición, el acabado lineamiento del artista que maravilla con el hábil manejo de lo que constituye su propio instrumento: la garganta, obra de Dios que posee sobre todos los fabricados por la mano del hombre, la gran ventaja y el precioso don de ser humano y por lo tanto más expresivo y delicado en la emisión de sus sonidos musicales.

Una es la función fisiológica para producir correctamente dichos sonidos y es la siguiente: vibración de las cuerdas vocales y amplificación de la misma vibración en los órganos fonéticos, mediante el dominio y adiestramiento que llega a obtenerse por medio de eficiente estudio, hecho progresivamente.

El mecanismo vocal es relativamente complicado, porque depende de gran cantidad de músculos y detalles, cuyo armonioso y ordenado trabajo rinde asombrosos resultados.

El conocimiento del propio instrumento es de suma importancia

para el cantante. Los órganos que producen la voz son los pulmones y la laringe; los pulmones con la expulsión del aire y la laringe con la vibración de las cuerdas vocales, fenómeno que se opera al ser éstas rozadas por el aire expelido, llamado en el idioma italiano "fiato".

Los pulmones están situados en la cavidad del tórax, uno a la derecha y el otro o la izquierda, tienen consistencia esponjosa y poseen numerosos espacios o sean pequeños receptores que recogen el aire.

En el interior de la laringe se encuentran las cuerdas vocales que tienen la forma de dos labios formados por el repliegue de la mucosa; sobre las cuerdas vocales están otros dos pequeños labios llamados falsas cuerdas vocales, las inferiores más anchas que las superiores son las que puestas en vibración por el aire aspirado, producen el fenómeno de la voz.

Si el sonido arrancado a las cuerdas vocales por el aire de los pulmones no tuviera medios adecuados para su reproducción, sería ese un sonido pobre, débil, mezquino, incapaz para tener fuerza y vibración propia, pues así como la cuerda de un violín tiene la caja de madera, que es la caja de resonancia donde se amplifica el sonido arrancado, de la misma manera la voz humana cuenta con el tórax, la laringe, la faringe, la cavidad de la boca, las fosas nasales, los senos frontales y esfenoidales para formar todos en conjunto y en acorde mecanismo su caja de resonancia.

La faringe es un canal musculoso; está comunicado con las fosas nasales, con la boca y la laringe, siendo la primera en recibir el aire expul-

sado por los pulmones, tiene importancia capital en la formación del timbre, cualidad más o menos bella que varía y constituye una valiosa atracción para cada voz.

De la faringe pasando a la boca se encuentra el paladar y a sus respectivos lados, dos pliegues de la mucosa forman los dos pilares que se encuentran a derecha e izquierda de la garganta entre los cuales se hallan las amígdalas, consistentes en dos pequeñas glándulas propensas a inflamarse debido a la congestión causada por el mal manejo de la voz y el forzamiento exagerado.

La cavidad nasal abarca la nariz y las fosas nasales, en la parte superior están los senos frontales y esfenoidales, los cuales constituyen puntos o cavidades fonéticas para la voz. La boca que es también caja resonadora está conectada con los órganos de articulación para formar las vocales y las consonantes; ésta tiene la propiedad de recoger y emitir el sonido, construir las sílabas o articulaciones y hacer funcionar las cavidades fonéticas sin las cuales, repito, toda nota musical humana, carecería por completo de volumen, firmeza, brillantez y correcta vibración.

Científicamente está comprobado que poniendo en acción el aparato vocal justamente desarrollado y perfeccionado, ningún otro instrumento ofrece lo que la voz humana puede dar, eficiencia asombrosa que se confirma cuando una compacta orquesta de 100 profesores no logra apagar el potente sonido de una nota aguda técnicamente impostada.

¿Qué es la impostación?

No creo que esta palabra exista en nuestro idioma ni tenga una concreta definición; pero en el italiano se

usa para clasificar o señalar la voz de escuela que se logra colocar en su debido puesto. Impostar una voz es pues ponerla en el justo sitio que le corresponde, mediante la acertada dirección del profesor que sepa indicar los ejercicios de vocalización propios para construir artificialmente dicha impostación, que sabrá rendir bienestar a la garganta e insuperables efectos a la voz, nivelando a la misma altura todos los sonidos de la gama en su completa tesitura, pudiendo compararse este delicado trabajo de impostación de la voz con la afinación de un piano, un violín o cualquier otro instrumento musical.

Esta es la forma correcta que debería implantarse aquí, como en otros países entre los cantantes, pero improvisarla es algo imposible puesto que para realizarlo es de urgente necesidad tener profundos conocimientos y valiosas experiencias en el Arte del «bel canto», porque de lo contrario podrá no más lamentarse la destrucción de la garganta, el atrofiamiento de los órganos vocales y la afonía en la voz, síntomas inequívocos del esfuerzo y la fatiga que proporciona la mala práctica.

Así como existe una sola regla establecida o sea una sola función fisiológica para producir el sonido correcto, son varias las formas adoptadas por la enseñanza empírica puestas en práctica con la pretensión de definir voces de escuela.

Las más frecuentemente usadas son, primero: la voz gutural, cuyo radio de acción abarca únicamente la garganta, engolando las emisiones por el completo abandono de los sonidos que nacen y mueren en dicha garganta, dando origen a la voz común y vulgar conocida con el nom-

bre de voz de pecho; segunda: el reforzamiento de la laringe imposibilitada de construir un sonido correcto porque imprime a la voz un trémolo constante, una vibración artificial y afectada que se origina al oprimir las cuerdas vocales; y tercera: el reforzamiento de la faringe que consiste en contraer sus músculos y cartílagos para producir un sonido afectado, cavernoso y ahuecado que poco a poco destruye la verdadera voz aniquilando por completo el timbre o cualidad.

Estas son las tres formas corrientemente usadas y que dan origen a otras todavía más pobres, deficientes y mezquinas que comprueban en cualquier caso, incapacidad técnica y absoluta negación de conocimientos científicos.

Por efecto de equivocado mecanismo la voz humana puede ser de pecho, interna, gutural, cavernosa, áspera, cerrada, abierta, nasal, clara, dura, corta, estrecha, desentonada, temblorosa, pequeña, confusa y desorientada, defectos todos causados por deficiencia que irremisiblemente tienen que contrastar con la seguridad, limpieza, volúmen, destreza, plasticidad, entonación, agilidad, dominio, pureza, expresión, libertad y resistencia que es manifiesta en la voz debidamente cultivada, libre de la influencia gutural que empaña la nítida educación y maestría de los sonidos correctamente impostados.

Innumerables son también las dolencias físicas provocadas por el incorrecto uso y mal manejo del aparato vocal, efectos graves y funestos estragos que se ha comprobado a través de los tiempos y en todos los lugares, malogrando promesas y cantantes que podrían haber llegado a ser orgullo del Arte lírico como lo

confirma el Tenor Duprez que cantaba con voz de pecho, emitiendo así hasta las notas extremas, cuyo brillo empezó a perderse, teniendo su voz poca duración al explotarla incorrectamente hasta que decepcionado por su fracaso artístico se suicidó en el año 1830.

El uso de esta misma forma equivocada hizo a la cantante Falcon quedar completamente afónica mientras actuaba en una Opera con tan mala suerte que jamás logró recuperar su voz perdida lo que causó en ella una pena inmensa, amarga y dolorosa, mientras tanto en Italia la famosa cantante Grissini técnicamente preparada con su voz maravillosamente impostada, vaciada en los moldes del competente profesor Lamperti, ingenioso descubridor de la impostación de la voz, hizo una carrera brillantísima en Europa, habiéndose retirado de la vida del Teatro a avanzada edad para ser nombrada en 1849 profesora de Canto del Conservatorio de París, comprobando con hechos evidentes su dominio técnico al cantar con éxito rotundo ante numeroso público a los 75 años de edad.

A propósito les contaré lo siguiente que coincide con el caso de la célebre Grissini, allá en Milán conocí a un simpático viejecito que fué en su tiempo magnífico cantante de Opera, se llamaba el Maestro Castagnolli, contaba ya setenta años y puedo afirmarles con toda veracidad que a esa avanzada edad, poseía intacta su voz especialmente sus notas agudas que emitía con gran facilidad sosteniendo hasta un **do**, que es la nota culminante en la voz de un Tenor que él sostenía con la potencia y seguridad de un Artista joven.

Ese anciano podría ser hoy el mismo protagonista de Opera de su tiempo, porque su carrera artística no dañó ni malgastó su voz debido a su magnífica impostación si no fuera por su organismo físico que ya resiente el inevitable rigor de los años.

Los grandes profesores y cantantes condenan el uso de la voz de pecho, de sonidos abandonados, comunes y vulgares, que se emiten defectuosamente y que según opinión de eminentes laringólogos provocan un sin número de dolencias más o menos graves como son: amigdalitis crónica, secreciones flemosas, ronqueras, accesos de tos, sordera, granulaciones en la faringe, inflamación en la glotis, ulceraciones en la laringe, relajamiento y cansancio en los músculos de la garganta, callosidades en las cuerdas vocales, debilidad y aún tuberculosis.

Para la curación de estos serios daños es menester abstenerse por completo de cantar mal y seguir con diligencia las indicaciones de Médicos especialistas, hasta que cada órgano se restablezca y pueda volver a su estado normal.

Es por esta poderosa razón que la enseñanza del Canto no debe desde ningún punto de vista ser empírica, sino al contrario: científica para no destruir inconscientemente y sin la menor responsabilidad artística ni social, preciosas voces como los casos que a diario se suceden, en que no obstante contar con admirables cualidades naturales, al cabo de varios años de mal estudio bajo equivocada dirección se ven tristemente aniquiladas, restando amarga decepción y honda tristeza en quien llora por la ruina de lo que constituyó el

noble sueño tras la inmarcesible gloria de los elegidos.

No es asunto baladí el porvenir de las juventudes y encarna seria responsabilidad el problema cultural de un pueblo, debemos examinar nuestra propia conciencia, para no destruir lo bello, lo que enaltece, lo que nos hace grandes; si no podemos orientar con pleno conocimiento de causa, seremos más patriotas respetando los sagrados dones otorgados por Dios a sus hijos predilectos.

El Arte es verdad y es sabiduría, por lo tanto exige en la conciencia de cada Maestro el estricto cumplimiento de su deber impartiendo fielmente sus enseñanzas, sin defraudar la fé del que llegó a tocar su puerta. Modelar artistas de legítimo mérito para no contribuir al fracaso caótico en que se sumergen los pueblos retrógrados, elevar el nivel cultural del conglomerado social difundiendo el Arte en sus diversas manifestaciones es la mejor forma de hacer Patria; cada impulso, cada sentimiento, cada tendencia será más orientada, más noble, más elevada, alejando al hombre degenerado hasta del vicio que lo oprime con sus tentáculos de exterminio y muerte!

La respiración es uno de los requisitos más importantes en el Arte del «bel canto», porque de allí dependen los maravillosos efectos en los sonidos, por esta razón es de imperiosa necesidad el aprender a respirar correctamente, sin adquirir vicios nefastos que afecten las vías respiratorias, verificando con toda regularidad y disciplina los ejercicios prescritos para obtener la gimnasia y el equilibrio en la columna del aire justamente con la presión que el

diafragma ejercerá sobre ella de donde dependen los asombrosos efectos en las amorzaturas, en el temperamento vocal, en la expresión, acentuación y duración más o menos larga de los sonidos, puesto que una nota existe hasta que existe el aire. La respiración debe ser instintiva, automática porque de esta manera cuando el cantante se encuentra en escena no será esclavo de ningún hábito particular mal adquirido, sino que automáticamente cualquier género le acomodará bien y al mismo tiempo se acostumbrará a dominar y controlar la columna del aire con pericia, cálculo y maestría para no malgastarlo, ni desorientarse y resultar que por atender el manejo del aire, descuide el manejo de su voz.

La voluntad juega papel principal en este esencial detalle, ya que todos los actos de nuestra vida están regidos por esa poderosa fuerza que nos domina y gobierna.

Nuestro cerebro no puede al mismo tiempo pensar en dos cosas a la vez, y si la costumbre de la respiración no se volviere un hábito automático y si la voz también no se lograra impostar efectiva y materialmente, el cantante sería un mandrio y atormentado esclavo, atendiendo a la respiración y a la voz, sacrificando su bienestar, su independencia y su libertad, porque estaría pendiente de una y otra cosa, con embarazo y dificultad y todos los bellísimos efectos del canto fracasarían por la falta de dominio en el funcionamiento del aparato vocal.

El desarrollo de la voz en sus tres registros: grave, medio y agudo, del timbre, expresión, volumen, entonación, seguridad y articulación dependen únicamente de la buena orienta-

ción en el estudio, practicando los ejercicios adecuados para cada cosa y estableciendo la forma científicamente adaptada a cada género de voz.

El cantante de Escuela jamás demuestra el sobrehumano esfuerzo que refleja el cantante impreparado que se le alteran las facciones con muecas ridículas, los ojos se le saltan de sus órbitas, el rostro se le enrojece debido a la congestión de su garganta, notándose en su personalidad los desastrosos efectos de su sistema nervioso alterado al exigir a sí mismo lo que la voz no puede darle, por carencia absoluta de técnica.

La voz tiene que emitirse correctamente, cada nota ha de ser cabal, entonada, justa, brillante, perfecta, porque debe ántes haberse moldeado y construido pacientemente, una separada de la otra y habilmente unidas entre sí, cual si fueran un collar de perlas, siendo esta admirable igualdad uno de los inconfundibles sellos que dá la impostación, depurando con esmero y eficiencia cada vocal para que todas amalgamen sus tintes a fin de vaciar toda la gama de la voz compacta, uniforme y nivelada para diferenciarla de la natural y común, opaca, abierta, desentonada e incierta que brinda una garganta inculta, que acostumbra dar gritos y desgarrarse lastimosamente para sostener trozos difíciles y escabrosos que están fuera de su alcance. Debe saberse que cada romanza y cada trozo de Opera está ya escrita en correcta y perfecta relación a la extensión del género de voz a que cada una pertenece, no debe jamás cometerse el grave delito de falsificar el término en que el

célebre autor la escribió, me refiero a la música compuesta por consagrados Maestros como Verdi, Donizetti, Bellini y otros cuyas producciones fueron basadas y ceñidas a sus profundos conocimientos de técnica vocal, por lo que constituye un atentado para las obras clásicas y una infracción al Arte el bajarlos medio y hasta un tono completo, para dejarlos entonces al nivel de las voces deficientes.

Es tan grave y delicado este hecho, que en Italia los críticos musicales acostumbran llevar consigo a las representaciones un diapasón y cuando el cantante emite sus notas, con sumo disimulo suenan bajo el diapasón y ay! del pobre artista si su voz no está en perfecto tono del trozo original.

La verdadera técnica es la única que puede dar a la voz los requisitos necesarios para vencer todo el género de dificultades de las romanzas clásicas. Es por eso que la impostación es urgente y necesaria en cada voz y el período de su construcción es delicado y difícil, exigiendo esmerada atención y diligencia de parte del profesor y el discípulo, puesto que encierra la fabricación de cada nota perfecta en vibración y seguridad.

En resumen: la construcción técnica de la voz, bajo métodos científicos es la que define al cantante, dejándolo apto para descollar en la Opera aunque ésta exija en lo particular condiciones de primer orden para poder sobresalir triunfalmente en ella, porque requiere vocación, intuición musical, arte, desenvoltura, naturalidad, interpretación, dominio en la dicción, fraseo y resistencia en el control del tiempo, facilidad

en la posesión del personaje que se caracteriza, seguridad y expresión en el temperamento vocal, en el gesto y acción dramática, pericia en efectos de maquillaje, habilidad en el disfraz, naturalidad en la mímica desprovista de toda afectación, elasticidad completa en los músculos del rostro, máxima expresión en todas las facciones: ojos, boca, manos, docilidad en el cuerpo, comprensión y sensibilidad artística y verdadero temperamento para transmitir al público lo que el verdadero artista experimenta al interpretar esos monumentales dramas donde campean siempre: el amor, los celos, la pasión, la alegría, el dolor, el odio, la venganza, el valor, el miedo, la intriga, la calumnia, la ira, el crimen, la locura, el suicidio, la agonía y la muerte.

Por algo la Opera es la sublime y por algo también sus autores y sus grandes intérpretes se han inmortalizado.

Este pequeño país de El Salvador sería un campo propicio para cultivar el Arte Lírico, porque nuestra alma es latina y por lo consiguiente expresiva y delicada. Las vocaciones naturales son bastante pródigas aquí, las aptitudes artísticas se manifiestan en jóvenes que nunca han tenido preparación alguna, la inclinación a la música se refleja con frecuencia en cada niño que silba o canta con admirable entonación cualquier canción de moda, es hora ya que pensemos en los artistas futuros, en aquellos que por el mérito de sus dones técnicamente depurados, puedan ser los legítimos exponentes de nuestra cultura que al traspasar las fronteras patrias merezcan el estrepitoso aplauso de públicos preparados, elevando a un al-

to nivel artístico y social el nombre de El Salvador.

No deja de ser atrevida esta suposición; pero basándose en la efectividad de las reglas técnicas fielmente observadas y en las aptitudes y vocaciones naturales innatas en nuestros jóvenes amantes del Arte, considero factible el que nuestra Patria pueda brindar al Mundo cantantes de primera magnitud.

¿Qué diferencia existe entre las gargantas extranjeras y las salvadoreñas? ¿Tienen aquellas diversa conformación? ¿Sus cuerdas vocales son acaso hechas de otra materia? ¿Sus órganos fonéticos y cavidades amplificadoras rinden efectos diferentes? No! Todos son iguales, exacta es su construcción anatómica, lo único que ha variado enormemente es la forma de estudios, los métodos sin principio, base ni orientación que se han adoptado aquí, implantando sistemas equivocados que jamás podrán definir un cantante de positivo mérito,

Si el estudio del canto no se imparte científicamente como es debido, Arte Lírico seguirá sumergido en el letargo en que ha estado, cada noble aspiración agonizará lentamente, cada vocación estrellará sus ímpetus de gloria, ante la imposible realización de sus an-

helos; cada fervoroso luchador fracasará inevitablemente y sus inquietudes artísticas serán aniquiladas con el destrozo material de sus preciosos dones vocales; mientras la enseñanza sea empírica, tendremos negada la culminación gloriosa de las grandes obras.

Hablo así, porque la conciencia lo impone y lo demanda el Arte, el Arte que es verdad, pureza sabiduría, integridad. El Arte que es Universal, que es patrimonio de la Humanidad y que por lo tanto existe en Italia como también existe aquí.

Que importan nuestras limitadas dimensiones territoriales, si la fama de nuestros artistas puede ser algún día inmensa e inmortal? ¿Qué importa el derrumbamiento de un edificio si de los escombros puede alzarse otro de mayor esplendor?

Trabajemos tesoneramente con fé y amor, brindemos al que necesita el acopio de nuestros conocimientos, pues según sean las armas, así lucirán en el combate fiero. Que la inmarcesible gloria de nuestros futuros cantantes circunde el nombre de la Patria Salvadoreña, extremeciendo cada corazón con la campanada del triunfo!

IRI SOL,

San Salvador, Septiembre de 1941.

Confestación del Doctor Don Manuel Zúñiga Idiáquez, Miembro Activo de la Institución, al Discurso de Ingreso de la Renombrada Artista Salvadoreña "IRI SOL", en el Ateneo de El Salvador

HONORABLES MIEMBROS DEL ATENEO:

APLAUDIDA ARTISTA «IRI SOL»:

SEÑORAS: SEÑORITAS: SEÑORES:

El Ateneo de El Salvador, al encomendarme la honrosa tarea de contestar el discurso de nuestra aplaudida Artista Nacional, «IRI SOL», que acabáis de oír, con motivo de su ingreso como miembro de número de nuestra Institución cultural, me de una simpática oportunidad para sentirme satisfecho de figurar yo mismo entre sus socios.

Como era de esperarse, el tema escogido tiene relación con el máximo ideal de su vida laboriosa y esforzada, el ARTE; y de éste, la aspiración suprema, el más querido de sus anhelos de Belleza, el «Bel Canto», a cuyo derredor hace girar todos los resortes y movimientos de la existencia, sin fijarse en sacrificios, ni en críticas más o menos aviesas, con acendrada fé de convencida y la resplandeciente sinceridad de quien de veras está dispuesto a darlo todo, por tal de acercarse siquiera a la soñada perfección, en el logro de sus empeños.

Su primera palabra la dedica a definir el Organismo al cual viene a pertenecer, señalándolo como un factor importante en el desarrollo de la cultura del País; muy al contrario

de los eternos negadores de todo cuanto no emana de ellos mismos, quienes comienzan por ser negativos en su propia producción, en cualquier sentido que se les considere. Estos siguen la conducta de aquel viejo iluso, cuando sus parientes o amigos le hacían la consabida reflexión: «Miguel, ya que te has llenado de hijos, deberías esforzarte por dejarles al menos una modesta casa». A lo que contestaba sistemáticamente: «¿Una casita de vara en tierra, yo? ¡De ningún modo! Mis hijos tendrán, sinó un palacio, por lo menos una quinta llena de confort y de belleza». Y era de oírle describir, con proverbial fantasía, la residencia imaginada para su progenie; sólo que, al morir, acabó por dar absoluta razón a los temores de sus consejeros y dejar a la familia literalmente en la calle. Así aquellos: encuentran mucho más fácil censurar ácremente cuanto existe, con tal de no poner siquiera un mínimo grano de arena en pro de conseguir, a la obra realizada antes de ahora, elevación indefinida, hasta no encontrarla digna de sus pretendidas ambiciones de grandeza.

Consecuente consigo misma, no vacila en afiliarse a la falange de los que estiman el desarrollo de las Ciencias, las Artes y las Letras como índice del progreso de una Nación, colocando al Arte en puesto de honor, por su estrecha unidad con todo cuanto hay de mejor en la

personalidad humana, aunque sin desconocer los beneficios aportados por la riqueza, siempre que se encuentren modos de «santificarla», mediante su generosa aplicación a obras de positivo Bien.

Eterna enamorada de la Belleza, en sus infinitas y cambiantes manifestaciones, ansía verla considerada y tenida en la tierra que la vió nacer como algo consubstancial con la existencia. Siente que las fulguraciones del espíritu son infinitamente superiores al retintín del oro, a las ensordecedoras fanfarrias de la materialidad; y quisiera con toda su alma que al alinear las orientaciones superiores de nuestro desarrollo progresivo, se tuviese en mira mantener, por sobre todo cuanto existe, el cultivo de esa fuerza creadora insustituible, sin cuyo poder de cohesión vemos desmoronarse las más pretensiosas edificaciones del mundo material, por consistentes que parezcan. Reconoce de buen grado que son innumerables las maneras de percibirla y apreciarla; pero entiende que la Belleza es una sola y desea vívamente que a su influjo vibren de emoción todas las criaturas de este suelo privilegiado por la Naturaleza.

Para hablarnos del tema fundamental de su disertación, se remonta a los orígenes de la Opera, tres siglos y medio atrás en la corriente incontenible de los tiempos. Y es que la Opera ha nacido primordialmente para conquistar la glorificación del Canto; pero del Canto así, con mayúscula, pues hacía falta, antes de verla llegar a la cúspide de las creaciones musicales, desarrollar el cultivo más perfeccionado y completo de la voz, constituyéndose el círculo vicioso de que «sin buenos cantantes no puede haber Opera,

así como sin la Opera jamás hubiera llegado a haber tantos, ni tan buenos cantantes».

Es por eso sin duda que la Opera nació en Italia, «tierra de cantores por excelencia». La abundancia de ese elemento primordial hizo que genios musicales italianos concibieran la más grandiosa manifestación escénica del Divino Arte, donde todos los sentimientos, las pasiones humanas tienen su más amplia e impresionante caracterización, expresados con la gama inagotable de tonos y matices que producen gargantas extraordinarias, puestos en juego por los predilectos de la Santa Armonía.

Surgida la Opera a la escena del mundo, nada mejor para magnificarla que extremar el cultivo de las voces dignas de figurar en sus grandilocuentes manifestaciones. Es por eso que si los creadores de este género de composición artística por excelencia han conquistado gloria inmortal, no faltan asimismo Cantantes prodigiosos cuyos nombres resplandecen inborrables en el cielo del Arte, con igual derecho a la inmortalidad. Aquellos Maestros sublimes comprendieron desde luego lo que hacía falta para mejor realizar el milagro de sus excelsas armonizaciones y no tardaron en ponerse en obra, a fin de convertir el «don natural» que es la voz, en elemento excepcional de la expresión artística, ya fuera solo o en conjunto con multiplicidad de cantantes y de orquestas combinadas a la medida de la grandiosidad del espectáculo.

Bien hace «IRI SOL» en aceptar el calificativo de «instrumento maravilloso» que se ha dado a la garganta o si se quiere, a la voz humana. Forma parte en realidad de la ex-

tensa categoría de los llamados «instrumentos de aliento» o «de viento», según reza la denominación vulgar: como en todos ellos, es la columna de aire puesta a vibrar (en las cuerdas vocales) quien produce los sonidos, modificándose éstos hasta el infinito mediante el concurso de la voluntad, que amplía o restringe dicha columna y de distintos resonadores y perfeccionadores de la emisión sonora. Basta el examen más superficial para convencernos de que dicho instrumento se demuestra superior a cuantos puedan comparársele, pues forma un todo inseparable con el Artista, mientras los otros son forzosamente algo agregado a él y por lo mismo sujetos a mil eventualidades diversas.

La voz tiene que ser, ante todo y sobre todo, un DON natural cuyas características esenciales pueden ser modificadas en ciertos límites, a condición de no alentar la necia pretensión de falsearla en ningún sentido, so pena de echarla a perder con absoluta seguridad y a veces, definitivamente. Dice el refrán que «no puede ser blanca la que es trigueña». Esta expresión deberían aplicársela cuantos posean una voz digna de ser cultivada, como promesa de gloria para sí y recreo y admiración de la humanidad: su primera preocupación deberá consistir en saber, afirmado por quien tenga autoridad para decirlo, a qué clase pertenece, a fin de contribuir cuanto más puedan a mantenerla en la esfera de acción correspondiente, agrandada y perfeccionada hasta donde sea posible, pero siempre la misma.

Existe el placer inefable de escuchar el gorgo armonioso de los pájaros: sus melifluas modulaciones son

tanto más agradables cuanto que son espontáneas, no aprendidas, como hechas para completar deliciosamente las perfecciones y encantos de la creación; pero al lado de ellas tiene que sobresalir extraordinariamente la voz de los verdaderos Artistas, pájaros también cuando por vez primera se dieron cuenta del regalo que traían en su garganta, pero después, esclavos dóciles, perseverantes de la Técnica, bajo cuyas severas disciplinas alcanzan alturas inimaginables y por lo mismo ambicionadas por el común de los mortales, acaso en razón inversa de la aptitud para comprenderlas y apreciarlas en toda la magnitud deslumbradora de su valor.

Ahí está el mérito del Artista; por eso el Santísimo Padre, al obsequiar a un joven violinista valiosa halaja consagratoria, se la dió «como premio y con su paternal bendición por el buen uso que había sabido hacer del DON con que le favoreció la Providencia Divina»; y por igual razón aquel Sumo Pontífice que así revelaba tener tan exquisita sensibilidad, le hubiera mandado retirar de seguro la condecoración años más tarde, al constatar que la soberbia arruinó por completo lo que el esfuerzo honrado lograra exaltar un día.

Gravísimo error cometerán cuantos piensen que lo único que hace falta es «tener voz» y que su desarrollo es cuestión de «ejercicio». Nada más falaz y falso de juicio: si en algo obra maravillas la Técnica, el estudio metodizado, es en el bien denominado Bel Canto. Claro que ella sola no puede «crear» una voz: ahí donde no existe; lo que sí hará es «colocarla» en el lugar que le corresponda, fijándola convenientemente.

mente; conseguir, a fuerza de labor incesante, bien dirigida, la transformación en automáticos de todos los movimientos relacionados con la producción, la modulación, la afinación, el desarrollo, la personificación de la voz, de modo que el Cantante pueda servirse de ella sin titubeos anquilosadores; hacer, en una palabra, que se eleve a su máximun de rendimiento y de expresión.

Y lejos de suceder lo que pudieran pensar personas profanas, el trabajo de la referida Técnica es sencillo en el sentido de que «sabe» a dónde va, mientras el empirismo abunda en complicaciones, por lo mismo que «no sabe», en un momento dado, cómo resolver los problemas que se le presenten, desde una buena emisión de la voz, hasta no conseguir que el auditorio, por selecto que sea y mientras más entendido mejor, llegue a sentir las delicias del Extasis, la realización más alta del triunfo artístico.

Todas las afirmaciones de «IRI SOL» se hallan fuera de discusión, sólo que, como dice el aforismo francés, «hay más *pagadores* que *conocedores*»; hay más personas capaces de pagarse los gastos de enseñanza acomodaticia, acorde con sus caprichos y veleidades, que las conscientes de la mejor conducta preferible en cada caso, a fin de sacar el más brillante partido de sus esfuerzos o sacrificios, si estos fuesen necesarios.

Existe una diferencia inconmensurable entre las bellas perfecciones logradas por la Técnica, al influjo de sus métodos depurados de toda acción caprichosa, de todo afán de complacencia al parecer barata y la falsa *técnica*, el empirismo dispuestos siempre a ponerse al servicio de

las más absurdas pretensiones de sus solicitantes, por tal de congraciarse con ellos y aumentar el volumen de las «entradas», sin paramientos en la pureza de las mismas. En justa recompensa, la primera causa será transportes de admiración siempre crecientes, cada vez que sus prosélitos vayan dando a conocer los progresos conseguidos; mientras las víctimas propiciatorias del empirismo darán el doloroso espectáculo de una hermosa promesa convertida en lamentable desengaño, por haber hecho con ella lo contrario de lo que sin duda convenía. Así presentadas las cosas, el tan calumniado sentido común no vacilará en escoger el buen camino, siempre que no vengan a estorbárselo la vanidad de un lado, aguijoneada del otro por el interés inmoderado de lucro, y cuyas víctimas abundan en esta clase de infelices fracasados.

La aspiración más alta de la Técnica consiste en conquistar la naturalidad: la «difícil facilidad» de que se habla en el Arte de Escribir, debe buscarse asimismo en cualesquiera otras manifestaciones artísticas. El verdadero Artista hace prodigios y sin embargo dá al público profano la impresión de que nada le cuesta cuanto produce, sin dejarle sospechar siquiera el sinnúmero de esfuerzos y sacrificios realizados para alcanzar su grado de perfección, ocultos tras el dominio admirable del instrumento que sirve de expresión al Arte. El empírico, en cambio, hace consistir su «valor», su «mérito», en contorsiones, movimientos de cabeza y de los miembros, balanceos, golpes de talón, muecas, abotagamiento del rostro, etc. etc., sin darse la menor cuenta de que esos

alardes ridículos significan apenas un derroche de preciosa energía, ojalá utilizada en el sentido de conseguir que todos los esfuerzos, por insignificantes que parezcan, sirvan acertadamente a la búsqueda de la perfección deseada, nó al pueril empeño de «deslumbrar» a aquellos cuyo aplauso desprovisto de conocimiento carece en absoluto de valor.

Sin embargo, a esa misma Técnica seguramente capaz de tñn grandes cosas, debemos abstenernos de pedirle imposibles, sabedores por anticipado de que nó los realizará. Repitámoslo: ella puede muy bien «definir» la voz, seleccionar, aumentar y exaltar sus cualidades, quitarle los defectos y hasta transformar estos en cualidades a su vez; pero nunca podrá satisfacer el loco empeño de cambiarla por otra distinta. Y ¿porqué obstinarse en desvirtuar la propia naturaleza? ¿por qué pretender aparentar lo que no somos, cuando nuestro sér perfeccionado vendría a representar una legítima victoria sobre nosotros mismos? Esta actitud nos hace recordar la ocurrencia de cierto compatriota, de los lejanos tiempos en que abundaban los «doctores y generales» hondureños. Alguien le preguntó ingenuamente: «¿Qué le gusta a Ud. más que le digan, General o Doctor?»

«¡General, —replicó el interpelado sin vacilar— si Doctor soy!» No faltan cantantes que se sienten adulados si les dicen que pueden ser Tenores, con sólo esforzarse un poco; o Sopranos Dramáticas, si se aplican a conseguir la necesaria extensión de la voz: ¡y pensar que en ambos casos las desastrosas consecuencias no se hacen esperar! Como si en las otras categorías de voces no hubiese habido igualmente quiénes adquirieran re-

nombre de inmortales.

Mas existe un prejuicio muy generalizado por desgracia, en relación con todo género de formación musical: cuando se trata «únicamente de los comienzos», se pretende que cualquier persona «entendida» puede darlos y cualquier instrumento es bueno para aprenderlos. Es que ni remotamente pensamos en lo peligrosísimo que sería edificar sobre arena, razón por la cual se prefieren los fundamentos de roca; tampoco nos preocupamos por considerar que las condiciones del sonido, su expresión misma, se hallan íntimamente relacionadas con la calidad del instrumento; por eso no conviene que sea de una insignificancia visible, sino al contrario, capaz de ayudarle al alumno a formarse idea exacta de lo que hará más tarde, cuando sus progresos exijan algo digno del trabajo profesional.

Y ¡qué no diremos de ese instrumento delicadísimo que se llama la voz humana, sino que es él mismo el que se pone en peligro de verse nulificado, cuando lo confiamos a manos indoctas, guiados por el prejuicio de que «cualquiera persona entendida» es buena para enseñar los principios! No obstante, todos cuantos conocieron la conducta de aquel estudiante de la lengua en que más se ha ofendido a Dios y a la Humanidad, encontraron incalificable que apenas recibidas las primeras lecciones diarias, gratuitas, se diera el lujo de publicar este anuncio: «Se dan clases alternadas de tal idioma (infernol), a CINCO PESOS MENSUALES».

Deberíamos pensar, como nos lo dice la recipiendaria, que no sólo se expone un tesoro acaso da inestimable valor, que es la voz, lo cual

ya sería demasiado, sino la salud misma de la persona, amenazada positivamente de sufrir por tal motivo diversas afecciones o enfermedades que pondrán en peligro hasta su vida.

El ejercicio de las Artes constituye en general una verdadera «carrera de obstáculos»; en los cantantes llega a serlo en supremo grado. Dígalo sinó la experiencia de ésta soñadora y cultivadora de Belleza, víctima varias veces de embaucadores sin conciencia, en países avanzados por cierto, mientras no lograra alcanzar la égida de verdaderos Maestros, quienes al darle su completa formación la capacitaron igualmente para constituir guía seguro de aspirantes bien dotados, desde el punto de vista artístico, aunque faltos del eficaz apoyo que dan los medios económicos, para lanzarse por el mundo en idéntica aventura.

Alguna vez antes de ahora hemos hecho recordar esta feliz expresión recogida de otro Artista, Valero Lecha, hombre de pocas palabras por cierto: «Sólo a los que saben debería dárseles el permiso de enseñar». Vista con dañada intención, puede ser interpretada como una «perogrullada»; mas si nos vamos al fondo, sin duda le encontraremos explicación en la sentencia oriental que afirma amargamente: «Los *sabios* se dedican a *estudiar*; los *ignorantes* se dedican a *enseñar*»: También corrobora el juicio tan acerbo como ajustado a la verdad, cuando hace treinta años dijo una distinguida Profesora al entonces Ministro de Instrucción Pública: «Si en verdad, Señor Ministro, aunque nos duela confesarlo, lo más que se puede hacer con la mayoría de los *maestros* es perdonarles que se hayan pasado

la vida «enseñando».

Libre de egoísmos aniquiladores, nuestra festejada Artista declara con entera convicción, apoyada en su experiencia inteligente de varios años: «No hay razón para que El Salvador no produzca cantantes de buena calidad, existiendo como existen la afición manifiesta, grandes facilidades para cuanto se relaciona con la Música y voces hasta colmadas de cualidades». En prueba de ello, confirmamos nosotros, se produjo un verdadero florecimiento musical cuando se reunieron acá varios enseñantes en los cuales se podía confiar, en uno u otro sentido. De ahí salieron quienes fueran al extranjero a perfeccionarse; lo grave está en que los llamados a hacer surgir las alas se conviertan en verdaderos «segadores» más o menos inconscientes de las mismas; de aquellos a quienes estigmatiza la Escritura cuando dice: «Los que no pueden edificar se complacen en destruir»; «Vinieron los constructores y fué para destruirte», pues los hay que se dirían animados por el placer satánico de demoler cuanto pudiera superarles. cosa nada difícil por cierto.

Grande es la falta que hace entre nosotros el desarrollo del sentimiento de responsabilidad. Si todos lo tuviéramos por igual, no existiría esa clase de pretendidos «enseñantes» del canto, constantemente expuestos a echar a perder voces reconocidas en un principio como positivas esperanzas; jamás serían ellos mismos, ora por su espontánea voluntad o impulsados por familiares sin sentido, quienes precipitaran a sus discípulos por caminos vedados, obligándoles a hacer precisamente lo contrario de lo que les conviene, con la absurda pretensión de llevar-

los muy pronto al pináculo del triunfo. Debíamos escuchar la honrada voz de la conciencia cuando nos dice en lo más íntimo que la Técnica sólo pueden enseñarla los técnicos; y que el conocimiento a medias de una rama cualquiera, suele ser muchas veces peor que la ignorancia misma. Por algo germinó en la mente de aquella ilustre Profesora el anatema contra los falsos mentores, de esos que no vacilan en equiparar a profesionales de los más nobles, como son los verdaderos Maestros, con ruines ganapanes.

Si hay algo digno de alabanza en esta Artista que se ha hecho conocer y aplaudir bajo el pseudónimo bien combinado por cierto, de «IRI SOL», es la franqueza con que habla y la sinceridad fervorosa con la cual se entrega en cuerpo y alma a la gran aspiración de su vida ya señalada por nosotros: hacer Arte, ayudando a hacerlo a cuantos posean los dones indispensables y tengan el entusiasmo necesario para ponerse bajo su dirección estimulante, iluminada y propulsora.

«IRI SOL» es ejemplo viviente de que «Arte es sacrificio». Se sintió poseída de divina inquietud y arriesgó cuanto tenía, por tal de perfeccionar su personalidad en todo lo relativo al difícil Arte del Bel Canto. Recorrió su *vía crucis* valerosamente, sin abatimientos ni desmayos; hizo toda la ardua carrera de Cantante, con minuciosidad apasionada; cosechó frescos laureles en extranjeños escenarios; y cuando la atracción del terruño se le volvió irresistible, acá se vino, dispuesta en todo momento a predicar con el ejemplo la religión de la Cultura y su esclarecida enseña de luchadora: «Hacer

Patria por el Arte; hacer Arte por la Patria».

Por eso ha sido fácil encontrar que tiene ejecutorias sobradas para formar parte integrante de este Instituto, en donde efectivamente se labora, según sus palabras de introducción, en pro del desarrollo de la Cultura, en todas sus vastas y múltiples manifestaciones, nó limitándose como generalmente se supone, a simples escarceos literarios. La estela de sus triunfos, de sus realizaciones, le señalan puesto distinguido entre los auténticos valores nacionales; y es por eso que no dudamos del cordial recibimiento que le dispensarán todos y cada uno de sus Miembros de este Ateneo, por cuyo mandato me es honroso darle nuestra calurosa bienvenida.

Para terminar, réstame sólo agradecer a tan selecto auditorio la gentileza con que se ha dignado escucharme; a la Honorable Junta Directiva, el favor dispensado al encargarme de la contestación al discurso de ingreso de persona verdaderamente digna de figurar entre los representativos de la cultura salvadoreña, máxime cuando aborda temas por los que siempre me he interesado; y por último, felicitar a mi muy estimada amiga «IRI SOL» por su edificante trabajo y por el alto aprecio con que se la distingue, en premio a su consagración indeclinable al cultivo de la Belleza bajo la forma de Bel Canto, de cuya enseñanza es legítima representativa y abanderada en EL SALVADOR.

He dicho.

Manuel Zúñiga Idiáquez.

San Salvador, 23 de marzo de 1942.

Cursos Breves de El Ateneo

Importancia de la Fitopatología en la Agricultura

Señoras, Señores,

Dentro del amplio conjunto de las *Ciencias Naturales*, la *Fitopatología*, como se desprende de su nombre, tiene por objeto el Estudio de las Enfermedades de las Plantas.

Esta subdisciplina de la Botánica, es en verdad una ciencia mucho más amplia, requiriendo los conocimientos no sólo de la última, sino también de la Microbiología en toda la extensión de la palabra y de una parte de la Zoología.

Sin embargo como regla general, se acepta para la Fitopatología un campo de acción más restringido, haciendo caso omiso de los estragos causados por los representantes del reino animal, como arácnidos, insectos y animales superiores, y reservándolo únicamente para los fenómenos producidos por hongos, bacterias, virus filtrantes, plantas parásitas superiores y agentes no parasitarios.

Esta división poco lógica en sí misma, carece como todas las clasificaciones artificiales (En verdad toda clasificación es artificial) de fronteras bien definidas y muchas veces en el desarrollo de una enfermedad intervienen organismos pertenecientes tanto al reino animal como al vegetal, entrelazándose en tal forma que una separación resulta prácticamente absurda.

P. e. en las enfermedades produ-

cidas por los virus filtrantes, hay casi siempre un transmisor animal y sería tan poco lógico estudiar un virus sin su vector correspondiente como eliminar de la Mariología el papel desempeñado por el *Anopheles*.

También existen organismos, pertenecientes sin duda alguna al reino animal, como los protozoarios y los nemátodos, capaces de producir en las plantas superiores, tipos de enfermedades con una sintomatología muy cercana a la observada en los ataques de hongos y bacterias y un estudio diferencial de estas enfermedades no puede eliminarse del radio de acción de la Fitopatología.

Desde que la humanidad se dedicó a la agricultura, el hombre tuvo que tropezar con los fenómenos que marcaban sus cosechas, y empezó naturalmente a buscar el remedio para los mismos, pero siendo sus conocimientos escasos y deficientes, la interpretación de sus observaciones resulta casi siempre equivocada.

No pudiendo entender el mecanismo complejo de estos fenómenos, el método para contrarrestarlos en las sociedades primitivas no pasaba de rezos y oraciones y en la Biblia encontramos párrafos relacionados con la plaga de la langosta en Egipto y Palestina, recomendando como único remedio unas plegarias especiales (2o. Libro de Moisés 8 y 10) (1er. libro de Reyes cap. 8 inc. 37).

Los Romanos hasta los principios de la era Cristiana adoraban y temían a una deidad especial (Robigo) a la cual se atribuía la presencia de las Royas y Carbones en los cereales y cada 28 de Abril se festejaban las llamadas *Robigalias*, durante las cuales se rogaba a este dios de abstenerse de la infección de los campos.

Sin embargo, Plinio en su *Historia Natural* (libros 17 y 18) menciona ya medidas más terrenales para el combate de estas enfermedades. Aconseja sumergir la semilla antes de la siembra en agua, orina o vino (tratamiento húmedo) o mezclarla con hojas molidas del ciprés (tratamiento seco).

En otro párrafo el mismo autor sugiere como medio para evitar las larvas en los cultivos de col, una siembra simultánea de la *frigonella foenum graecum*.

El Imperio Romano ya tenía leyes especiales para la destrucción de insectos, principalmente de la langosta.

A mediados del siglo 17 se pueden encontrar métodos más o menos adecuados para el control de algunas enfermedades. Estos procedimientos fueron descubiertos casi siempre casualmente, porque todavía en 1785, Plenck en su *Fitopatología* confiesa ignorar la causa que produce las Royas y Carbones. Sin embargo este autor ya conocía el carácter contagioso de estas enfermedades y aconsejaba como remedio la rotación de cultivos.

El adelanto de la *Fitopatología* en los dos últimos siglos ha sido paralelo con el de la *Biología*. Muchas ramas de la primera disciplina nacieron ante nuestros ojos. No hace más de 60 años que se descubrió la pri-

mera bacteria capaz de producir la enfermedad de una planta superior (La mancha del fuego del peral por Burrill).

Todavía más recientes son los primeros hallazgos de las enfermedades producidas por los virus filtrantes y los protozoarios (50 y 12 años respectivamente). Este honor pertenece a Iwanowsky en el primer caso, y a Stahel en el segundo.

Aún tenemos mucho que aprender. No cabe duda de que un gran número de trastornos, clasificados por ahora como enfermedades fisiológicas, deben tener una causa determinada, y que recurrimos a este tipo de clasificación, sólo para ocultar de un modo más o menos elegante nuestra ignorancia.

Junto con la investigación pura, ha seguido el desarrollo de los métodos de control, prevención y combate para las enfermedades de plantas cultivadas, un problema complejo, porque aparte del aspecto biológico, se tuvo que tomar en cuenta la costeabilidad de los procedimientos empleados. Se comprende que nadie está dispuesto a gastar una cantidad mayor en la curación o prevención de enfermedades, de lo que le puede reportar la cosecha. Sólo en circunstancias especiales, cuando la estructura económica de una región corre peligro por la aparición de una nueva plaga o enfermedad, se puede pensar en inversiones mayores con el fin de prevenir las pérdidas a largo plazo.

Si damos ahora un paso más, después de habernos puesto más o menos de acuerdo sobre la definición y función de la *Fitopatología*, nos encontramos ante un nuevo problema: Cómo fijar las características de un organismo enfermo. En verdad no

es fácil una definición de esta índole, porque las modificaciones exteriores en las plantas no permiten muchas veces fijar las limitaciones entre los casos teratológicos y patológicos.

En la literatura científica encontramos diversas definiciones al respecto; de las cuales me permito citar dos, que me parecen las más acertadas.

La primera es de Nowell que en lugar de definir el estado patológico, describe el normal, considerando la enfermedad como negación del mismo, formulándose del siguiente modo: «La salud es un estado durante el cual todos los órganos cumplen con su función y actúan en armonía unos con los otros, y enfermedad es un estado donde no se observan estas condiciones», y la segunda es de Brocks, que considera la enfermedad como la pérdida del equilibrio dentro de los procesos vitales, que pueda abarcar o todo el organismo o una parte del mismo y que a veces puede causar la muerte prematura del individuo.

Las dos definiciones hacen caso omiso de la causa que ha originado el estado patológico, sin embargo sus autores toman en cuenta sólo «Enfermedades» y no «Plagas», entendiendo como últimas las destrucciones mecánicas producidas por insectos, a pesar de que la planta tiene que responder a estas lesiones con modificaciones en su metabolismo.

En verdad una separación correcta entre plagas y enfermedades es imposible.

Si queremos considerar las enfermedades desde el punto de vista dinámico, entonces las podemos presentar como el resultado de una lucha que se efectúa entre la planta

por un lado y la causa que la origina por otro.

A este ataque la planta responde con una resistencia y se pueden presentar los siguientes casos.

- 1) La resistencia de la planta es mayor que la fuerza del ataque.
- 2) La resistencia de la planta es igual a la fuerza del ataque y
- 3) La resistencia de la planta es menor que la fuerza del ataque.

Se entiende por sí mismo de que sólo en el último caso se observarán síntomas manifiestos de la enfermedad, en el segundo habrá un equilibrio inestable que se podrá romper en favor de uno de los dos contrincantes. El resultado de la lucha en el primer caso no necesita comentarios.

Adaptando este punto de vista, todos los métodos para combatir las enfermedades se harán con los siguientes propósitos:

- 1) Procurar aumentar la resistencia natural del organismo atacado y
- 2) Dominar la fuerza del ataque.

Solución que parece bien sencilla, pero que no siempre se puede llevar a cabo, por carecer de medios adecuados para influir en el sentido deseado sobre cada una de estas fuerzas.

Las plantas cultivadas son por lo general más susceptibles a las enfermedades que las silvestres, tanto porque la aglomeración artificial de las plantas de la misma especie, permite una propagación más rápida de una enfermedad, como porque durante mucho tiempo hubo descuido en la selección de los factores de la

resistencia por atender más a otros caracteres, relacionados con un mayor y mejor rendimiento.

Todavía con mayor razón se observan estos fenómenos, tratándose de monocultivos.

No se debe olvidar nunca que un monocultivo se encuentra siempre en condiciones anormales, por haberse roto el equilibrio en la naturaleza, que queda substituido por una inestabilidad más o menos marcada.

Este nuevo estado de cosas podrá sostenerse un tiempo relativamente largo, hasta llegar a estabilizarse a veces; sin embargo, con un cultivo de esta índole, el agricultor nunca podrá estar seguro de que una enfermedad repentina no toma caracteres de una catástrofe.

Hay muchos ejemplos de estas inesperadas epidemias que en unos cuantos años pueden causar la ruina de una región y a veces la ruina de un país.

Todos los caficultores tienen todavía presente, los estragos que el ataque de la *Hemileia vastatrix* causó al fin del siglo pasado en los cultivos de Ceylán. Afortunadamente, este hongo no llegó a la América o no encontró aquí las condiciones favorables para su desarrollo. En cambio, dos enfermedades, que presentan todavía un serio problema, han causado enormes trastornos económicos en la América Central. La primera, una enfermedad del cacao, la llamada «Escoba de bruja» arruinó en 1924 la República del Ecuador, bajando la cosecha de su producto principal en un 90%; y la segunda, que ha modificado prácticamente todo el sistema del cultivo del banano, la «sigatoka», hizo sentir sus estragos desde Colombia has-

ta México en el Continente, y en todo el Archipiélago de las Antillas.

El caso de la «Sigatoka» es muy típico y me permitiré tratarlo con algunos detalles.

Esta enfermedad que ataca únicamente a ciertas especies del género *Musa*, se canoce en Java desde el año de 1902. El agente patógeno, un hongo imperfecto, la *CERCOSPORA MUSAE ZIMMERMANN*, parecía causar estragos en escala muy reducida y se consideraba junto con otros hongos, que producen manchas en las hojas del banano, como un organismo poco peligroso.

Unos años más tarde, la misma enfermedad al hacer su aparición en Australia y las islas Fiji, tomó un carácter más serio, destruyendo plantaciones enteras, y permitiendo en esta forma deducir la magnitud del peligro que se avecinaba para la América.

Sin embargo, se creyó que dada la distancia que separa los cultivos americanos de la zona infectada, no existía un peligro inmediato para este Continente.

Desafortunadamente este optimismo resultó equivocado. La enfermedad saltó la barrera del Océano en forma algo enigmática y apareció en 1934 en la Isla de Trinidad y en Honduras, empezando desde allí su marcha funesta tanto al Sur como al Norte. En unos cuantos años, regiones bananeras enteras quedaron destruidas. La United Fruit viendo el inminente peligro, gastó millones de dólares para fines de investigación y en fin logró controlar la enfermedad; pero sólo *controlarla* y no *curarla*.

El tratamiento encontrado consiste en la aplicación a alta presión

de aspersiones periódicas bimensuales del caldo bordelés al 1,2%, lo que representa una erogación tan elevada, que el banano ya no es un cultivo costeable para productores particulares. Sólo las compañías exportadoras pueden utilizar este método, sacrificando sus ganancias como productores de fruta y limitándose al margen que les deje la exportación.

Las epidemias del tipo de la «Sigatoka» deben considerarse como excepciones, y, normalmente las pérdidas de las cosechas, debido a plagas y enfermedades, no alcanzan porcentajes tan altos. Sin embargo, la estadística ha demostrado que no hay cultivos en gran escala en los cuales los estragos causados por los enemigos de las plantas no representan un renglón importante dentro de la economía general.

Para no ir más lejos, en la República de El Salvador la resaca del Café representa de un 10 a un 15% de la cosecha total.

Esta pérdida ocasionada principalmente por el «Ojo de Gallo» (*Stilbella flavida*) y la *Cercospora*, traducida en números se puede calcular en 3.000.000 de colones anuales.

Se desprende entonces como deducción lógica, que tanto el agricultor particular, como las dependencias gubernamentales respectivas, tienen que dedicar su máxima atención al problema fitosanitario, si no quieren correr el riesgo de ver mermarse las cosechas en escala mayor, y como se invierte dinero para compra de abonos y en labores de cultivo, debe existir en el presupuesto de cada agricultor una cantidad adecuada para el combate de plagas y enfermedades.

Desgraciadamente, hasta en los países tan adelantados como los Estados Unidos, la iniciativa privada, salvo algunas excepciones, se encuentra bastante atrasada en este sentido, lo que ha obligado a casi todos los Gobiernos a considerar el combate de plagas y enfermedades como una función del Estado, y la actual legislación en todos los países incluye el control fitosanitario.

Estas medidas de prevención, control y combate se pueden resumir en la forma siguiente:

- 1) Ataque directo a las causas de la enfermedad.
- 2) Control de semillas y plantas importadas del exterior.
(Cuarentenas exteriores).
- 3) Control de semillas y plantas dentro de una zona infectada del propio país y
(Cuarentenas interiores).
- 4) Reproducción de variedades resistentes o inmunes.

No se debe olvidar que cualquier medida adoptada sea por un particular, sea por una institución oficial, tendrá que tomar en cuenta no sólo el aspecto técnico, sino también el económico del problema.

En la mayoría de los casos, los gastos erogados para el combate y control de las enfermedades, presentan solamente una fracción insignificante de los valores que se salvan, gracias a los métodos empleados; pero a veces, tanto el Agricultor como el Estado, se pueden encontrar ante la disyuntiva de sacrificar no sólo el valor de la cosecha, sino una parte del capital invertido en la plantación, si quieren seguir cultivando un vegetal determinado.

Claro que en este caso no pueden existir reglas generales. Se necesita casi siempre un estudio concienzudo para poder determinar si la conservación de un cultivo, amerita los grandes sacrificios pecuniarios que se podrán recuperar sólo a largo plazo, o si será más provechoso una substitución rápida de la planta atacada, sea por una variedad resistente de la misma, o sea por un vegetal distinto.

Esta última medida, sin embargo, puede a veces causar trastornos tan grandes que el remedio resulta peor que el mal. No se debe olvidar que en este caso los agricultores acostumbrados por años a cierta clase de labores, tienen que adaptarse con rapidez a los requerimientos del nuevo cultivo, creando así problemas psicológicos que no se deben desdeñar.

Todavía peor se presenta la situación, si el vegetal atacado, resulta ser el único cultivo de importancia de la región. Entonces los trastornos económicos pueden asumir el carácter de una depresión catastrófica, necesitándose un tiempo largo para volver al equilibrio perdido. Y son exactamente los monocultivos, que llevan en sí mismo la semilla de un posible desastre.

No pienso terminar esta pequeña plática con una nota discordante que

se podría interpretar como advertencia para el cultivo del cafeto. A este respecto conviene decir que si El Salvador no es un país de monocultivo, si es un país de monoexportación y esto constituye indudablemente una característica notable de su economía.

Quiero subrayar que por el momento, no solamente no existe ninguna enfermedad alarmante del cafeto que podría poner en peligro este cultivo, sino que al contrario los casos de la llamada «Podredumbre Negra» deben considerarse como esporádicos, sin mayor tendencia al aumento.

Pero el caso del banano que he podido personalmente observar y estudiar en las zonas bananeras de la República Mexicana, me han enseñado cuan peligroso resulta basar la economía de una región sobre un sólo producto vegetal. Me ha enseñado también que el cambio de un cultivo por otro, en circunstancias anormales, viene siempre acompañado de graves trastornos económicos.

Que un poco de previsión a su debido tiempo vale más que millones gastados en el momento del desastre, y

Que el camino para la formación de una economía agrícola sana y estable, consiste en la existencia simultánea de varios cultivos remunerativos.

Cursos Breves de El Ateneo

Desarrollo Constante del Derecho Administrativo

No he podido rehusar la benévola invitación de los señores Presidente y Secretario del Ateneo de El Salvador para prestar mi modesto concurso a los actos culturales que con tan brillante éxito hasta hoy, han venido desarrollándose en este augusto recinto durante las veladas semanales precedentes. Estimo en alto grado ese inmerecido honor para tratar de esquivarlo con cualquier pretexto más o menos justificado. Podría invocar como primera y fundamental excusa, la flaqueza de mis aptitudes oratorias y científicas, tanto más pobres, si se las compara con esas de que han hecho derroche, con munífica prodigalidad de artistas y eruditos, conferencistas insignes como Díaz Casanueva y Mejía Robledo, para sólo citar los que me son más conocidos y admirados. Pero así como en los regímenes dietéticos se recomienda alternar los alimentos fuertes, sustanciosos y vitamínicos con otros suaves, de escasa potencia vitalizadora y reducidas calorías, no faltará razón para prescribir análogas reglas cuando de alimentación espiritual se trate: a la obra acabada del pensador profundo y expositor ameno y elocuente, bien puede suceder —y tolerarla un auditorio indulgente— la deshilvanada disertación de quien no ostenta más ejecutorias que su buena voluntad y entusiasmo, puestos sin alardes ni pretensiones de ninguna clase, al servicio in-

condicional de la noble y generosa tarea de divulgación cultural que se ha impuesto un selecto grupo de la intelectualidad salvadoreña.

Ninguna época podía ser más oportuna que la actual, en presencia de la descomunal batalla que han desatado enfurecidas las devastadoras fuerzas del mal contra los avanzados baluartes de la cultura —lentas conquistas adquiridas por la humanidad civilizada a través de un proceso secular —para emprender con ahinco, con entusiasmo cívico, con plena conciencia de seres responsables, la campaña encomendada a despertar nuestras aletargadas potencias anímicas, inyectándoles calor y vida, para levantar y mantener inexpugnables las fortalezas del espíritu, que tan necesarias son para la defensa de la causa justa que defendemos como las trincheras que repelen la metralla mortífera en el campo de batalla.

Digno de la mayor alabanza y merecedor de unánime aplauso es ese movimiento alentador, esa inquietud renovadora y edificante por superar el nivel moral e intelectual del pueblo salvadoreño, que constituye una de las principales preocupaciones del Primer Magistrado de la Nación y de las autoridades del ramo educacional; es tema que cada vez va tomando mayor interés en la prensa seria y meta que persiguen con afán

el Ateneo de El Salvador, el Centro Salvadoreño de Estudios y otras varias asociaciones, que penetradas de su elevada misión, aúnan esfuerzos y laboran paciente y tesoneramente en pro del engrandecimiento patrio.

* * *

El Derecho, en cualquiera de sus ramas y múltiples aspectos, siempre es un tema atractivo, de interés no sólo para los profesionales especializados sino para la generalidad de las personas, por cuanto rige todas las actividades del hombre desde antes del nacimiento hasta después de la muerte. En su forma subjetiva, como atributo inherente a la persona humana, es facultad de pedir, reclamar, exigir o actuar hasta el límite que impone el respeto al derecho de los demás; y en su aspecto objetivo, es norma o regla imperativa de conducta que manda, prohíbe o permite, asegura su cumplimiento por la sanción, tiene en mira el interés general y procura asegurar el bienestar y la armonía entre los hombres en sus mutuas y continuas relaciones de convivencia social.

A pesar de que el Derecho sufre prolongados intervalos de estacionarismo y parece que diera, de vez en cuando, algunos pasos de retroceso, por regla general, sigue su marcha evolutiva y ascendente, procurando acercarse paulatinamente al acariciado ideal de la perfección. Es claro que ese ideal, como los demás que persigue el hombre en su incesante afán de superación, está muy lejos de alcanzarlo y siempre adolecerá el Derecho de las imperfecciones propias de la obra humana. Sin embargo, mucho ha logrado la humanidad en sus largos períodos de paz y

de trabajo fecundo, sobre todo después de esos pavorosos cataclismos sociales que amenazan con arrasar hasta los cimientos mismos de la vida civilizada; algo buena queda para las futuras generaciones; el hombre, convencido de que la obra violenta y destructora no satisface cumplidamente sus menguados propósitos de venganza, dominación y poderío, queda como purificado de sus más groseras pasiones y haciendo acto de contrición y arrepentimiento sincero, se dedica a continuar su interrumpida labor de cincelar pacientemente en la obra inmortal de sus grandes instituciones civilizadas, creando nuevos méritos para volver a ocupar su puesto más elevado en la escala zoológica.

Como ciencia normativa de la conducta humana es preciso reconocer en el Derecho, con criterio ecléctico, la realidad de los hechos sociales que son objeto de su estudio y sus tendencias idealistas en pos de la perfectibilidad de las instituciones creadas por él. Ese punto de vista me parece el más acertado, pues evita reincidir en el error de las escuelas respectivas —materialista e idealista— al aferrarse en considerar solamente determinadas particularidades sobresalientes que apoyan las tesis por ellas sustentadas, pasando por alto o restando importancia a materias dignas de la mayor atención en un estudio integral del Derecho.

Lo mismo en cuanto al tema relativo al método más apropiado para su estudio, es preciso reconocer la importancia y aplicación de los dos grandes métodos que la Lógica aconseja para las investigaciones científicas. El deductivo hubo de aplicar-

se en el período de formación de la ciencia jurídica, cuando el Derecho estaba fuertemente atado y confundido con la Moral y la Religión. Todavía figuran con valor inmutable de axiomas jurídicos, ciertos principios que condensan a un mismo tiempo el contenido esencial de la Moral y el Derecho, de la Filosofía y la Religión: *vivir honestamente, no dañar a nadie, dar a cada uno lo que es suyo*, serán eternamente los postulados de la armonía y la confraternidad entre los hombres, de donde se derivan todas las leyes y normas secundarias. Mas, para su progreso y ensanche, para su intensificación y perfeccionamiento, el Derecho necesita valerse del método inductivo. La Historia, la Sociología y la Estadística deben auxiliar muy de cerca a la ciencia jurídica y prestarle el inestimable concurso de sus datos y conclusiones. Aún en los juicios civiles y criminales, el Juez emplea ambos métodos: la inducción para el establecimiento y comprobación de los hechos, base de todo procedimiento judicial y la deducción, cuando aplica la ley, casi en forma silogística, al dictar su fallo.

Valga el recuerdo de las nociones generales precedentes para llegar al conocimiento del Estado, institución jurídica por excelencia, complejo organismo encargado de la realización del Derecho y sujeto principal de la llamada comunidad jurídica internacional. Realiza su elevada misión por medio de tres funciones esenciales: legislativa, administrativa y jurisdiccional. El Parlamento, Asamblea o Congreso es el órgano encargado de hacer la ley o formular el derecho objetivo, y los funciona-

rios judiciales y administrativos tienen a su cargo el cumplimiento de la ley. De ahí que autores como Berthelemy, a quien seguiré en el curso de estos ligeros apuntes, ya no admiten la división tripartita de poderes que estableció Montesquieu. Reconocen que la autoridad judicial es distinta y debe funcionar separadamente de la administrativa, pero sólo atribuyen la categoría de poderes al Legislativo y Ejecutivo. El Juez al dictar sentencia lo hace en cumplimiento y aplicación de la ley, lo mismo que cualquier funcionario administrativo en el desempeño de sus respectivas atribuciones: ambos ejecutan los mandatos de la ley.

En resumen, al negarle el encumbrado rango de Poder al ramo judicial, se le resta indudablemente un prestigio aparente, la sonoridad y significación del nombre, pero en el fondo la cuestión reviste más interés doctrinario que práctico. No porque se llame Poder, la justicia va a ganar en independencia y demás atributos excelentes. La separación completa de las autoridades administrativa y judicial es incuestionable: por su naturaleza y objeto, por las cualidades distintas que deben poseer el administrador y el juez, éste más sabiduría y reflexión; aquel más iniciativa y actividad. La diferenciación se acentúa en cuanto se analizan las peculiaridades del procedimiento: solemne, aparatoso y dilatado, el judicial; sencillo, ajeno de formulismos, exento de cansadas dilatorias y engorrosos expedientes, el administrativo.

Si el fin primordial del Estado es la realización del Derecho y éste

considera las necesidades comunes y las aptitudes diferentes de los hombres para estrechar los lazos de solidaridad e interdependencia social, se notará que unas veces la vinculación se produce preferentemente entre el Estado y los particulares y otras, que la relación se verifica sólo entre particulares o si interviene el Estado es en forma indirecta o cuando realiza los llamados *actos de gestión*, identificándose con los individuos o con las personas jurídicas. De ahí proviene la división del Derecho en Público y Privado, siendo ramas del Derecho Público, el Derecho Internacional, el Derecho Penal, el Procesal, el Constitucional y el Administrativo.

Los dos últimos tienen un parentesco inmediato y se complementan. El Derecho Constitucional sienta los principios fundamentales en que descansa la organización del Estado. La soberanía, la nacionalidad, los derechos llamados políticos —sufragio y opción a los cargos públicos— en cuyo libre ejercicio radica el origen del gobierno democrático; la ciudadanía, las libertades públicas, la propiedad, la igualdad, la organización de los Poderes, etc., son algunas de las principales materias de estudio del Derecho Constitucional.

El Derecho Administrativo desarrolla esos principios básicos; reglamenta el ejercicio de esos derechos y libertades, fija las atribuciones de los gobernantes, da las normas para el lineamiento general del plan de trabajo que pondrán en práctica los funcionarios y empleados del Departamento Ejecutivo, indica los medios para procurarse los recursos necesarios para llenar satis-

factoriamente un cometido tan vasto a efecto de lograr que se mueva con toda eficiencia esa complicada maquinaria llamada la Administración Pública.

La Estadística y las Finanzas son los dos auxiliares más poderosos de la ciencia administrativa.

La diversidad y multiplicidad de materias que corresponden al dominio del Derecho Administrativo dificultan encontrar una fórmula sintética, suficientemente connotativa que lo defina con exactitud y como, por regla general, las definiciones sólo expresan el punto de vista particular del autor, tratándose de una materia tan compleja, es preferible prescindir de la definición y tratar de penetrar y comprender su contenido esencial. Una de las nociones medulares de que se ocupa en forma preeminente y sirve de principal soporte a la ciencia administrativa actual, sobre todo a la escuela francesa, es la de *servicio público*. El Profesor Duguít la define así: «Toda actividad cuyo cumplimiento debe ser regulado, asegurado y controlado por los gobernantes, porque el cumplimiento de esta actividad es indispensable para la realización y el desenvolvimiento de la interdependencia social, y porque, además, es de tal naturaleza que no puede ser completamente asegurada sino mediante la intervención de la fuerza gobernante. El servicio público es el fundamento y el límite a la vez del poder gubernamental. Al ejercicio de la función administrativa corresponde el Derecho Administrativo; que comprende el conjunto de reglas que se aplican a los efectos de los actos administrativos, así como al funcionamiento de los ser-

vicios públicos. De todo el Derecho Público es ésta la parte que en nuestros días ha adquirido más considerable importancia, porque mediante actos administrativos es como el Estado realiza su intervención, tan frecuente y tan activa, en todos los sectores y aspectos de la vida social, en la industria, el comercio, la enseñanza, en las relaciones entre el capital y el trabajo, etc.; merced a actos administrativos se procura el Estado, maneja y administra los enormes capitales de que tiene necesidad para cumplir su misión; y por estos mismos actos es como el Estado ejecuta y satisface sus deberes de asistencia y protección a los débiles, a los desamparados y a los inválidos, deberes que unánimemente se le reconocen hoy en día. El campo de acción del Derecho Administrativo es tan vasto que habitualmente se considera necesario ya tratar separadamente ciertas materias en él comprendidas, pero que tienen carácter singular y propio, como el derecho financiero, el derecho industrial, la legislación sobre asistencia o beneficencia pública». (DUGUIT).

Punto que ha provocado acalorada discusión entre los tratadistas es el de saber hasta qué límites debe extenderse la acción gubernamental en materia administrativa. Las opiniones están divididas entre los individualistas, partidarios del Estado-Gendarme y los socialistas, abanderados del Estado-Providencia. Los individualistas desean reducir al mínimo la intervención del Estado. Sostienen que toda ley, decreto, reglamento o disposición de la autoridad significa una restricción al pleno disfrute de los derechos naturales inherentes a la persona humana, una

disminución de la libertad o una limitación de la propiedad. Abultan los errores y empequeñecen los méritos de la administración pública. «El mal que hace el Estado—dicen—lo hace bien; pero el bien que hace, lo hace mal». Quieren que el Estado sólo intervenga en aquellas actividades en que es nula o muy deficiente la iniciativa individual, por ejemplo: la defensa del territorio por el ejército, el mantenimiento del orden por la Policía y la administración de justicia.

Los socialistas, en cambio, no son partidarios de que se pongan cortapisas a la acción de los gobernantes y propugnan porque ésta se extienda y amplíe a donde quiera que la reclame el interés público o el bienestar social. Consideran al Estado como un diligente padre de la gran familia nacional, confían en su eficiente administración y ansían su grandeza y prosperidad, porque estiman que en esa forma se capacita para distribuir con mayor generosidad los beneficios y comodidades que la gran mayoría de la población no puede proporcionarse con su esfuerzo individual.

Como siempre, ninguno de los extremistas puede estar en posesión de la verdad científica. La observación de los hechos y el buen sentido indican la necesidad de combinar juiciosamente ambas teorías. Es preciso reconocer la importancia de una colaboración constante entre el Estado y los individuos; no son dos enemigos puestos frente a frente para poner a prueba la dentreza y eficacia de sus respectivas fuerzas combativas.

No hemos de aceptar ni la omnipotencia del Estado ni la intangibi-

lidad del individuo. Es cierto que los gobernantes son los más fuertes e imponen su voluntad a los individuos, pero su fuerza nunca debe ser arbitraria, sino puesta al servicio del derecho. Así se combinan y cooperan en la realización de la justicia esos dos elementos —el derecho y la fuerza— que parecen irreconciliables. El mismo autor que acabo de citar lo ha dicho: «Si el derecho sin la fuerza es la impotencia, la fuerza sin el derecho es la barbarie». Aún cuando se considere al Estado como una persona ideal susceptible de perfección, no se puede negar que dentro de un personal tan numeroso como el que tiene a su cargo el desempeño de las faenas administrativas, siempre hay vicios inevitables por los cuales los actos más justificables en teoría, pueden en la práctica, transformarse en medidas opresivas. Los socialistas no pueden negar lo difícil que es para un Gobierno llegar a ser completamente imparcial. Siempre es un partido el que detenta el poder. Si se extienden indefinidamente las atribuciones del Estado, crece sin medida ese poder que los partidos tienen para oprimirse los unos a los otros. En teoría se puede afirmar la capacidad del Estado; en la práctica se comprueba que algunas obras de las administraciones públicas son ordinariamente más costosas y menos perfectas que las debidas a la iniciativa privada. Falta a los funcionarios el estímulo del interés personal, no tienen que luchar contra la concurrencia, lo cual pueden suplir con el sentimiento del deber; pero esto sólo ocurre en los funcionarios de selección.

Las precedentes observaciones de Berthelemy lo hacen llegar a la con-

clusión de que las imperfecciones inevitables de los que gobiernan deben conducir a la prudencia de los que tratan de aumentar sin cesar el papel del Estado, o mejor dicho, las atribuciones de la administración.

Y sin embargo, no es necesario que lleguemos a restringir la función administrativa del Estado al estrecho minimum que le señalan los individualistas.

Hemos de reconocer que si los particulares se cruzan de brazos y se abandonan a esperar todo de la mano providencial del Estado, se anula el espíritu público, cunden la molicie, la pereza y demás vicios, muere la autonomía individual, se olvidan las lecciones de civismo y ciudadanía y el pueblo se convierte en fácil presa de los dictadores. Lo recomendable entonces es buscar el justo medio: emprender armoniosamente la magna tarea de engrandecimiento social mediante la colaboración atinada de la potencialidad oficial y los esfuerzos de todos los ciudadanos, pues cada quien, en su esfera, puede ser un verdadero patriota y en eso estriba el secreto de la cuestión. La preparación eficiente del individuo que lo capacite para bastarse a sí mismo, a su familia y para ser factor de importancia en los asuntos públicos, ya sea como campesino, jornalero, profesional, literato o banquero, que todos tenemos algún papel útil que desempeñar.

Conviene que el Estado, por su parte, divida sus atribuciones administrativas en *esenciales* y *facultativas*.

El papel esencial de los gobernantes modernos es procurar la justicia, mantener la seguridad por el ejército, el orden por la policía, velar por

la salubridad pública, construir vías de comunicación, ejecutar trabajos de utilidad general y administrar el dominio nacional.

Las atribuciones facultativas del Estado no son de menos importancia e interés. Pueden clasificarse en servicios de orden intelectual, industrial, comercial, moral y financiero. Las actividades intelectuales comprenden la organización de la enseñanza pública y la supervigilancia de la enseñanza privada; sostenimiento de las escuelas de artes y oficios y protección a las bellas artes. A nadie se oculta que este ramo reviste un interés muy particular en nuestros países en atención al elevado porcentaje de analfabetos que revelan las estadísticas. La escuela rural es un problema inquietante; nuestras Universidades reclaman corrientes renovadoras, deben tomar la batuta directriz en la difusión de la cultura superior y organizar nuevas Facultades para no restringir las aptitudes de la juventud a los estudios de Abogacía, Farmacia, Ingeniería o Medicina. Los tiempos actuales reclaman buenos economistas, financistas, agrónomos e industriales de toda clase.

Presta el Estado servicios de orden industrial por la organización de transportes, de telégrafos y correos. La explotación de minas y de bosques, el aprovechamiento de las aguas nacionales, la protección de los derechos de los autores e inventores por medio de patentes y la reglamentación sobre marcas de fábrica, también son servicios industriales.

Provee a los servicios de orden comercial por la organización de Cámaras de Comercio, las exposiciones, el régimen de aduanas o de primas.

Suministra los servicios de orden moral por la organización de la asistencia, por las instituciones de previsión que crea o subvenciona; estableciendo Cajas de Ahorros o de crédito, creando fondos de jubilación y de retiro y por el patrocinio de sociedades de socorros mutuos. La salubridad pública y la asistencia social son atribuciones que a diario aumentan y exigen una labor cada vez más esmerada y eficiente. Las enfermedades, la miseria y los vicios a diario extienden su nefasta influencia, sembrando el dolor y la muerte en grandes sectores de la población, en hostil desafío contra las medidas gubernamentales de previsión y defensa, casi siempre desproporcionadas al número y potencialidad de los agentes ofensivos.

A la incompleta enumeración de atributos que acabamos de hacer, se agrega una difícil tarea: la de procurarse los recursos que necesita una actividad tan general. Es cierto que el Estado tiene su propio dominio, su hacienda particular. Tierras, edificios, bosques, minas, aguas y empresas varias; pero sus rentas como propietario y empresario son insignificantes e insuficientes para atender debidamente los cuantiosos gastos públicos que crecen en función de las necesidades que demandan satisfacción. Se ve impelido a recurrir al impuesto, principal fuente ordinaria de sus ingresos. El Estado fiscalizador de las fortunas particulares.

He ahí su aspecto más odioso, pero imprescindible. Si cada día exigimos más servicios públicos, obras de progreso, de higiene, de cultura, de comodidad y de recreo, nuestra primera obligación de ciudadanos es

pagar cumplidamente y sin regateos esas pequeñas cuotas, que al fin y al cabo, no son sino mínimas compensaciones por los incalculables beneficios que nos presta el Estado.

La diversidad de materias que comprende y la variedad de principios aplicables a cada una de ellas, explican la falta de Código Administrativo. No ha sido posible coordinar en un conjunto que tenga apariencias de unidad, reglas que responden a necesidades muy diferentes las unas de las otras.

Para desempeñar un trabajo tan complicado y abrumador con necesaria tendencia a extenderse e intensificarse diariamente, ha sido preciso establecer divisiones territoriales en un mismo país y la correspondiente jerarquía en el personal administrativo. Así se facilita la aplicación simultánea de los tres sistemas administrativos: centralización, descentralización y desconcentración. Un país centralizado es aquel donde el gobierno nacional asume por sí sólo la dirección de todos los servicios públicos. Un país descentralizado es aquel donde el gobierno nacional se limita a dirigir los servicios generales y deja la dirección de los servicios regionales, locales o especiales a determinados funcionarios o autoridades sobre los cuales se reserva solamente un derecho de control.

La descentralización puede ser por regiones o por servicios, según que la autonomía se conceda a circunscripciones territoriales como el Departamento, Distrito o Municipio o a los establecimientos públicos. La desconcentración consiste en aumentar los poderes o las atribuciones de los agentes locales del poder central. Como antes dije, los tres siste-

mas son completamente compatibles y su aplicación simultánea, atendida la índole de los servicios, es lo más recomendable.

Sería incompleto cualquier esbozo sobre Derecho Administrativo sin mencionar siquiera las ideas más generales sobre lo contencioso-administrativo o justicia administrativa. Comprende el estudio de los recursos que pueden interponer los particulares contra los actos y resoluciones de los funcionarios administrativos; los conflictos de competencia y de jurisdicción y la manera de resolverlos; la organización de las jurisdicciones administrativas con un Tribunal Supremo Administrativo o Tribunal de Casación, llamado en muchos países Consejo de Estado y que bien puede serlo entre nosotros el Consejo de Ministros; el procedimiento para ejercitar las acciones administrativas y las atribuciones de las jurisdicciones administrativas. Dichas atribuciones se reducen a tres: juzgar el fondo de un litigio, cuya decisión da lugar a *lo contencioso de plena jurisdicción* o contencioso en el fondo; constatar la ilegalidad de los actos administrativos en resoluciones llamadas *contencioso de nulidad*; y declarar el sentido o alcance de los actos administrativos en decisiones que constituyen *lo contencioso de interpretación*.

El breve resumen que antecede sintetiza a grandes rasgos algunas de las materias que son objeto de extenso y detenido estudio en los Tratados de Derecho Administrativo. Apenas podrá dar una idea global de la incalculable importancia que reviste su estudio, pero sí bastará para apreciar su desarrollo constante en busca de reglas y principios

que traduzcan la actividad del Estado en la mayor suma de bienestar y prosperidad para la colectividad. Nada nuevo ni original contiene, son nociones elementales al alcance de cualquier estudiante de Prolegómenos.

La finalidad primordial que me he propuesto con este pequeño trabajo es poner de manifiesto, en esta hora de ansiedad e incertidumbre, toda mi fé; la confianza absoluta que abrigo de que el eclipse parcial que experimentan las más caras instituciones del hombre civilizado frente a la brutal agresión de la barbarie, es

transitorio y antes que influenciarnos de pesimismo y decepción, debe estimular la dedicación de la juventud al estudio del Derecho a fin de encontrar normas que aseguren permanentemente el imperio de la justicia y la bondad entre los hombres.

M. A. Batres.

San Salvador, mayo de 1942.

Obras consultadas: — Manual de Derecho Constitucional, León Duguit.

Traité Élémentaire de Droit Administratif H. Berthélemy.

Cursos Breves de El Ateneo

Un Punto Sobre Ciencia Hierática Pipil

Conferencia leída por su autor en el Paraninfo de la Universidad Nacional, el 18 de mayo con motivo de los cursos breves desarrollados por el ATENE O DE EL SALVADOR.

Tócame hoy, invitado personalmente por el señor secretario de tan docta agrupación, como lo es el Ateneo de El Salvador, dictar en su seno y ante culta concurrencia, el más sencillo de los trabajos leídos en estos cursos breves que patrocina; por lo que me anticipo a expresar a la plana directiva, mis mejores agradecimientos,

Yo quisiera una abstracción que me identificara con la soledad del mundo que al présago convida la quietud del bosque espeso, el íngri-mo palpitar de la fronda callada, el yermo del lago dormido y el césped sedoso del arroyo. Yo quisiera esa abstracción para poder medir en mi mente y expresar en frases más be-

llas, lo que se agolpa en mi espíritu dándome la sensación de un pensamiento profundo que se diluye en el dilatado paisaje de lo que el hombre llama sagrado; porque le ha revelado el dintel de lo incognoscible; condición delicada y abstrusa en que coloca al entendimiento la Ciencia Hierática en cada una de las razas humanas, en cuyo estudio y comprensión se gastan los años y se desprende una vida.

Pomponio Mela y Escílax de Carianda, en su Periplo, sintieron estremecerse su conocimiento a la visión ignota de una ruta ignorada y vaticinaron en las remotas edades del viejo continente, la existencia de nuestra tierra americana, conocida

en el saber divino más antiguo con el sánscrito nombre de Pátala, la Tula Sagrada del recuerdo místico de nuestros indígenas continentales, la tierra habitada por los Nagas u Hombres Serpientes, Dueños de la Sabiduría; es decir, los Náhuas, Nahoas o Tultécaz, de cuya casta descendemos los que aun llevamos, en América Central, efluvios ancestrales de blastema y sangre autóctonos de una raza teocrática que nació Pipil en tierras de Cuzcatlán.

Oigamos este místico recuerdo de la Sagrada Tula, en este canto sagrado que entonan los indígenas que habitan en las márgenes del río Delaware:

«There was long ago a powerful Snake Maskanako...and readily resolved to destroy the men when they had become bad beings». «Allá estuvo ha mucho tiempo, una Poderosa Serpiente que resolvió destruir a los hombres en cuanto tuvieron mala existencia» y continúan; Meanwhile at Tula, at that Island Nanabush, becomes the ancestor of beings and men», «Mientras tanto en Tula, en esa Isla Nanabush, fué el predecesor de los seres y los hombres».

He, aquí, que con la evocación de estos trozos de literatura casi legendaria, me sobran los deseos y me faltan las aptitudes para presentaros un acabado retoque sobre uno de los tópicos más sublimes en la Ciencia Hierática de nuestros propios indígenas, o bien, la concepción demótica que la masa general del pueblo tuvo acerca del Gran Instructor KETZALCUUAT, divinidad a quien fué consagrada, en la gentilidad, esta ciudad en la que ahora estamos al amparo de nuevas normas de moral y religión; ciudad que se

alzó de los escombros aromados de copal que dejaron los chörten y las criptas incendiados y destruidos por el fuego de los colonizadores españoles. hace poco más de cuatro siglos. Esta tierra de San Salvador se llamó Ketzalcuuatitan o Lugar del Divino Mensajero, en castellano, a quien los religiosos sacerdotes de Alvarado conservaron el mismo carácter indígena, consagrándola, al ser fundada, al Divino Salvador del Mundo que en la olvidada teurgia de los pipiles es el mismó Ketzalcuuat, símbolo de la Serpiente Sagrada, Dueño de la Sabiduría e Instructor de los Nagas o Tultécaz de América.

Desde hace mucho tiempo me embarga el querer conocer los misterios de nuestra ciencia secreta y es la humildad de mi saber la que me impide comprenderla; sin embargo, el análisis de algunas narraciones que se tienen como místicas o legendarias, pueden conducir a una elucubración fehaciente que abre las puertas del intelecto para ver con los ojos del alma y tener un chispazo intuitivo que alumbra, aunque sea un instante, la obscuridad en que yace el sagrado conocimiento americano que cuatro siglos no son capaces de destruirlo; como el diluvio de hace miles de años, no logró borrar la noticia de las enseñanzas esotéricas de la primera humanidad. Las enseñanzas actuales del hombre: si acaso, alcanzan lo más grotesco del conocimiento exotérico de La Divinidad, por eso; se materializa más y más, hasta llegar al preciso momento en que su adaptabilidad ambiental le sea desconocida y esta incompatibilidad de la Substancia Humana en necrosis, con la Substancia Divina

Nutricia puesta en el ambiente que por natural, inyecta amor e inyecta vida, destruirá al Ente, Hombre, para transmutar su substancia antrópica actual en otro Ente más humano y más digno de ser ayudado por Dios, en un sér que enhiesto y sabio, llevará el conocimiento divino a la nueva raza que será la hija del dolor que en el vientre de la tierra aviva la hecatombe brutal de la vana civilización que hoy nos abraza.

La paz del mundo, es, tácito ejemplo contemplamos en el espacio infinito, donde los astros no tuercen sus órbitas ni pugnan entre sí, y nosotros, hechos con materia cósmica no nacimos para matarnos ni matar los semejantes, hemos sido creados como esos astros, bajo una ley única e inmutable que mantiene la armonía en todo lo que existe. El hombre de hoy no quiere supeditarse a esa armonía, porque la desconoce y vano es su intento en alcanzarla, ya que el conocimiento sagrado agoniza y mengua la santidad en el pensar.

Por este fatal presagio es que ahora traigo a cuentas ante vosotros, la contemplación de algo hierático que viviendo latente en el pensamiento indígena, hace de nuestra raza continental, la única semilla que germinará al calor y visibilidad del próximo esplendor de la Nueva Humanidad; porque lleva en su embrión resabios de un culto sagrado y grandioso para un eterno jardín de la paz.

Todo aquel que medita sobre las cosas sublimes de América, topa con una ecuación muy difícil, cuya incógnita encierra el valor y el misterio de un grupo etnológico esencialmente autóctono, caminando con un

bagaje tan enorme de conocimiento arcaico que pasma, tan valioso, que seduce; tan puro, que hace vislumbra un páramo donde los hombres hablaron con los dioses; así como, a las orillas del mar Jónico, los griegos hablaron con los ángeles.

Desde Alaska hasta la Tierra del Fuego se habla, en un recordar pagano, del Ser Inmáculo que enseñó el misterio de la vida y de la muerte, del existir de cuanto rodeó al microcosmos desde la primera edad del mundo; de un Omnipotente Maestro que trajo la enseñanza divina para llenar de magnificencia el Yo del hombre y la conciencia común de los seres inferiores, como poder Creador emanado de la Sabiduría Divina,

Este magno representante del rito pagano de América cuyo nombre al pronunciarse antaño, inundó el ambiente con perfumes de ezkinshúchit, de incienso y de laurel, y calmó con la resina del balsamero el dolor de las llagas al gnóstico pipil, es KETZALCUUAT, palabra inefable en los breviaros del Tiu-amushtli de sus creencias. Predicó la Ley Natural, como hijo de Dios, y la enseñó con obras, divulgó los principios de la geometría basada en la piedra de tres ángulos para la construcción templaria de las pirámides, vivió castizamente, instituyó el ayuno, dio el culto de la Cruz, pero lo cual, dicen, tiró un pochote para atravesar a otro pochote y formó el Cuautulúa o Arbol de Reverencia, de cuyo rito, nos quedan las robustas Ceibas sembradas en el mejor lugar de los pueblos, como mudos testigos de un santo anhelo que se ausenta; fué virginal, instruyó a los hombres.

Los atributos de KETZALCUUAT se confunden con todos los

de los Grandes Maestros de Sabiduría o Instructores del Conocimiento, seres a los que el pueblo diviniza como una gratitud eterna. En todas las lenguas de América tiene su nombre: Bochica, Menketeua y Zuhé, entre los chibchas; Tiechuiracocha entre los incas, Cuculcam entre los mayas, Cucumatz entre los Kichés, Chan y Votán entre los tzendales y Tuapaca entre los aimaras

Simbología

En la vieja civilización abundan los documentos que nos traen el Símbolo de este Egregio Personaje, encontrándolo como una serpiente adornada con plumas y como serpiente en cuyas fauces una cara humana aparece coronada de plumas, representación que influyó sobremanera en el ánimo cristiano de los primeros catequizadores católicos para darle a las creencias religiosas de los indígenas el calificativo de «Religión Demoníaca», y a ellos, de «Adoradores del Demonio»; adjetivo absurdo que sólo conviene al sentir apostólico cristiano, degenerado por el fanatismo que nació desde el siglo V de la era, frailes que en un afán constante de ridiculizar nuestra vieja sabiduría y costumbres, hicieron llegar ese calificativo hasta nosotros, dándonos como verdad un falso creer que demanda rectificación, concibiéndose, tan sólo, por la crasa ignorancia con que se estimó el códex del ceremonial arcaico de nuestros credos profanos. En el Concilio de Trento se pronunciaron estas palabras: *A Diabolum dominum et potestatem super homines habere et de jure eos possidere*», traducción: «Desde que el hombre cayó, hasta el momento preciso de su bautismo, el De-

monio lo domina». Dogma que trajo consigo el bautismo para borrar este pecado carnal con el que el hombre nace, castigo por demás, injusto y al que es acreedora la humanidad.

Etimología del Nombre

Primera

KELZALCUUAT es vocablo que en nuestra lengua autóctona se forma de dos substantivos, KETZAL y CUUAT, de los que el primero siempre es calificativo del segundo, según su propia gramática; de tal modo que, trasladado el fonema al castellano, tenemos: KETZAL es el IRIS y sirve para designar las cosas iridiscentes, abigarradas y todo aquello pintado de colores brillantes y CUNAT es la Culebra o la Serpiente, ambos vocablos unidos dan la expresión castiza de CULEBRA DE BRILLANTES COLORES.

Las plumas que aparecen adornando a la Serpiente en el idiograma pictórico de los geroglíficos son las del pájaro Ketzaltútut o Farumacrus mosciño, conocido vulgarmente solamente con el nombre de Ketzal y que aparece simbolizando la libertad en el escudo y pabellón nacional de Guatemala, el significado de Ketzaltútut es el de Pájaro de Brillantes Colores o Listado de Colores Brillantes como el IRIS.

El significado mágico es demasiado profundo y misterioso y no pocos son los ensayos sobre acepciones de tal índole; pero su etimología es sencilla y si acaso ha dado lugar a muchas interpretaciones, ha sido por la carencia de conocimiento de las lenguas vernáculas americanas en la mayoría de los historiadores y poetas.

Es, así, como este ilustre Personaje llamado KETZALCUUAT entre nosotros, tiene tan elevado y serio papel en el concierto de las religiones del mundo, ya que como Hijo de Dios, emanado al tibio soplo de hálitos divinos, fué el Padre del Rito Americano y de una sólida teurgia.

Su símbolo representativo, como he dicho, ha dado sobrado motivo para mil disquisiciones imaginativas que no han sido resueltas todavía, porque cada arqueólogo, sacerdote etnólogo e historiador que al asunto han convergido, han encaminándose por rutas inseguras y con sentido materialista consumado en planos de actualidad relativa, lanzando argumentos en que se confunden la personalidad material que llega a ser histórica, con la astronómica y la esencialmente cosmogónica y religiosa.

Para mí, siempre ha sido KETZALCUUAT una contemplación que como eterna, es de reverencia e indago por cuanto medio me es posible, la realidad de esta Pura Verdad, que cual el basamento de las otras creencias sagradas de la humanidad, es Única y ya olvidada en nuestros días.

La Serpiente es Símbolo de Magia y de Misterio, y por ende, su sentido positivo y real sólo ha sido poseído por los Grandes Instructores de la Humanidad, dueños del conocimiento y la sabiduría que en cada trecho de la Tierra han conducido su grupo racial hacia la meta de la felicidad eterna con sus enseñanzas, que aunque veladas por la parábola, dieron paz en los pueblos y libertad en las almas, almas de masa que ahora ignorando esta gracia, se

auto-impelen al más absurdo materialismo, relajando, a guisa de civilizados, los sacrosantos postulados de la Verdad Espiritual, falta de verdad que condujo al hombre, primero, a ser suicida y después a inventar la guerra.

El primitivo símbolo de la Serpiente fué el de La Perfección y el Saber Divino; mas, como los pueblos, cuando han olvidado las Enseñanzas Primitivas del Conocimiento y aun conservan el recuerdo exotérico de un amanecer de las Verdades Eternas, no encuentran solución a tanto enigma; deifican los poderes de la Naturaleza y terminan por personificar los Dioses hasta hacerlos ponderables y visibles en materia, de ahí, que una emanación deífica incomprendida en Lo Abstracto, pasó a ocupar una forma en la mente que se tradujo después en otra nueva forma que inspiró al artesano de todas las edades acomodándola a la conciencia vulgar de las cosas sagradas, creando la idolatría. Este símbolo lo encontramos en el Dragón de la China, en Indra, el Caduceo de Mercurio, Secha o Ananta, Ophis, los Urugas o viejos sabios americanos del Uruguay y en más lugares, como el Arbol del Paraíso; mencionada en los libros sagrados de los Vudus de Jamaica y Puerto Príncipe, los Kin Kings, los Zends, los Eddas, etc. y mentada también, como el más espiritual de los seres por Thot Hermes, Moisés, Vishnú y Cristo en sus enseñanzas, cuando dijo: «Sed prudentes como la Serpiente».

La Serpiente, llamada por la religión que hoy se profesa, por Demonio, no es más que un corolario de la Primitiva Serpiente que siendo todo Luz y Sabiduría, moraba en Lo

Desconocido, es decir, la misma Luz y Sabiduría manifestada al entendimiento del hombre para morar en la Tierra; es Lucifer, el Portador de la Luz y del Conocimiento sagrados.

Este simbolismo general ha ido en pos de una degeneración hasta perderse en los antros del mal y ser la Serpiente el representativo de cuanto de deshonesto y depravado hay en el mundo. Esto es lo que hacen los pueblos que no intuyen el por qué de las cosas sagradas, por no comprender los símbolos de la fe que profesan, confundiendo los aspectos divinizados del desenvolvimiento espiritual del hombre con el drama vulgar de las cosas tangibles y de significado estrecho.

Segunda Etimología

KETZALCUUAT, tiene también otra etimología en nuestra lengua *pipil* que lo identifica con otro conocimiento secreto de las protocreenzas religiosas de la humanidad.

KETZAL es adjetivo usado como el reverencial *Tzin* o *Chin*, aplicable a las cosas divinas y muy estimadas y personas nobles; adjetivo que por extensión, determina en los sujetos un atributo intrínseco de la *Belleza* y CUUAT es un sustantivo que designa lo gemelo, pareado o mellizo, lo que hoy decimos *guate*; luego, pues, KETZALCUUAT es lo mismo que decir en castellano GEMELO HERMOSO o EL DIVINO GUATE, es decir, LA ESTRELLA DE LA MAÑANA de la simbología arcaica, VENUS AFRODITA de los griegos, CRISTO, quien mencionado en el Apocalipsis dice personalmente: «Yo soy...la resplandeciente ESTRELLA DE LA MA-

ÑANA». Y es que en el mito indígena aparece en el ciclo bajo dos aspectos: como Estrella Vespertina y como Estrella Matutina, creyéndose que nació como ESTRELLA DE LA MAÑANA y con el nombre de NISHTAMALANI o *Nishtamaler*, motivo de inspirada poesía en el folklore de Cuzcatlán.

Este símbolo es también altamente sagrado; pues, Estrella de la Mañana es en el arcaísmo esotérico, el título más elevado que fuera de Lo Absoluto lleva el Portador de La Luz Celeste o Sabiduría, para comunicarla en la tierra a los hombres, el mismo Lucifer, la misma Serpiente Iridiscente.

Ya conocemos la etimología del vocablo, la interpretación del pictograma y un somero ensayo de simbología, réstame hablar solamente de lo que en nuestra tierra de El Salvador bordó la fantasía Pipil y el recuerdo que conservan de este Mito Sagrado los indígenas cariñosos de nuestras sierras y campiñas, do llenan de canción la lúgubre soledad de su alma con la heredada fé de su religiosidad y beatitud de los Tultécaz; en estos indígenas que son unidad indestructible con la tierra, *en quienes está la riqueza para un mejor destino de América* y para quienes no se llora ni una lágrima de dolor, ni se ensalma la lealtad a su silencio.

Ketzalcuat como La Culebra de Colores Brillantes es EL ARCO IRIS

El culto al maíz, de cuya masa fué hecho el Primer Hombre hizo nacer el rito exotérico de los maizales, orleado de la más preciosa fantasía con que nimba el recuerdo sa-

grado al corazón y el alma de nuestros pipiles, expresado para la comprensión del *maceual* que lamenta sus grandezas idas y su opulencia muerta, el *maceual* que a una sórdida pregunta, contesta:

«Tepelishpan nemi tutecuya Ketzalcuuat Ehecatzin», esto quiere decir: «Allá por el cerro vive nuestro Señor Culebra Bellísima, Dios de los vientos».

Aun palpita la grandeza en las venas ateromatosas de esa gente olvidada y en muchos lugares habitada por la enfermedad y la miseria, teniendo en sí, un arremolinamiento de virtudes que convertidas a una dualidad irresoluble por una civilización impuesta a filo de espada y maldición terrena, las hace sumergirse en un complejo atormentador que los subyuga y del que surge su silencio como un arrebató de odiosidad y repugnancia para el que mató su sueño, al que hoy le confunde entre la gente blanca.

El culto de los maizales hizo nacer las deidades de su Panteón y crear las musas de su parnaso, como son: Ketzalcuuat, Cutzamalu, Ciua-munti, los Tepeui, Matzacuuat, Tzuntekéchul, Cuyamcuuat, Etc.

Existe, dicen, un hálito terrestre que ha nacido del fuego, comandante de cuanto ocurre en la Naturaleza y que habita en las entrañas de la Tierra, manifestándose a la vista de los hombres, en sus horas de encantamiento, como lluvia, llovizna, trueno o rayo. Este hálito es MATZACUUAT, cuya figuración les parece encontrarla hoy en el ofidio de piel de colores llamado Boa Constrictor o Mazacuata.

La Serpiente es descomunal y en el extremo de su cola están los tesoros del mundo que ocultó TEPEU-

AL, El Dueño de los Cerros, tesoros que están bajo el cuidado de CUYAMCUUAT o Culebra que ronca como Cerdo, esta es El Trueno, quien está encargada, también, de mantener la luz del día. Si esta luz se apaga, recurre inmediatamente a los TEPEHUI o Genios de la Lluvia, cuyas almas son las nubes que ascienden por los montes para convertirse en lluvia obscureciendo el firmamento; estos niños del agua, en plena algarabía dándole presto un sílex o piedra de fuego, de donde saca chispas para dar luz, con la que enciende el *tehuilut* para alumbrarse en la penumbra espesa y cuidar de los tesoros, El Conocimiento Divino, que no han de ser robados nunca.

Cuando la Serpiente entra a una nueva etapa de la vida que en este caso es el Equinoccio de Primavera o nacimiento de la Estación Lluviosa, lanza el vaho anestésico de sus fauces y su soplo mueve los vientos que preceden a las lluvias y barre los caminos. Un vasto dolor padece en esta fase, y es que está en su encantamiento, le nacen los cuernos (que es a lo que alude su nombre Matzacuuat o Culebra Cornuda) para convertirse en Sierpe o Culebra Vieja; dolor que le hace rezumar de su cuerpo una baba que llaman CUALACTI que depositándose en los CHAUIT va formando el ARCO IRIS y éste es KETZALCUUAT, la CULEBRA PINTADA DE COLORES, La SERPIENTE IRIDISCENTE.

El CHAUIT es formación lacustre y fangosa con Lodo Sagrado hecho con babas de MATZACUUAT y el cuerpo de ILAMCUEYE o sea la TIERRA; los CHACAHLIN o chacalines se alimentan de este lodo,

por eso es que cuando mudan o ponen sus huevos, hechan una haba que tiene los colores del Arco Iris.

Los indígenas repiten esta tradición a sus hijos, diciéndoles cuando niños que el ARCO IRIS es KETZALCUUAT, el CUZUMALU, cosa sagrada que posee la gracia del encanto y ataja las tormentas; que las lluvias en que dichas tormentas se disipan no deben recibirse nunca; porque traen consigo las enfermedades de la piel y el dolor de cabeza; ni debe señalársele jamás, porque se enoja, se deshace y se gangrena el dedo que lo indica. Por dicha enseñanza, cuando el indígena mira el ARCO IRIS, si es caminante, se aloja bajo la paja de los *jacales* o se cubre bajo las copas frondosas de los árboles volviéndole las espaldas. ¡Cómo, es, que ha cobrado un temor sin fundamento, para conservar un reverencial respeto que no comprendel.

Ketzalcuuat como El Gemelo Hermoso o Estrella de la Mañana

Cuentan que ya estaba viejo KETZALCUUAT, arrugado, feo y achacososo; lo vio la Luna y le dió su espejo para que se mirara, lo hizo, y la decepción lo minaba a cada instante; mas, uno de tantos días, se encaminó al Gran Espejo que forman las aguas que reposan a la par del cielo, se vio en él, y convenciéndose de la realidad de su senectud se pintó la cara con lindos colores y se lanzó a la hoguera que el Sol le encendió con los celajes de la tarde sobre el lomo de ILAMCUEY.

Presenciaron aquel horrible sacrificio, solamente los Cuatro Pájaros Sagrados a quienes vistió de sus colores, el KETZALTUTUT a quien dió las plumas verdes en fondo brillante, el ATZUCUAN que vistió las plumas amarillas, el KECHUL ó guacamayo que llevó el azul y el rojo, y el UITSILIN o colibrí que se convirtió en tornasolado. KETZALCUUAT ardía en aquella candente hoguera que, al fin, se apagó y consumió su cuerpo enjuto y despareció; mas, cuando creyeron que jamás volvería, al Tercer Día resucitó de sus cenizas en una linda ma drugada en que el júbilo batió las alas recogidas de aquel pueblo, que lloraba su muerte y las mujeres se levantaron para hacer a esa hora las tortillas que son el pan de cada día del indígena.

Por eso es que en este nuevo nacer de KETZALCUUAT como ESTRELLA de la MAÑANA, lo bautizaron con el nombre de NISHTAMALANI, palabra que significa PAN de CENIZA o BOLLO de CENIZA, la misma estrella VENUS, dando, así, origen a una nueva forma en los atributos divinos y a una inspiración perenne que es imposible que agonice; porque el *Nishtamalero* o ESTRELLA de la MAÑANA, siempre será la luz plateada y amorosa bajo cuya lumbre, el casto corazón del indígena sobijará sus cuitas y alzaré el altar de su himeneo.

Tomás Fidias Jiménez.

San Salvador, 18 de mayo de 1942.

La Personalidad Jurídica de la Mujer Nicaragüense

Conferencia dictada en el Ateneo de El Salvador

H. Señor Presidente del Ateneo:

H. Señores Miembros del Ateneo:

La cordial bondad de algunos amigos, entre ellos el gran poeta y novelista Juan Felipe Toruño, que siente por esta sagrada tierra el mismo cariño que siente por su Patria, me tiene aquí, en esta altura, desde la que han derramado su sabiduría y su elocuencia los más preclaros varones. Doy a ellos y a todos los que me han tendido su franca mano generosa las más cumplidas y sinceras gracias. No se piense que con ello quedo satisfecho; ésto es tan sólo una confesión de que siento la más honda gratitud; y como ese puro sentimiento está en el alma y el alma es inmortal, mi agradecimiento irá con ella más allá de la vida material. Doy en especial las gracias al muy ilustre Doctor Manuel Castro Ramírez, por las bellas e inmerecidas frases de su presentación. He llegado a su conocimiento iluminado por el afecto de un poeta y el poder milagroso de la poesía me ha transformado cariñosamente.

Traigo ante vosotros el esbozo de unas consideraciones sobre el desarrollo de la mujer en la legislación moderna de Nicaragua.

La mujer, vindicada por Jesucristo en la vida social de los pasados tiempos, venerada y cantada por los caballeros y trovadores de la edad Media, estuvo hasta a fines del pasado

siglo en las leyes de Nicaragua, adornada con todas las virtudes del hogar, pero sometida a una potestad que pesaba sobre su cuerpo y sobre su alma, anulando su personalidad ante las leyes, dejando estrecho campo a sus laboriosas actividades y colocándola a media luz, a la sombra dominadora del esposo, que estaba de pié, siempre a su lado, aun cuando estuviera ausente, como el único autorizado para juzgar y proceder.

La potestad marital no era fecunda como la potestae paterna. Esta se funda en el afecto natural que el padre siente por el hijo, a quien la misma ley se lo retiene al alcance de su mano solamente para hacerle beneficios. La potestad marital se fundaba en el Derecho antiguo, que relegaba a la mujer al gineceo y sólo ponía para ella la limitada autoridad que podía desenvolverse en el hogar. Por otro lado, pero apenas como una advertencia, la voz de la Religión, que es más fecunda y expresiva, en el acto solemne de la celebración del matrimonio eclesiástico, decía y dice al varón: esposa os doy, no esclava.

Pero en el correr del tiempo venía para la mujer nicaragüense la igualdad proclamada luminosamente en el Calvario, por el Hombre Dios; y un día dijeron nuestras leyes civiles: ante nosotros, la esposa tiene tantos derechos como el marido.

Terminó en aquella tierra la po^a

testad marital y también aquella orden tiránica del viejo derecho nuestro que decía: la mujer debe seguir a su marido adonde quiera que traslade su residencia, a menos que de hacerlo le acrrree peligro inminente de su vida. Acabó también la frase quemante que decía: el marido debe protección a la mujer y la mujer *obediencia* al marido. El amaos los unos a los otros sin las odiosas gerarquías, entró al recinto sagrado de la familia a envolver con su dulce lazo a los esposos y a los hijos. Antes, la mujer era casi una cosa. Verdad que era una cosa bella y buena; vaso labrado de cristal divino, lleno hasta los bordes con la miel de la ternura; pero faltaba que se le reconociera el poder latente de su voluntad. La palabra *querer* sólo padía ella pronunciarla en el sentido de amar; y esa palabra tiene un significado más hondo y trascendente. Dios *guiso* crear el Universo y puso los astros en el más armonioso de los conciertos. Colón *guiso* encontrar un nuevo camino en el océano y brotó la sorpresa de un mundo ante sus ojos. También la mujer tenía derecho a *querer*, en Nicaragua, la creación de su universo encantado y poner los mundos celestes de su voluntad ante sus miradas; podía *querer* que un mundo nuevo surgiera primaveral ante su vista, y era preciso dejarla que hiciera uso de su derecho, ya que con ello no rompería la armonía del afecto entre dos seres. Eso fué lo que hizo nuestro Derecho Civil moderno a principios de este siglo para que hubiera dos voluntades que se sumaran bajo el techo azul de la vida matrimonial.

Vosotros ya tenéis en vigor con anterioridad reguramente esas bené-

ficas disposiciones; habéis puesto fin a la potestad marital y a la obligada sociedad conyugal que vinculaba la administración de los bienes en las manos del marido, no con derecho propio, sino como jefe de la tercera persona de ese nombre. Aquí estoy apuntando un hecho para Nicaragua, que entró en la senda de las reformas trascendentales en armonía con los principios de la Constitución de 1893, y que llegaron a culminar con la promulgación de nuestro Código Civil, en Mayo de 1904.

Como una consecuencia de esas disposiciones entrañadoras de bienestar, la nueva modalidad entró en la familia, y los hijos fueron vistos, a la vez que como una bendición, como una contribución al engrandecimiento del Estado, como el surgimiento de nacientes personalidades dignas de respeto, indignas de sufrir ni de modo indirecto los castigos humillantes de la autoridad paterna o de la del maestro de la escuela. Desapareció la odiosa designación para algunos niños de proceder de dañado ayuntamiento. Se les dieron todos los derechos y aun el de investigar su paternidad en determinadas circunstancias. Así como el marido entró a sentir respeto por la esposa, entró a sentir nuevas consideraciones para el hijo, reconociéndole una personalidad naciente y en ascenso.

Aunque entre nosotros, desde en aquella época, la libre testamentificación activa es un hecho aceptado y respetado, no por eso el padre puede olvidar el cumplimiento de sus imperiosos deberes para con los hijos ni para con la esposa sobreviviente, estableciéndose de modo inviolable los alimentos para los primeros y la porción conyugal para la segunda,

justas disposiciones que están sobre esa libre testamentifacción activa como una respetada salvaguardia.

Para los Pueblos católicos como el de Nicaragua, donde la Iglesia es respetada y obedecida, el establecimiento del matrimonio civil con relación al religioso desde en Julio de 1894, provocó el sonoro rumor de la protesta. Pero fué entrando en las costumbres, aunque lo que va de contrato a sacramento era un trecho que no podía cubrirse de flores. Pero al fin penetró en las conciencias y ya se le reconoce como necesario y conveniente para la legalización de los hijos, que, aunque nacidos al amparo de la Religión, no estaban dentro de la ley y eran de la más perfecta ilegitimidad.

Si el establecimiento del matrimonio civil pudo talvez sonar como una campanada de rebato en aquella atmósfera, el del divorcio fué mayor y aun se recordaba entonces la frase augusta de la Roma antigua, de que el simple segundo matrimonio era considerado como contrario al pudor. Pero se estableció el divorcio en el mismo Código Civil de 1904, tanto forzado como voluntario. Es de considerar la timidez con que los codificadores lo establecieron y la parsimonia con que los Jueces lo empezaron a practicar. En todo ello se ha tenido en cuenta el alto valor moral de la mujer y la inmensa responsabilidad para con los hijos, estableciendo la debida protección ante las dificultades consiguientes de la vida.

Una disposición más avanzada aún de nuestro Código Civil, sin precedentes en otras legislaciones, es el reconocimiento de la sociedad de hecho, cuando hombre y mujer

hacen vida marital con comunidad de bienes e intereses. Es la disposición más humana que existe en nuestra ley sustantiva, que no hace otra cosa que confirmar lo que ha venido sucediendo desde el principio del mundo, en que dos seres atraídos por el mutuo afecto siguen unidos una sola senda, trabajan, adquieren bienes, casi siempre en nombre del varón, pudiendo sobrevenir la muerte o un nuevo afecto y dejar burlados los derechos de la mujer, que puso su trabajo y entusiasmo en la formación de aquellos bienes.

He aquí a la mujer nicaragüense libertada desde hace cerca de ocho lustros de las trabas maritales y colmada de beneficios en todas las proyecciones honestas de su vida.

La mujer es para nosotros algo más que la amable compañera de los días. Es la que nos despierta el sentimiento, nos hace amar la vida y soñar los más bellos sueños. Por ella hay ilusiones y anhelos; todas las manifestaciones del progreso la reconocen como su generadora; su imagen va en la proa de la nave, en el ala de la bandera y en las palpitaciones de nuestro corazón; es el símbolo de la belleza y su mano es el índice que nos guía hacia la felicidad.

Al hablar de la mujer mencionamos la belleza, porque ella es el compendio de esta concepción espiritual. La belleza se siente antes que se piensa, porque nos llega por la senda de la emoción. El Universo es el templo infinito de la belleza, y ella también existe en el alma humana, que refleja ese infinito. Es la fuente de la vida; va delante de ella como un señuelo visible, guiándonos hacia la inmortalidad. Si la con-

templamos exteriormente nos penetra y luego la sentimos dentro viva y palpitante. La llevamos con nosotros y la vamos poniendo donde ponemos el afecto. La antigüedad la colocó en lo bueno y lo verdadero, porque el mal y la mentira no pueden ser bellos. Existirá siempre la belleza, aun cuando desaparezca la humanidad; pero desapareciendo el hombre se perderá el cristal en donde ella se refleja, condensa y multiplica. Las palabras de Bécquer, de que podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía, son tan sólo una fracción, porque siempre habrá belleza, pero es indispensable que exista el hombre que la comprenda, sienta y manifieste. Nada hay en la parte superior de la mente humana ni en lo más puro del corazón del hombre que esté fuera de la belleza.

La civilización es la cultura asimilada y comprendida. La cultura es el desarrollo de la mente dentro de las Ciencias, las Letras y las Artes. Se llega a la civilización por la escala de la cultura. Los pueblos cultos son pueblos sabios, y el más alto grado de cultura produce el más alto grado de civilización. Pero esta cultura, esta civilización, se manifiesta siempre a través de la belleza, porque ella es el sol que ilumina sus pasos y que le va abriendo por delante las mentes y los corazones. Por eso es que el artista está en el postrer pedáneo, guiado por su sensibilidad hacia las cimas del Arte. El artista es un sacerdote de lo bello. Los pueblos necesitan del artista, de ese sensitivo, para que de un modo bello pregone la síntesis de la cultura alcanzada. Tras el desarrollo material se presenta el espiritual. So-

bre la fuerza está la belleza. En la obra de arte se refleja la vida; la de los griegos de los tiempos de Homero, está en la Iliada y la Odisea.

Por eso cuando un país ha llegado a un alto grado de desarrollo material, busca el libro, el periódico, la obra de arte, para darse a conocer a los demás pueblos. Ese conocimiento tiene que hacerse de un modo elevado y bello, profundo y estremecedor, para que penetre hondamente en el alma de los otros pueblos. Es que la cultura sólo debe aparecer en el escenario de la vida como una reina cubierta con el manto de la belleza.

El guerrero necesita del canto bello del poeta después de la victoria para alcanzar la inmortalidad; y el canto es una de las manifestaciones vivientes de la belleza. La Religión se presenta en forma bella, para penetrar en las almas, y las Catedrales, las Pagodas y las Mezquitas son condensaciones de belleza que salieron del espíritu. La industria da a sus obras el exterior de lo bello, para que la forma conquiste la atención y vaya la utilidad envuelta en la hermosura. La enseñanza se da brillos de belleza para que el principio científico y la regla variable penetren suave y musicalmente en las inteligencias escolares. De ese modo el valor de la cultura debe conocerse a través de la belleza; porque, como se ha dicho, la belleza primero se siente y después se piensa, y el sentimiento es la senda de la emoción, y la emoción despierta la idea y se abren ante las almas los inmensos horizontes de la grandeza, de la sublimidad y de la gloria.

La República de El Salvador ha tenido siempre una vibración de vi-

da que sobrepasa sus fronteras. En todo Centroamérica se escucha el golpe rítmico de su industria creadora, se siente la corriente de su comercio y se oye el armonioso rumor de colmena de su instrucción pública. La bandera de su espíritu flamea como sobre una alta cima. Este pueblo, para decirlo con palabras

de Darío, va camino del porvenir por la calle de la aurora. Nosotros, los nicaragüenses lo saludamos y admiramos, reconociendo la excelcitud de su destino y estamos dentro de su impulso dominante, de su fuerza y su poder.

J. D. Vanegas.

El Doctor Castro Ramírez presentó al Dr. Vanegas

SEÑORAS, SEÑORES:

Mis ambulaciones por Centroamérica me han permitido conocer de cerca las características de estos países hermanos y aquilatar a sus mejores exponentes de cultura.

De allí que experimente regocijo al salir de mi retraimiento para saludar en nombre del *Ateneo de El Salvador* —el orientador actual de nuestra cultura— al honorable Rector de la Universidad de León y Decano de la Facultad de Derecho, doctor Juan de Dios Vanegas, quien tiene conquistado puesto de honor en las filas de la fecunda intelectualidad nicaragüense.

Es él alto exponente de aquella benemérita Universidad que surgió a la vida plena hace más de un siglo, merced a los esfuerzos patrióticos del Rector Ayestas y del Padre Ruiz, y a la cual ya en 1818 el sabio y altruista Larreinaga favorecía con una donación de tres mil libros selectos.

El Salvador le es deudor de gratitud a esa matriz de la inteligencia.

Cuando carecíamos de Universidad allá peregrinaban valiosos ele-

mentos salvadoreños, especialmente de la zona Oriental de la República.

Mantenedor entusiasta de ese prestigio histórico es el doctor Vanegas, hoy nuestro huésped distinguido, quien a su brillante estro de poeta y a su clasicismo de escritor, une la sapiencia del civilista; de tal manera que estamos en presencia del académico que abarca las regiones serenas del espíritu y el complicado mecanismo de las relaciones jurídicas que el derecho define y ampara.

Doctor Vanegas: podéis estar seguro de que son perdurables los vínculos espirituales que nos unen con aquella Universidad, que nos dió las figuras luminosas de Pablo Buitrago, Hermenegildo Zepeda, Norberto Ramírez, Máximo Jerez, Buenaventura Selva y tantos otros que enaltecieron el nombre de Centroamérica.

Qué cosecha más fecunda!

De aquel centro de luz salieron casi todos los próceres que pusieron en Costa Rica los cimientos de la República.

Florencio del Castillo, Diputado a Cortes, allí nutrió su espíritu; y el ex-Presidente licenciado Braulio Ca-

rrillo, reformador y estadista, en las aulas de León moldeó su carácter.

El *Ateneo* os ofrece su tribuna, abierta a todas las orientaciones del espíritu.

Estamos seguros, señor Rector, que vuestra palabra quedará palpitante en esta aula magna; y en nombre del *Ateneo de El Salvador* adopto

la frase de Santiago Argüello, que debe ser grata al oído del Rector, del poeta y del leonés:

«León, esa vieja Salamanca, es un huerto fecunda donde florece la energía y un cielo rebosante de estrellas en que florece el pensamiento.—Dije.

M. Castro Ramírez

Cursos Breves de El Ateneo

La Maravilla del Organismo Humano

Señor Rector de la Universidad de León:

Señor Presidente del Ateneo de El Salvador;

Señoras:

Señores:

Quiero, ante todo, agradecer el alto honor que se me ha concedido al invitarme para ocupar esta tribuna, donde otros más capacitados, con la brillante luz de su saber, corresponderán mejor al encomiástico anhelo de divulgación científica que el *Ateneo de El Salvador* persigue, mediante este interesantísimo ciclo de conferencias.

He escogido para esta noche el tema que lleva por título LA MARAVILLA DEL ORGANISMO HUMANO, con el cual quiero dar a conocer algunos conceptos generales de Fisiología, los que permitirán formarse una de las muchas ideas que se tienen sobre la complicada, sutil y prodigiosa máquina humana.

Es muy difícil dar un concepto simple sobre el hombre. El estudio

de éste ha sido emprendido por diversidad de ciencias, que han empleado para tal objeto técnicos diferentes, conducidas hacia otras tantas concepciones. Las modalidades mismas del funcionamiento del organismo, cuyas vísceras trabajan de manera muy silenciosa, han retardado enormemente su mejor conocimiento. Colocados los hombres entre dos mundos, el interno constituido por su mismo cuerpo y el externo por todo lo que le rodea, el primero en general desapercibido y el segundo más al alcance de sus sentidos, lógicamente han desviado su curiosidad en mayor escala hacia la investigación del cosmos que a la de su propia humanidad. Por eso no es de extrañar que la Astronomía alcanzara gran desarrollo en una época en la cual la Fisiología era desconocida.

Esta última ciencia ha hecho sus mayores progresos a partir del año 1777, cuando Lavoisier dijo que la respiración no era otra cosa que una oxidación, interpretando una función por medio de un fenómeno químico.

mico. Su expresión fué revolucionaria, pues contradecía nada menos que a la teoría vitalista, la cual consideraba el funcionamiento orgánico como la consecuencia de una causa especial propia de los seres vivos, **EL PRINCIPIO VITAL**. Más tarde, Claudio Bernard generalizó aquel concepto, diciendo que todas las funciones se reducían a fenómenos físico-químicos e indicó que por el camino de la Física y de la Química debían dirigirse las ulteriores investigaciones sobre Fisiología. El tiempo se ha encargado de dar parcialmente la razón a Claudio Bernard, si reconocemos que muchos de los progresos alcanzados se deben a su consejo; pero todavía no hemos llegado a la hora de poder comprender totalmente al hombre, ya sea como una materia analizable por las leyes de la Física y de la Química, ya como una conciencia o como las dos cosas a la vez. Esto nos explica el por qué las ciencias no han podido contestarse satisfactoriamente muchas preguntas como las que siguen: ¿Cómo se formó la primera célula? ¿Cómo fué que el conjunto de sustancias inertes que se asociaron para formar al primer elemento vital, base de todos los seres vivos, adquirió el poder de reproducirse? ¿Cómo es que los GENES contenidos en el huevo fecundado determinan los caracteres del individuo que deriva de dicho huevo? ¿Por qué mecanismo se organizan las células para constituir sociedades, que no otra cosa son nuestros tejidos y órganos? ¿Qué procesos químicos o fisiológicos conducen hacia la vejez? Evidentemente el esfuerzo realizado por las ciencias que estudian al hombre es insuficiente. Tal vez muchas de las actuales incógnitas jamás sean

resueltas y otras lo serán en el correr de los años; al menos es lo que nos hace sospechar el estado actual de la Biología, al compararlo con lo que era hace algunas centurias y constatar que ha recorrido algún camino.

Entonces debemos contentarnos con la observación positiva de nuestras actividades orgánicas y al hacerlo así, ya podemos arrancar secretos maravillosos a nuestro sér, que convidan a su contemplación. Es tan complejo que no podemos asirlo en conjunto y cuantas veces se emprende su estudio hay necesidad de fragmentarlo. Tal método artificioso seguiré en mi exposición.

La reproducción tiene por objeto perpetuar la especie. Las glándulas sexuales desempeñan el principal papel en ese trabajo: ellas elaboran células especiales, de cuya unión se forma el nuevo sér, pero interviniendo el padre y la madre de maneras diferentes. En los primeros años de la vida, el hombre no produce aquellas células y la mujer las posee en estado rudimentario. La vida sexual propiamente dicha comienza a una edad variable, más o menos a los quince años, época en que se alcanza la aptitud para fecundar. Esta crisis llamada PUBERTAD, así como el sostén ulterior de la nueva función, se deben al lóbulo anterior de la hipófisis, el cual secreta, a partir de tal época, hormonas que producen a distancia la maduración de las glándulas sexuales, e indirectamente, por intermedio de otras hormonas secretadas por estas glándulas, el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios que imprimen hondas diferencias entre el hombre y la mujer.

El hombre conserva su capacidad reproductora hasta el extremo de la vida; la mujer, en cambio, actúa de manera intermitente y pasajera: de los 300.000 folículos primordiales que posee desde el nacimiento, sólo madura unos cuatrocientos, ya que su maduración se opera mensualmente y cesa con la menopausia, alrededor de los cuarenta y cinco años.

La primera célula resultante de la unión de las células masculina y femenina, estará constituida por la mitad del núcleo de ambas, más el protoplasma de la segunda. Como se ve, la contribución de la madre es mayor que la del padre; parece que este último sólo contribuye a transmitir los caracteres hereditarios. También las experiencias de Bataillon y de Læb parecen demostrar que sólo el elemento hembra es esencial: el primero logró el desarrollo completo de un huevo no fecundado, por simple picadura; el segundo, mediante una técnica apropiada y sin la intervención del elemento macho, pudo obtener una rana.

Sea como fuere, nuestro organismo es originalmente una célula, la cual se divide en otras dos, éstas a su vez se dividen y la división se prosigue indefinidamente. Todas las células resultantes se agrupan en sociedades; cada grupo está destinado a desempeñar una función que no es sino parte del todo, pues en suma todas las funciones son solidarias de la existencia del ser a que pertenecen y todas las células, no obstante el universo heterogéneo que constituyen, siempre guardan el recuerdo de su unidad original.

Nuestro organismo se forma de modo muy diferente de como el

hombre construye sus máquinas. Para hacer una de estas se preparan desde luego diversas piezas, morfológica y mecánicamente distintas, destinadas a fines diferentes, pero mediante principios reguladores que se ajustan a las leyes de la física, la química o la mecánica y siguiendo un plan preconcebido. De su articulación metódica resulta un objeto superficialmente sencillo. Nosotros somos originalmente sencillos, procedemos de una sola célula, que por medio de divisiones llega a constituir un todo muy complejo. Cada célula tiene el poder de reproducir, sin finalidad ni dirección, los edificios constitutivos de los órganos.

Poseemos muchas razas de células que se diferencian unas de otras, tanto por sus caracteres estructurales como funcionales. Las que forman la glándula tiroidea, por ejemplo, son diferentes de las que encontramos en el cerebro. En términos generales pueden reducirse todas ellas a dos grandes grupos: células fijas y células móviles. Las primeras son aquellas que por su reunión forman los órganos; las segundas son las viajeras del organismo: constantemente lo recorren en toda su extensión, arrastradas por la corriente sanguínea.

El conjunto de todos los grupos complejos y heterogéneos de células reunidos forman nuestro cuerpo. La coordinación de todos esos grupos se hace en forma tal que en último término representan una unidad maravillosa, donde todo es armonía, concordia y cooperación.

Si es verdad que los órganos mantienen la unidad por el modo de comportarse en su funcionamiento, también es cierto que no podrían

hacerlo, si no se llenaran ciertos requisitos. En la intimidad de nuestra materia se opera una constante renovación de substancias. Muchas células mueren, porque envejecen y se agotan o porque son atacadas mortalmente por los agentes causantes de enfermedades. Pronto son substituidas por otras, formadas a expensas de la multiplicación de las que quedan. Mientras no mueren llevan una vida propia y debido al trabajo que desarrollan consumen sus propias reservas, exigiendo el aporte de substancias nutritivas. A su vez eliminan las substancias nocivas originadas de su propia nutrición. Gracias a ésta, ellas mismas son el lugar en donde se operan en forma continua desgastes, reparaciones y combustiones, fuentes del calor que se convierte en energía y por consiguiente en trabajo.

Las funciones que garantizan el sostén, desarrollo y crecimiento del organismo, constituyen en conjunto la nutrición, sinónimo de vida, de profunda actividad.

Tomamos del medio ambiente muchas substancias, llamadas alimentos, que han de servirnos para tales funciones; pero no debemos emplear libremente cualquiera de ellas: la celulosa, de origen vegetal, al ser ingerida sólo atraviesa el tubo digestivo en toda su longitud, pero no puede ser absorbida, ni asimilada. Así, un régimen constituido únicamente por ella nos conduciría necesariamente a la inanición y a la muerte. Para que podamos calificar como alimento una substancia es necesario que ésta pueda ser absorbida y que posea propiedades nutritivas para satisfacer las necesidades del organismo, tanto bajo la forma del calor

que necesita, como para su sostén y crecimiento. Los alimentos productores de calor o ALIMENTOS ENERGETICOS, son los azúcares, las grasas y las materias albuminoideas. Los que aseguran el sostén y crecimiento o ALIMENTOS PLASTICOS, son el agua, las sales minerales y también las materias albuminoideas, en su mayor parte, pues hay albúminas como la gelatina, la cual se extrae de tendones y cartilagos, que por no poseer los llamados *ácidos animados indispensables* solamente producen calor. Si una rata es sometida a un régimen a base de esta substancia, almidón, sales minerales y vitaminas, lejos de ganar pierde peso y muere al cabo de pocos días; pero si a dicha dieta le agregamos los *ácidos aminados indispensables* que hacen falta, su sostén quedará perfectamente asegurado. Otro tanto podemos decir de la ZEINA o albúmina del maíz, que carece de los *ácidos aminados indispensables* llamados LYSINA Y TRIPTOFANO. Su poco valor nutritivo como alimento aislado ha quedado demostrado por las experiencias de OSBORNE Y MENDEL: si se alimentan ratas con un régimen en el cual la albúmina esté representada únicamente por la *zeina*, pierden peso y mueren. Si al mismo régimen se le agrega *triptófano*, no pierden peso y su sostén es asegurado; aunque si los animales son jóvenes su crecimiento se detiene; si entonces se agrega *Lysina* a la alimentación, el crecimiento se reanuda. Debemos concluir de estas experiencias que el *triptófano* es indispensable para el sostén y la *lysina* para el crecimiento.

Ultimamente se ha agregado a la lista de alimentos conocidos de cier-

tas sustancias llamadas VITAMINAS, cuya presencia es necesaria para el buen funcionamiento del organismo. A estas horas son varias las perfectamente conocidas.

Las sustancias nutritivas se encuentran incorporadas en los alimentos que nos brinda el medio exterior, generalmente bajo una forma química impropia para ser absorbida. Exceptuadas ciertas grasas y a la glucosa, que pueden atravesar en naturaleza las superficies de absorción, la mayor parte de alimentos tienen que sufrir previamente una transformación química de su molécula, para poder ser absorbidos.

Nuestro organismo sabe hacer la selección de las sustancias que necesita, gracias al aparato Digestivo, constituido por un largo tubo recubierto por una membrana, la cual no hace las veces de simple filtro, sino de verdadero laboratorio, que opera la simplificación molecular de los alimentos. Este aparato recibe los alimentos y también expulsa los desechos de la digestión, representados por las sustancias inabsorbibles o innecesarias. Las funciones digestivas se reducen a transformaciones químicas y absorción, ampliamente garantizadas tanto por la gran longitud del tubo (10 a 12 metros) como por las numerosas glándulas que vierten sus secreciones en él. La primera junto con los abundantes repliegues de la superficie interior del aparato, facilita enormemente la absorción y prolonga el tiempo durante el cual deben actuar los jugos digestivos. Las segundas suministran las diastasas, llamadas a transformar los alimentos en moléculas más sencillas, acción que es facilitada por la división en partículas

muy pequeñas, gracias a la masticación. De esa manera intervienen la saliva en la boca, el jugo gástrico en el estómago y finalmente, en el intestino, el jugo pancreático, el jugo intestinal y la bilis. Gracias a estos jugos los azúcares son simplificados en glucosa, las grasas son emulsionadas y las albúminas descompuestas en sus ácidos aminados constitutivos.

Las sustancias originadas mediante el proceso digestivo son recogidas por los vasos sanguíneos y linfáticos, los cuales se encargan de llevarlas a ponerse en contacto con los tejidos a través del torrente circulatorio. Estos sintetizarán, a expensas de aquellas, sus propias sustancias. No puede reconocerse una especificidad de origen a las albúminas: sean de buey, de aves o de trigo, todas son igualmente descompuestas en ácidos aminados, que atraviesan las paredes intestinales y a cuyas expensas se formarán otros albuminoideos, pero propios, adecuados al ser humano. De esta manera el intestino protege al medio interior, en forma más o menos completa, contra la invasión de los tejidos de otros seres, plantas o animales.

Para que las combustiones orgánicas puedan realizarse es necesaria la presencia de un agente oxidante. El oxígeno del aire es quien llena este papel importantísimo. Otro aparato, el respiratorio, se encarga de hacer penetrar dicho gas en el organismo, al mismo tiempo que expulsa el ácido carbónico, que se forma en los tejidos como residuo de las oxidaciones. Este prodigioso aparato está constituido por un verdadero fuelle, los Pulmones, comunicado con el mundo exterior me-

dianete un tubo constituido por las llamadas vías respiratorias superiores: fosas nasales, faringe, laringe, tráquea y bronquios. Por sus cambios de volumen permite la entrada y salida de los gases: al aumentar su cavidad aspira el aire atmosférico y produce una inspiración; al comprimirse expulsa el aire pulmonar y origina una expiración. Los pulmones están irrigados por una apretada red de vasos sanguíneos. Sangre y aire están separados por una vastísima membrana, que si la extendiéramos en superficie, alcanzaría la dimensión equivalente a un rectángulo de 50 metros de largo por 10 de ancho. A través de ella, por fenómenos de osmosis, se hacen los cambios gaseosos: el oxígeno camina del pulmón a la sangre y el ácido carbónico en dirección opuesta.

La sangre recibe así los materiales necesarios a la nutrición de los órganos después que han franqueado la doble barrera mucosa, tanto digestiva como respiratoria, que nos separa del mundo exterior. Dicha sangre consta de dos partes, una líquida y otra sólida. La primera es el Plasma, el cual tiene en disolución diversas sustancias: albúminas, polipéptidos, ácidos, aminos, azúcares, grasas, sales minerales y los productos que elaboran las glándulas de secreción interna. Gracias a su composición, puede mantener una alcalinidad constante, a pesar de los ácidos que recibe de los tejidos. De tal modo ofrece a las células un medio que casi no varía en el tiempo: ni demasiado ácido, ni muy alcalino y provisto de las sustancias que ellas necesitan y aceleran o moderan su actividad. Contiene además las sustancias elaboradas por el orga-

nismo en su lucha contra los microbios y finalmente una albúmina, el fibrinógeno, de la cual se deriva la fibrina, cuyo papel es importantísimo en la coagulación de la sangre, sin la cual nuestros vasos sanguíneos, al ser heridos, dejarían escapar todo su contenido.

La otra parte de la sangre está constituida por elementos sólidos. Está representada más o menos por treinta mil millones de glóbulos rojos y cincuenta millones de glóbulos blancos. Los primeros son sacos pequeñísimos, cargados de un pigmento, la hemoglobina, que con la misma facilidad fija el oxígeno y el ácido carbónico o se desprende de ellos. Al pasar por los pulmones se carga de oxígeno y lo cede luego en la intimidad de los tejidos. Aquí se apodera del ácido carbónico, para abandonarlo en seguida al nivel de aquellas vísceras. Los glóbulos blancos son células vivas, móviles que dan a la sangre caracteres de un tejido. Desempeñan el doble papel de vigilantes defensores y grandes reparadores. Por su movilidad están capacitados para abandonar activamente los vasos que los contienen e ir a cualquier lugar donde se les necesite. Tal huida se conoce con el nombre de DEAPEDESIS. Gracias a su elasticidad afilan un punto de la periferia de su cuerpo y se introducen en un intersticio de la pared vascular: atravesándolo por medio de estrangulamientos sucesivos del resto de su cuerpo. Una vez fuera de la corriente sanguínea se dirigen, ya sea al lugar donde han penetrado los microbios, con los cuales entablan lucha a muerte o ya al lugar de una herida, donde forman una cicatrización sólida de las partes enfermas.

La sangre cede a los tejidos su plasma, que como un arroyo va a correr en los espacios existentes entre las células, tomando de ahí el nombre de líquido intersticial. Entre él y los tejidos se va a operar un incesante intercambio de substancias. Las células vivas son ávidas de oxígeno. Con éste, el hidrógeno y el carbono de los azúcares y de las grasas, producen la energía mecánica necesaria al mantenimiento de su estructura y de sus movimientos. Con el nitrógeno, el fósforo y el azufre, que les da el líquido intersticial, fabrican nuevas células y aseguran de tal modo el crecimiento y la reparación de los órganos. Con la ayuda de sus fermentos dividen en fragmentos cada vez más pequeños proteínas, azúcares y grasas de su medio, utilizando la energía de cuerpos muy complicados y de un poder energético muy alto. En dirección inversa, de estos procesos químicos celulares se derivan otras substancias de desecho, que de no ser desalojadas del líquido intersticial, se acumularía en él y lo volvería inhabitable para las células. Estas substancias son recogidas por la sangre, la cual se encarga de transportarlas hasta los órganos a quienes está encomendada su eliminación fuera del organismo, tales como los pulmones, los riñones y las glándulas de la piel, cuyo trabajo es de una eficacia muy grande.

La intensidad de los cambios antes apuntados es variable en los distintos individuos y aun en la misma persona en distintas épocas. Es mayor en el niño que en el adulto, en el hombre que en la mujer, en los sujetos pequeños que en los grandes, en el curso del trabajo físico

que durante el reposo, en plena digestión que en ayunos. Sin embargo el trabajo intelectual no produce modificaciones apreciables en ella.

Para que la sangre pueda desempeñar las funciones que le están encomendadas es necesario que recorra todo el organismo; necesita pues moverse con rapidez. Esto está garantizado por el funcionamiento de otro aparato, el circulatorio, constituido por un órgano central, el corazón, que hace las veces de una bomba aspirante-impelente, para poner en movimiento la masa líquida a través de los tubos encargados de llevarla por las diferentes partes del organismo. El corazón realiza su trabajo gracias a su configuración: es un músculo hueco, provisto de cuatro cavidades en el interior de las cuales la sangre circula en una sola dirección, debido al juego de las válvulas que las separan. Por su contracción o sistole expulsa su contenido; por su relajamiento o diástole se vuelve a llenar. Aparentemente es un órgano que no descansa, pero en cada revolución cardíaca la duración de la sistole es sensiblemente igual a la de la diástole, lo que equivale decir que en el curso de la vida descansa la mitad del tiempo y trabaja la otra mitad.

La sangre debe circular a la velocidad y presión necesarias para que tenga tiempo suficiente de enriquecerse de substancias nutritivas y despojarse de las dañinas. Un fragmento de tejido vivo, cultivado en un frasco, necesita un volumen de líquido nutritivo igual a dos mil veces su volumen, para que no muera en pocos días debido a los desperdicios de su nutrición. Si todo el cuerpo humano fuera cultivado en

idénticas condiciones, necesitaría, conforme, al dato anterior, una cantidad de líquido igual a doscientos mil litros, (1) Sin embargo el volumen de sangre circulante, comparado con el de los órganos, es mucho menos: apenas alcanza a la décima tercera parte de ellos solamente. Es gracias al prodigioso mecanismo del aparato circulatorio que puede mantenerse constante la composición sanguínea. Si la circulación se vuelve lenta, el medio interior se torna ácido y por consiguiente tóxico. Según la naturaleza de sus células, los órganos resisten más o menos a esta intoxicación. La interrupción de la circulación en un miembro durante tres o cuatro horas no tiene consecuencias desagradables. En cambio el cerebro es mucho más sensible: el paro de su circulación produce al cabo de diez minutos desórdenes tan graves que resulta imposible su reparación. Si se prolonga hasta veinte minutos, más o menos, la muerte se produce fatalmente.

Tal es, a grandes rasgos, la manera cómo se nutren nuestros tejidos. Aparatos en apariencia de estructura tan distinta son en el fondo funcionalmente solidarios, mediante robustos lazos de unión. Por caminos diferentes sostienen la unidad orgánica. Si nuestros órganos gozaran de independencia, es de suponer que reinaría la anarquía en el organismo; dichosamente no es así: forman en conjunto una comunidad en la que cada parte lucha por la existencia del todo y éste por la de cada una de sus partes.

Esta unidad de función sólo es posible mediante un sistema de control, de coordinación y de guía: tal el papel que desempeñan el Sistema

Nervioso y las Glándulas de secreción interna.

El primero pone en continua relación al medio exterior con nuestro mundo interno. Registra todas las excitaciones que nos vienen del ambiente en que vivimos y nos hace responder a ellas en forma adecuada, por intermedio de nuestros músculos y de otros órganos. Está constituido en realidad por dos sistemas: *el central o cerebro-espinal*, consciente, voluntario, el cual ordena a los músculos; y *el simpático*, autónomo, inconsciente, que rige a los demás órganos y depende del primero.

El sistema nervioso se parece mucho a un servicio de comunicaciones eléctricas. El neuro-eje hace las veces de oficina central, que recibe y despacha los comunicados. Comprende órganos formados por una substancia blanca, frágil, alojada dentro de la coraza sólida que le forman el cráneo y la columna vertebral: cerebro, cerebelo, bulbo y médula espinal. De él emanan numerosos cordones, unos que le llevan las impresiones recogidas en la superficie del cuerpo y en los órganos; otros que trasladan sus respuestas a los músculos. Estos cordones son las prolongaciones de las células nerviosas constitutivas del eje. Dichas células son reconocidas como los elementos más nobles y delicados de toda la economía: han alcanzado un alto grado de diferenciación, a lo que deben sus propiedades particulares. Su estructura histológica, sus funciones y las condiciones necesarias para que estas se lleven a cabo, son poco diferentes de las de otras especies celulares. Lo que las caracteriza sobre todo es su excitabilidad, que les permite trasladar de un lugar a otro el influjo nervioso. Son

llamadas NEURONAS y comprenden un cuerpo celular, del cual parten prolongaciones que las distinguen grandemente de las otras clases de células. Estos prolongamientos forman los nervios periféricos y los haces conductores que recorren el eje cerebro-espinal. A menudo son muy largos; por ejemplo, los que parten de las neuronas de la médula lumbar, llegan hasta los dedos de los pies. Son más o menos numerosos y se distinguen en dos clases: el cilindro-eje, el más largo y las dendritas, más cortas y ramificadas. El influjo nervioso entra al cuerpo celular por las dendritas, para salir por el cilindro-eje. Una neurona se articula con otra por medio de estos prolongamientos. Entre ambas hay contigüidad, pero no continuidad.

Si estudiamos el llamado arco reflejo, comprenderemos mejor su funcionamiento. Este arco tiene por objeto poner en relación los órganos de los sentidos con un músculo. Producida la excitación en un órgano sensorial, el influjo nervioso camina a lo largo de una neurona sensitiva y, por conexiones especiales, pasa en seguida a una neurona motora, para producir una contracción muscular. Así se dice que todo arco reflejo es la conversión de una sensación en un acto. Todo arco reflejo consta por lo menos de dos neuronas, una sensitiva y otra motora; pero a menudo existen entre las dos neuronas intercalarias. El reflejo más sencillo y mejor conocido es el OCULO-PALPEBRAL: al excitar la córnea, los párpados se cierran inmediatamente. La existencia de arcos reflejos complejos se pone en evidencia por la clásica experiencia de PELUGER: se decapita una ra-

na, con el objeto de suprimir las órdenes del cerebro; con soluciones cada vez más concentradas de ácido clorhídrico, se excita una pata del animal; cuando la excitación es débil, sólo se contrae la pata; más fuerte, se contraen las dos patas; y más fuerte aún, todo el cuerpo del animal se conmueve.

En el cerebro se origina otra clase de reflejos llamados condicionales. Son hechos fundamentales descubiertos por PAVLOF: se colocan sobre la lengua de un perro portador de fístula salivar unas gotas de ácido acético diluido y se ve inmediatamente salir por la fístula abundante cantidad de saliva. Repetimos la experiencia diariamente, pero acompañándola de un silbido. Al cabo de unos diez días, la saliva se escurre abundantemente con solo que el animal escuche el mismo silbido. El primitivo reflejo gustativo se ha convertido, mediante la sencilla experiencia indicada en otro auditivo. El conocimiento de estos reflejos condicionales nos explica por qué el hombre es educable.

En resumen, casi todos los fenómenos de nuestra vida son reflejos. Por estos nos es posible caminar, mantenernos de pie, respirar, etc. En general son automáticos, pero en algunos casos podemos sujetarlos a la voluntad. Con sólo fijar nuestra atención en la respiración, podemos variar el número de respiraciones por minuto.

En el sistema nervioso visceral se producen reflejos en el seno mismo de los órganos, completamente independientes del sistema central. Debido a ello, el funcionamiento del estómago, del hígado, de los riñones etc. no está sujeto a nuestra volun-

tad; y si separamos el corazón, por ejemplo; del cuerpo de una rana, veremos que continúa latiendo durante largo tiempo, sobre todo si hacemos circular artificialmente un líquido convenientemente nutritivo.

El automatismo de las vísceras está asegurado por centros reflejos constituidos por pequeños grupos de células nerviosas diseminadas en los tejidos, las cuales comunican por numerosas fibras con la doble cadena de ganglios que existe por delante de la columna vertebral. Gracias a sus relaciones con la médula, el bulbo y el cerebro, coordinan la acción de las vísceras con la de los músculos, en los actos que exigen el esfuerzo de todo el cuerpo.

Los ganglios simpáticos están en relación, por medio de ramificaciones, con las regiones craneana, dorsal y pelviana del neuro-eje. Los nervios de la primera y última regiones se llaman parasimpáticos y los de la segunda, simpáticos propiamente dichos. La acción de estos dos grupos de nervios es antagónica. Por eso las vísceras son a la vez dependientes e independientes del sistema nervioso central. CANNON ha extirpado del animal vivo la doble cadena simpática, con el objeto de aislar el sistema visceral del central; los animales así operados, viven con buena salud, mientras se les encierra en jaulas; pero no serían capaces de una existencia libre, porque en la lucha por la vida sus músculos, garras y dientes no podrían obtener la ayuda del corazón, los pulmones y las glándulas.

El parasimpático hace lentos los latidos del corazón, el simpático los acelera. El primero dilata las pupilas, el segundo las contrae. Los mo-

vimientos peristálticos del intestino son más pausados si el simpático interviene y se aceleran por el parasimpático. Este sistema nervioso autónomo tiene bajo su dominio todas las vísceras, equilibrándoles el funcionamiento. Interviene en los cambios de la circulación visceral: el gran simpático disminuye el calibre de los vasos sanguíneos, para volver lenta la circulación y reducir por consiguiente la masa de sangre que atraviesa los órganos; el parasimpático, al contrario, dilata los vasos y produce los fenómenos inversos.

Gracias a la independencia de funcionamiento de que gozan nuestros órganos, su modo de trabajo pasa completamente inadvertido para nosotros, en condiciones de perfecta salud. El sistema autónomo envía mensajes al sistema central, dando cuenta a nuestra conciencia del estado orgánico de las vísceras. Así, muchas enfermedades del estómago comienzan por trastornos nerviosos; nuestros pensamientos, nuestras emociones, nuestro estado de ánimo, a menudo sufren cambios que están íntimamente ligados a las variaciones funcionales de nuestros órganos.

Además del sistema nervioso, como mando supremo, existe un conjunto de glándulas que interviene en el equilibrio funcional del organismo. Son las llamadas glándulas de secreción interna, tales como la hipófisis, el cuerpo tiroideo, las glándulas sexuales, etc. etc.

Gracias a estas glándulas el organismo elabora, de manera continua o intermitente, substancias que le son propias y que sirven para asegurar la actividad normal de los órganos, así como las interrelaciones armónicas de sus funciones específicas.

cas. Dichas sustancias son vertidas directamente en la sangre, la cual las transporta para que cumplan su misión de mensajeras y su acción específica, estrictamente delineada.

La interacción sistemática de estas sustancias llamadas **HORMONAS**, se cumple bajo la dirección de un comando superior, que gobierna a todas las glándulas endocrinas tanto por vía nerviosa como hormonal. El centro hormonal superior está ubicado en el lóbulo anterior de la hipófisis, que a su vez está subordinado al encéfalo, comando central supremo relacionado además con el gran simpático, a través del cual ejerce gobierno sobre las glándulas, impartiendo órdenes de reposo o de actividad funcional.

Conforme con esta organización, el lóbulo anterior de la hipófisis, además de elaborar una hormona del crecimiento, produce otras estimuladoras del funcionamiento de las demás glándulas endocrinas. Ya hice mención de que él es quien despierta las funciones sexuales en el momento de la pubertad y las mantiene en vigor por el tiempo necesario.

El lóbulo posterior elabora asimismo otras hormonas de acción directa sobre el organismo. Entre ellas existe una, que hacia el fin del embarazo provoca las contracciones rítmicas del útero, llamadas a producir el parto; es sin embargo ineficaz para el útero no gravídico. Otra estimula la contracción de la musculatura lisa del estómago, los intestinos y los vasos sanguíneos, frena la diuresis y regula la eliminación de la sal.

El páncreas elabora la Insulina, que interviene en la combustión del

azúcar. Las cápsulas suprarrenales producen adrenalina, la cual actúa en el metabolismo del azúcar y por una acción parecida a la del simpático, en la circulación de los órganos. La glándula tiroides suministra la tiroxina, que interviene en el crecimiento y el metabolismo general y aumenta la excitabilidad nerviosa. Las glándulas sexuales, además de elaborar las células de la reproducción, producen hormonas que en la mujer intervienen en la orientación de los cambios que se operan en el útero durante el ciclo menstrual y el embarazo; en ambos sexos acciones generales originadoras de los caracteres sexuales secundarios, cuyos sellos característicos se imprimen sobre el organismo entero, estableciendo diferencias bien definidas entre el hombre y la mujer; y en general, avivan nuestras actividades fisiológicas, mentales y espirituales. Jamás ha habido grandes filósofos, ni grandes sabios entre los eunucos. Las glándulas masculinas, cuya actividad perdura hasta la extrema vejez, engendran la audacia, la violencia y la brutalidad que hacen diferir al toro del buey manso. Las glándulas femeninas en cambio, tienen una acción efímera, terminada en el período de la menopausia con su atrofia. Esto hace que la mujer al envejecer sea inferior al hombre.

Este breve y superficial relato nos hará comprender fácilmente que nuestro organismo es a la vez complejo y sencillo. Está formado por millones de elementos microscópicos, las células, distribuidos en diversas razas que se agrupan formando sociedades. Las células nadan en líquidos cargados de sustancias nutritivas procedentes del exterior y

que pasaron el tamiz de la mucosa digestiva y a su vez vierten en ellos los productos elaborados mediante su trabajo. La armonía, las interrelaciones funcionales y el sinergismo son mantenidos tanto por las secreciones glandulares que recorren todo el organismo como por el gran sistema coordinador formado por la substancia nerviosa.

Nuestro cuerpo es, en resumen, una estructura compleja, prodigiosa, cuyos elementos constitutivos aparecen morfológicamente distintos, aunque estrechamente vinculados en sus funciones. La maravilla del cuerpo humano reside cabalmente en eso: en la íntima asociación de lo complicado con lo sencillo.

J. R. Martínez.

LA FABULA

≡≡≡ Por Alejandro Andrade Coello ≡≡≡

Un cubano ilustre, Ismael Clark, ha estudiado la fábula como encarnación de la vida, y ha probado su antigüedad. Recuerda, nada menos, que la vieja alegoría de «La disputa entre los miembros y el estómago», que se decía de Esopo, ha sido vista «en un viejo original egipcio por Maspero.»

Al enumerar la obra y merecimientos de Clark, natural del risueño rincón de Regla, el escritor y académico Miguel Ángel Carbonell, pide una extraordinaria condecoración para el periodista y catedrático en estas elocuentes palabras: «En la cumbre de los Andes, dice, en un largo valle cubierto de eterno verdor, que atalayan los volcanes y nevados, asiéntase la ciudad que es luz de América: San Francisco de Quito. Allá, en la altura imponente, alejada del rumor del progreso, el alma parece disfrutar más apaciblemente de los encantos del arte.

Cuna fué en el siglo XVII de la célebre escuela de pintura, donde un Miguel de Santiago irascible y genial, creó el Cristo de la Agonía, donde el indio Espejo, dió el grito inicial de libertad y Olmedo cantó la gloria imperecedera de Bolívar en su inolvidable canto a Junín. En esa Quito inefable, los poetas han instituido una Orden de Arte y Cultura que se llama del Cóndor de los Andes. Anualmente disciernen el preciado trofeo a un poeta americano. Sobre el legendario cerro Yavirac se congregan los artistas, los diplomáticos, las autoridades y el pueblo preferente. Y la más bella quiteña coloca sobre el pecho del poeta la joya de oro del Cóndor de los Andes, símbolo de glorificación continental».

Por desgracia, no ha subsistido la generosa iniciativa después de la coronación del egregio Remigio Romero y Cordero, el poeta que trazó

la admirable epopeya de Jesús.

Volviendo a la fábula, Clark afirma que es el bordón del *folklore* y agrega que la fábula forma una segunda naturaleza del hombre: individual, colectiva o genérica. «La fábula es levadura de todos los panes espirituales en literatura; lo que significa que es alimento de llamados y escogidos». Lamentase de que sea pobre el desenvolvimiento de la fábula de la América Latina.

Los ecuatorianos, en el palenque de la justicia distributiva, debemos ufanarnos de contar con un gran fabulista, de valía universal, y que urge se familiarice con las actuales generaciones: García Goyena, que nació en Guayaquil en 1766. En Guatemala obtuvo el título de abogado. Al juzgarle José Milla, después de anotar el soplo revolucionario del fabulista y su modernidad, como hoy se dice, consigna en su elogio: «Sus fábulas revelan sagacidad de observación, conocimiento del corazón humano en general y del carácter de sus compatriotas en particular; estudio de los animales a quienes pone en escena y de los hombres que son los verdaderos actores de sus cuadros, bajo la piel o la pluma de las bestias»... Cita estas palabras el escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez en el interesantísimo tema desarrollado en el Instituto Guatemalteco de Cursos de Verano, en 1941. Celebra también al fabulista de Chiapas, que entonces pertenecía a Guatemala, Matías de Córdoba, con «La Tentativa del León y el éxito de su empresa»,

Los viejos valores hispanos aprendí a revisar en las obras de Azorín, que ha estudiado con amor la Española clásica y ha estado descubriendo

recónditos tesoros, no sólo en las áureas centurias; sino hasta en el siglo XVIII, que no fué de absoluta postración de las letras castellanas como muchos creen; siglo, desde otro punto de vista, recomendable a causa de sus ideas filosóficas y su formidable eclosión social. Después cayeron en mis manos las conferencias orales del sagaz político don Antonio Alcalá Galiano, erudito orador que en el Ateneo de Madrid analizó aquellos cien años, considerando no únicamente la literatura castellana, sino también la inglesa, francesa e italiana.

El moderno y atildado escritor español Luis Araujo Costa, en un sabroso libro sobre «Letras, damas y pinturas», ha refrescado mis primeras emociones de los bancos del colegio, recordándome tanto a los viejos fabulistas del siglo XVIII, como a varias linajudas mujeres que en esa misma época se distinguieron en el mundo social y político.

Me referiré sólo a los fabulistas, por la circunstancia especial de que en este género docente culminó el poeta ecuatoriano Rafael García Goyena que pertenece al citado siglo, pues nació en 1766 en Guayaquil, vivió en Guatemala y murió lejos de la patria. Figura, quizá por esta razón, como extranjero en algunas antologías y libros de lectura.

¿Conoció García Goyena las fábulas de Samaniego, que vino al mundo en 1745 y las de Iriarte, menor que el poeta de La Guardia con cinco años? Las de García Goyena son originales. Se destaca entre los grandes fabulistas del mundo hispano. En este sentido, le incluyó en su preciosa colección Narciso Alonso Cortés, gloria de Valladolid.

El fabulista ecuatoriano se mostró profundo en ciencias naturales. De las aves centroamericanas estudió muchas particularidades que envidiaría un zoólogo.

Fluyen nobles enseñanzas de esas animadas ficciones como pueden verse en «La Araña y la Oruga», en la que da la razón a las personas de diverso credo y justifica las conductas opuestas, y en «Los fueros juveniles», en la que la comitiva abre campo para que desfile el claustro de doctores y espera también a que pase una recua, y deduce que «es cordura sostener con los sabios los derechos y no es menos discreción el cederlos a los necios». Contra la mal entendida democracia, prueba en su fábula «Los Perros», «que nunca podrán ser iguales las humanas condiciones». Demuestra cómo el hombre, gracias a la educación, doma su furia y modifica su rudeza en «Una yegua y un buey». Bastará, con lo citado, para comprender la valía de García Goyena. Posterior es el azuayo Tomás Rendón que se pronuncia contra los jueces inicuos en su ingenioso cuento sobre el «Pleito del tigre con la oveja siendo juez el lobo». Araujo - Costa gusta del aleccionador género de las fábulas, porque halla en ellas vida. Rememora, con íntima emoción, que en su niñez leyó las de Iriarte y Samaniego, a las que analiza con la espontaneidad propia de su diestra pluma. ¿Quién no ha recibido en las aulas de la escuela, alguna entretenida escena representada por seres irracionales? En el Ecuador son familiares las fábulas de Iriarte y Samaniego. Comunes resultan para los chicuelos quiteños aquéllas que empiezan: «Subió la mona a un nogal»

y «Por entre unas matas, seguido de perros»... que muchos saben al dedillo desde los seis años.

«Rejuvenece el ánimo recordar y repetir lo que sabíamos de memoria en la niñez, observa con criterio pedagógico Luis Araujo Costa. Por esto, los fabulistas son autores (no me atrevo a escribir poetas) que se lleven nuestro cariño» agrega.

¿Y por qué no poetas, desde que estudian las maravillas de la naturaleza para regalarnos gráficas moralejas? Son poetas dramáticos por la acción que desarrollan, a veces minúscula, de diálogos cortos, pero impresionante y saludable. Son principalmente poetas didácticos que difunden sanas advertencias, sin mayor esfuerzo, sin profundas filosofías en sistemas complicados, sino en lecciones claras y comprensivas hasta por los niños; sin elocuentes parrafadas, sin largos discursos, sino por medio de escenas movidas de conversación concisa y familiar, de facundia objetiva. En épocas deleitables de la vida, son los poetas más leídos, los que más cautivan a la impresionable e ingénua alma popular. Una fábula aprovecha a veces más que un tratado de moral. ¿No será tal triunfo digno del más efusivo aplauso?

Por mi parte, no he olvidado que debo mucho al deleitable Samaniego que, con amenidad, acertó a dar consejos que hondamente grabados quedaron en el corazón infantil, pues tuve la suerte de leerle a los ocho años, por haber recibido una hermosa edición ilustrada de sus fábulas como premio en la escuela quiteña denominada «Colegio de la Santa Infancia», que dirigía el señor Daniel Enrique Proaño, uno de

los pedagogos de más merecida fama.

Samaniego, Iriarte, García Goyena —para no citar sino a algunos de lengua castellana— continuarán existiendo, evocados por millares de niños y serán siempre agradable alimento popular, sustancioso al mismo tiempo. Justicieramente, agrega Araujo Costa: «Con todos sus defectos, unos internos y esenciales; otros, producto del siglo en que las fábulas vieron la luz, Iriarte y Samaniego serán siempre leídos con deleite. ¿Por qué? por la cantidad de vida que hay en sus obras, por el calor de humanidad con que aciertan a reconfortarnos, por el realismo de buena cepa en que abundan las descripciones, por el trazo seguro que diseña un animal que aquí simboliza un carácter; por la frescura que impregna cada uno de los cuadros, por lo natural de algunos contrastes, por la perenne juventud, a un tiempo mismo, del fondo y de la forma».

¿Qué poetas docentes consiguen iguales victorias a través del tiempo?

No sólo el erudito escritor Narciso Alonso Cortés, Rector del Instituto de Valladolid, se ha ocupado en García Goyena, al incluirle entre los grandes fabulistas del mundo e insertar algunas de sus composiciones, para que se apreciara la fluidez de versificación y la sagacidad de las moralejas; sino también el insigne crítico moderno J. García Mercadal, en su libro «Propios y Extraños», publicado en Madrid.

Trata la obra de la vida literaria contemporánea, de varios autores del día y de sus producciones, en notas críticas que revelan vasta preparación y espíritu sintetizador.

En la obra de García Mercadal halla un capítulo dedicado al gran

Guayaquileño. Después de interrogar por los fabulistas de fama universal, sorprendiéndose de su escaso número y de recorrer la cuna de tan didascálico género poético deteniéndose en el ilustre La Fontaine entra a estudiar a García Goyena y transcribe algunas de sus composiciones. Examinando al fabulista ecuatoriano, sorprende el prolijo conocimiento que amontonó acerca de la fauna americana y sobre todo de su variedad, de volátiles.

«José García Goyena, oriundo de Tafalia, emigró a tierras americanas en el último cuarto del siglo XVIII, estableciendo sus reales en Guatemala, dice García Mercadal. Como cajero de los marqueses de Aycinena hubo de trasladarse a la República del Ecuador donde sus amos tenían negocios que había que cuidar, y en Guayaquil el navarro se vió complicado en una aventura galante con cierta dama de calidad, de cuyas relaciones, más que platónicas, hubo de venir al mundo un niño».

Este fué Rafael García Goyena, el futuro fabulista, abogado y cultivador de las letras. A los nueve años fué llevado a Guatemala, donde se radicó definitivamente, después de su matrimonio. Sus composiciones de tan útil moraleja han sido vertidas a varios idiomas.

En su patria natal debería existir una colección de estas joyas.

«Ensayó, continúa García Mercadal, las inclinaciones críticas de su espíritu, al margen de la historia de su país, y muchos de sus apólogos encubren, bajo el artificio del subterfugio de hacer hablar a los animales, comentarios y enjuiciamientos que hubiera querido poner en

boca de personas que le eran conocidas, pero a las que no era lícito o resulta temerario nombrar».

Se burló de la garrulería de nuestros Congresos, de sus pujos oratorios, de la grito declamatoria en favor de la libertad que es mera conveniencia, derecho ilusorio que aprovecha e unos pocos que sacan tajada en nombre de esta suprema garantía que profanan descaradamente. Lo prueban «Los Animales congregados en Cortes». Estableció, en leda frase, el respeto a muchos principios morales, burlándose de los aduladores, de los astutos, de los serviles, de los de mala fe, escarneciendo a los que tanto le hicieron sufrir, a los ingratos.

«Los sinsabores que ensombrecieron su vida dieron amargo sabor a

algunas de sus composiciones, y en ellas se recoge la cosecha de decepciones que tan espléndidamente fructifica en todos los cielos y en todas las épocas».

Talento que tanto honra al Ecuador y que, a través del tiempo, todavía despierta el comentario de los sagaces críticos actuales a que me he referido, bien merece la pena de ser estudiado por las generaciones de la patria que tan rica herencia espiritual recibieron, que con tan fina sátira fueron estimuladas.

Alejandro Andrade Coello.

Quito (Ecuador).

Contribución para la revista «Ateneo» por uno de sus miembros correspondientes en el Exterior.

Cursos Breves de El Ateneo

Rabindranath Tagore Poeta y Educador

Por SAUL FLORES

Durante muchos siglos, los pueblos occidentales no tuvieron del Oriente, sino noticias vagas e imprecisas, envueltas muchas veces en el velo misterioso de la Leyenda.

El saber de aquellas épocas no había perfilado aún, los contornos de tierras tan lejanas, como ignoradas, y los pocos viajeros que se atrevían abordarlas, tejían en la urdimbre de su super-excitada imaginación relatos inverosímiles y fantásticos.

Entre esos países estaba la India, cuyo solo nombre fué, durante mucho tiempo, sinónimo de misterio. Se sabía algo de sus grandes y cau-

dalosos ríos, de sus imponentes y altísimas montañas, de las riquezas fabulosas de sus soberanos, de su fauna y de su flora prodigiosas y de su cultura milenaria; pero todo confuso, medio borroso, esfumado, envuelto en espesa niebla, tal como se advierte la excelsitud de una nevada montaña al través de las gasas que la envuelven.

Y sin embargo la India es, para muchos entendidos, la cuna de la actual Humanidad. «De ella proceden los elementos fundamentales de todas las culturas de Occidente: la mitología y el lenguaje. Todas las

lenguas Occidentales se desarrollan tomando como punto de partida el sánscrito. Muchos dioses y semidioses del mundo griego proceden de la India y la causa inmediata de la guerra de Troya, el rapto de Elena, se encuentra ya en el Ramayaa: la Iliada india, poema heroico que canta la expedición guerrera de Rama contra el Rey Ravaa de Ceilán quien había arrebatado al primero su mujer Sita, leyenda a la que se le atribuye una antigüedad de 7500 años. Karna el héroe del grandioso poema, el Mahabharata, tiene gran similitud con el esplendente Aquiles homérico y con Sigfrido el invicto guerrero de los Nibelungos.

Su religión y su filosofía se hallan contenidas en los Vedas y en los Upanishadas. Para Klabund las leyendas y poemas del Rigveda son los más bellos de la literatura universal. No encontramos aquí, dice el notable historiador, ninguna abstracción: todas las ideas son concretas plásticas. Idea e Imagen son una misma cosa. Dios atrae hacia su altura a las criaturas humanas, como la garrucha del pozo, por medio de la cuerda y el cubo, sube hasta el brocal el agua de la hondura; toma sus pecados como el amo que lleva de la cuerda al cordero. El hombre eleva hacia El sus oraciones a manera de un enjambre de abejas. El sol gira cual la rueda de un carro. Fácilmente se advierte que las imágenes han sido tomadas del más estrecho círculo de la sobiduría campesina india. Los Vedas más antiguos debieron surgir hacia el año 1800 a. de JC. pero no fueron redactados, sino hasta en los siglos más tarde, aproximadamente. El Sutra, más moderno, comprende tratados

religiosos y mundanos que, por lo lacónico de su expresión, resultan a veces oscuros. El Dharmasutra es un tratado jurídico; el Kamasutra un tratado de erotismo».

Kalidusa, el más grande de los poetas del Oriente, es también hindú.

Entre sus numerosas creaciones se encuentra «Sakountala» producción dramática de una dulzura y de una belleza incomparables.

Somos deudores del exquisito escritor colombiano, Alonso Restrepo, por habernos proporcionado la magnífica traducción castellana de esta joya de la literatura universal, que Franz Toussaint vertiera directamente del bengalí al francés, de donde la tradujo el escritor colombiano y publicada recientemente en la Revista de la Universidad de Antioquia.

De «Sakountala» uno de los más grandes pensadores germanos, Juan Wolfgang Goethe ha dicho bellamente:

- Anhelas flores primaverales,
- quieres frutos de otoño?
- Suspiras por sociego espiritual?
- Quieres sentirte encantado,
embriagado?
- Quieres juntos el cielo y la tierra
- en una sola palabra?
- Dí: «SAKOUNTALA»

Respecto a Filosofía el pueblo hindú ha ahondado tanto sus problemas que no bastaría una, ni varias noches, para comentar someramente el pensamiento de sus grandes filósofos.

Hace algunos años, en esta misma tribuna, hablando del origen y de la perennidad de la Filosofía, en el Ho-

menaje que Nuestra Universidad rindió a Renato Descartes, decíamos a este propósito:

Ocurre entonces una bifurcación bien marcada en el pensamiento filosófico: El que siguieron los hombres del Oriente y el que siguieron los del Occidente. De aquí, la existencia de dos grandes sistemas filosóficos distintos, ambos de capital importancia, que han producido dos civilizaciones diferentes: la Oriental y la Occidental.

El Oriental se adentró en las recónditas profundidades de su espíritu. El «yo» fué el objeto supremo de su investigación, y el conocimiento de sí mismo, hizo surgir en su mente estados beatíficos que le produjeron una paz infinita y una renunciación voluntaria de las cosas terrenales. El Occidental, en cambio, clavó sus ojos en el cielo con el objeto de robarle sus secretos; la Naturaleza fué el objeto de su investigación; lo subjetivo fué puesto a lo objetivo; la técnica fué proporcionándole, de sorpresa en sorpresa, una comodidad insospechada y el resultado es esta civilización actual con todas sus inquietudes y febriles actividades.

Sería ridículo pretender dar a una cualquiera de estas dos filosofías la razón única de la existencia, las dos son necesarias, las dos deben coordinarse para supremo bien del género humano.

Arturo Montesano Delchi en un estudio sumamente interesante comentando «Vida, Obra y Personalidad de Mahatma Gandhi» de Romain Rolland habla con gran acierto de la vida espiritual de la India.

«Bien sabemos que, dice Montesano Delchi, toda la historia milenaria

del espíritu hindú es la de un pueblo numeroso que marcha a la conquista de la Suprema Realidad. Verdad que ésta es también la característica de todos los grandes pueblos; pero, además de una diferencia de técnica ha habido otra que llamaremos de continuidad.

La India ha ido siempre al corazón del asunto, la Realidad Trascendente. Para ella esa es su Idealismo, a diferencia de Europa, pongamos por caso, que separa el realismo del idealismo. El occidental llama real a lo concreto; para la India lo real es lo abstracto, porque mientras lo concreto es movedizo y mudable, lo abstracto es inmóvil y siempre igual a sí mismo. Y no se conforma la India con esta concepción ideológica del asunto. Ella va más allá, quiere realizarla, quiere la unión permanente, indisoluble de su yo con el Yo Universal, lo Absoluto, Brahma, Atman. Eso es lo que persiguen todos sus filósofos, ascetas, anacoretas, místicos, a través de numerosas escuelas, religiones, doctrinas, sistemas de conocimiento, morales o lo que sea. Y he aquí un primer milagro: la fusión de todos los esfuerzos y de todas las doctrinas para culminar en una finalidad única. Es necesario, para alcanzar esta aspiración, someterse a disciplinas terribles, trascender la misma subjetividad que a nosotros los occidentales nos parece el fin último de todo sistema psicológico. Sí, ir más allá: toda diferenciación debe desaparecer, toda contingencia debe desaparecer; hay que alcanzar la Causa única y primera, indentificarse con ella y borrar todo límite de tiempo, de espacio, de multiplicidad, de separatividad».

Como se ve el gran problema de la filosofía de la India consiste en la unificación del yo, con el todo universal.

En esta tierra maravillosa y en este medio espiritual nació RABINDRANATH TAGORE el 6 de Mayo de 1861 a las orillas del Ganges en la ciudad de Calcuta y nosotros pensamos que la India dió a su luminoso espíritu toda su majestad y su imponderable belleza.

Dos factores poderosos contribuyeron a forjar la recia personalidad de Tagore: la herencia y el medio.

La mayor parte de sus ascendientes habían ocupado una destacada posición social, entre los miembros de su familia existía una tradición de cultura y su padre se había distinguido como un reformador religioso de extraordinaria fuerza espiritual.

Es muy probable que la firmeza, rectitud e inteligencia de Tagore procedieran de su padre y su inmensa dulzura de su madre.

En las memorias escritas por el poeta hindú se advierte con absoluta precisión la influencia marcada de su padre. Escuchémosle:

«Yo era un niño muy solitario. Mi padre estaba ausente casi siempre, aunque su presencia espiritual llenaba toda la casa. Esta fué una de las influencias más profundas de mi vida. Y más adelante exclama: «Cuando, tras sus largas ausencias, mi padre volvía a casa por algunos días, todo se llenaba con su importante presencia. Mis hermanos mayores, vestidos con sus chogas, iban a las habitaciones del padre con paso mesurado y rostro serio. Todo el mundo andaba despierto. Mi madre, para asegurarse de que todo

marchaba bien, vigilaba por sí misma la cocina. Kim, el viejo mayordomo, de guardia ante la puerta de mi padre, con su librea blanca y su turbante, nos recomendaba que no hiciésemos ruido en la galería, frente a su cámara, a la hora de la siesta. Nosotros pasábamos de puntillas sin osar siquiera mirar al interior de la habitación».

Qué enorme diferencia entre estas severas costumbres y el libertinaje de los hijos de las sociedades actuales.

Desde muy niño sintió una atracción poderosa por la Naturaleza; de él proceden estas textuales palabras: «Al cuidado de los criados, luego de la muerte de mi madre, me pasaba frecuentemente horas enteras sentado en la ventana, procurando imaginar lo que pasaba por fuera. Mi recuerdo más lejano es el amor apasionado que sentía por la Naturaleza. Me sentía como transportado de gozo contemplando pasar las nubes, una a una por el cielo. Ya en mi infancia me sentía como rodeado por la presencia de un amigo, de un compañero muy querido, muy íntimo, cuyo nombre desconocía. En otoño corría al jardín en cuanto me despertaba. El perfume de las hojas y de las hierbas cubiertas de rocío, me penetraba por entero, y la aurora, tierna y fresca bajo los rayos, aun no despiertos del todo del sol, me presentaba su rostro como saludarme. La Naturaleza parecía decirme cada día mostrándome su mano cerrada: «Qué tengo dentro de mi mano?» Y nada me parecía imposible.

Nos imaginamos contemplar al pequeño Tagore sentado a las orillas del río sagrado viendo correr sus aguas

y con ellas su infantil pensamiento.

Niño aun, conoció la cordillera de los Montes Himalaya y se complacía vagar por sus primeras estribaciones de colina en colina y aunque él declara que su contemplación no lo condujo al éxtasis, estamos seguros, que tan soberbio panorama influyó también en su delicado temperamento artístico.

Sus poemas, como lo vamos a ver dentro de poco, reflejan ese amor apasionado por la Naturaleza.

Era Tagore de hermosa presencia. Podríamos asegurar que al caminar envuelto en sus amplias vestiduras y con su turbante ceñido en la cabeza había en su porte una grave y serena majestad. Su larga y espesa barba daba al rostro de Tagore una fuerza de sugestionadora magnificencia; su amplia frente anunciaba un intenso poder reflexivo y en sus grandes y luminosos ojos se advertía claramente el destello de una poderosa inteligencia.

Había en la profundidad de su mirada sondeos de infinito. Muchas veces hemos tenido frente a nosotros la imagen de su rostro venerable y hemos quedado largo tiempo fascinados ante la luz deslumbradora de su mirada y aun contemplando las fotografías en que aparece con los ojos entornados nos ha parecido percibir su claridad resplandeciente.

Desde muy niño, él trató de expresar todas las emociones que le producía la contemplación de la Naturaleza.

A los ocho años moduló sus primeras canciones.

A los diez y siete con el apareamiento de sus primeras pasiones su alma sufre honda conmoción espiri-

tual: Nadie mejor que él las ha relatado en sus Recuerdos:

Estos años de mi vida de los 16 a los 22 o 23, fueron un período de desarrollo. En las primeras edades de la tierra, cuando aún no estaban fijos los límites del suelo y del agua, enormes seres anfibios erraban por los bosques cubiertos de limo. Del mismo modo, en las épocas oscuras que preceden a la madurez, las pasiones, desconociéndose a sí mismas y desconociendo al fin de sus caminos, frecuentan las regiones incultas del espíritu joven. Los dientes de leche, al intentar romper la encía, causan fiebre a los niños y esta febrilidad no se justifica hasta que los dientes han aparecido y comienzan a cumplir su oficio. También nuestras pasiones precoces nos atormentan como una enfermedad hasta el momento en que alcanzan su verdadera relación con el medio ambiente. En todos los manuales de moral se encuentra lo que yo aprendí por propia experiencia a esta edad; pero ello no es una razón para despreciar estas lecciones.

De esta época son los bellísimos poemas que forman *El Jardinero* escritos en lengua bengalí primero y en inglés después de donde los tradujo doña Zenobia Camprubí de Jiménez.

Carlos Muzio Sáenz Piña dice de ellos: «No es exagerado afirmar que después de los cantos de Gita Govin, y de otros que suelen pasar inadvertidos en las epopeyas del Mahabarata y del Ramayana, no ha producido la literatura india, en su fuente de inspiración exclusivamente Aria, poemas de más fácil comprensión para la mentalidad Occidental, ni de mayor elevación espiritual o de más suave y hondo sen-

timiento humano, que estos que, bajo el título de El Jardinero escribió en lengua bengalí el excelso poeta hindú en su adolescencia»,

Efectivamente estos poemas aunan a una dulzura infinita una sencillez y una profundidad pocas veces alcanzada en la literatura.

En casi todos ellos se repite varias veces un mismo pensamiento a manera del leif motiv del poema.

Esta bella forma constituye un juego maravilloso de palabras y de ideas, un ir y venir como las olas incasantes del océano acariciando dulcemente las riberas.

He aquí unos cuantos ejemplos:

Unense las manos a las manos y se consumen los ojos en los ojos. Así comienza la historia de nuestros corazones.

Es en el plenilunio de una noche de marzo; flota en el aire el suave perfume de la «henna»; olvidada sobre el césped, yace una flauta. Tu guirnalda de flores ha quedado a medio hacer.

Este amor entre tú y yo, es simple como un cantar.

Tu velo de azafranado color emborrachó mis ojos.

La corona que tus manos tejieron ha hecho vibrar mi corazón como una alabanza.

Es el juego de dar y retener; de mostrar y esconder.

Algunas sonrisas, algunos rubores y algún dulce e inútil forcejar.

Este amor entre tú y yo, es simple como un cantar.

No hay ningún misterio más allá del presente, ni esfuerzos para obtener lo imposible, ni andar a tientas en la oscuridad.

Este amor entre tú y yo, es simple como un cantar.

No abandonamos las dulces palabras para extraviarnos en el largo silencio; ni levantamos al vacío nuestras manos implorando aquello que está más allá de nuestras esperanzas.

No hemos exprimido el placer al extremo de extraer de él el vino del dolor.

Satisfechos estamos de lo que damos y recibimos.

Este amor entre tú y yo, es simple como un cantar.

Háblame, amor mío; dime en palabras lo que tú cantas.

La noche es oscura, las estrellas se pierden en las nubes, el viento suspira a través de las hojas.

Desprenderé mis cabellos, y mi túnica azul envolverá mi cuerpo como la oscuridad de la noche; estrecharé tu cabeza contra mi seno y hablaré quedamente a tu corazón, allá en la dulce soledad.

No miraré tu rostro; atento te escucharé con ojos cerrados.

Cuando hayan terminado tus palabras, permaneceremos sentados, silenciosos y quietos. Sólo se oirá el suspirar de los árboles en la oscuridad. Se apagará la noche; amanecerá el día. Nos miraremos a los ojos, y tú marcharás por tu sendero y yo por el mío.

Háblame, amor mío; dime en palabras lo que tú cantas.

Dime si todo es verdad, amor mío; dime si esto es verdad. Cuando estos ojos irradian relámpagos, las nubes oscuras se arremolían en tu pecho, en tempestuosa forma.

Es verdad que mis labios son fragantes como el capullo recién abierto del amor consciente?

Se consumen en mi cuerpo los re-

cuerdos de los pasados meses de mayo?

Es verdad que la tierra, semejante a un arpa, vibra musicalmente al roce de mis pies?

Es verdad que las gotas de rocío caen de los ojos de la noche cuando yo aparezco, y que es dichosa la mañana cuando en su tenue luz envuelve mi cuerpo? Es verdad que tu amor solitario viajó a través de las edades y de los mundos, en mi busca?

Que, cuando por fin, tú me encontraste, ese afán de toda tu vida halló reposo en mis dulces palabras, en mis ojos, en mis labios y en mi flotante cabellera? Es verdad, entonces, que el misterio del Infinito está escrito en esta pequeña frente mía?

Dime, amado mío: es verdad todo esto?

Igual que un venado salvaje enloquecido con su propio perfume, así corro en la sombra del bosque.

La noche es noche de mediados de marzo y la brisa es brisa del Sur.

Pierdo el camino y comienzo a vagar. Busco lo que no puedo hallar y hallo lo que no busco.

Brota de mi corazón y danza la imagen de mis deseos.

La deslumbrante visión aletea y huye.

Trato de retenerla firmemente, pero me elude y me extravía.

Busco lo que no puedo hallar y hallo lo que no busco.

Ven a nosotros, juventud, y dínos: por qué hay ese destello de locura en tus ojos?

—No sé qué vino de salvaje adormidera he bebido, que hay esa locura en mis ojos.

—Ah, qué vergüenza!

—Algunos son sabios, otros necios; unos son observadores y otros descuidados. Hay ojos que sonríen y ojos que lloran, y en los míos hay destellos de locura.

(Continuará)

NOTA:

La redacción de *Ateneo*, tenía el propósito de aumentar las páginas del presente número, con el fin de publicar todos los trabajos correspondientes a nuestro ciclo de cursos breves, queriendo con éllo corresponder en forma de admiración y gratitud, al esfuerzo realizado por quienes supieron responder con gallardía y brillantez al anhelo cultural de nuestra noble Academia; pero la escasez de ciertos elementos necesarios para la impresión tipográfica, que padece ya el país con motivo de la guerra actual, no nos ha permitido realizar aquel plausible deseo.

A esta misma causa obedece la circunstancia de que hoy nos quede también inédito todo el material recogido para el homenaje al General Francisco Morazán, la figura máxima de la Historia turbulenta y triste de estos pueblos desunidos del Centro de América.

La próxima edición saldrá enriquecida con todas las valiosas producciones que ahora dejamos de publicar, o que publicamos de manera incompleta, rogando a sus autores disculpar a la redacción por tan penosa como involuntaria omisión.